

principios que sirven de sólida base a las reglas, deduciendo estas inmediatamente de su origen, y no teniendo en cuenta sus detalles secundarios más que para la facilidad y la oportunidad de su aplicación a la práctica.

Ningún principio rechaza, ninguna fórmula desdeña, pero de ninguna autoridad hace un ídolo, de ninguna escuela es adepto. Sin proclamar la licencia, combate la tiranía en el arte; y como la abeja compone su perfumada miel de la esencia de infinitas flores, ella realiza lo conveniente y lo bello, aprovechando todos los elementos esparcidos en el mundo de la idea y de la forma...

RIOS Y SERRANC, Demetrio de los.

Arquitectura. Teoría del Arte. Invención, Distribución y Decoración. Memoria sobre las fuentes de conocimiento, Método de Enseñanza y Programa razonado.

1870.

...

Para discurrir acertadamente, conviene conocer lo que antes era la "Teoría del Arte Arquitectónico". Su cuerpo de doctrina escrita más antiguo, su código más venerando por su prioridad, es sin duda el del célebre pensionado de Augusto. Este sabio arquitecto comprendió la naturaleza peculiar de su Arte, tan profundamente y con tan feliz oportunidad, que nada mejor se ha inventado respecto a la división de las partes, que comprenden su estudio.

Vitrubio ajustó a la "solidez", la "comodidad" y la "hermosura" de las construcciones, las distintas partes de su Teoría tan elemental como práctica. No podía distinguir claramente el fin de los medios, ni menos remontarse a consideraciones abstractas que hasta entonces para nada se habían necesitado. A la tarea de los siglos dejó esta, que presente en su propia obra, tan luego como, convertido de reflexivo en preceptista, echa por la tortuosa vía de las recomendaciones aritméticas.

El fundador de la Teoría arquitectónica no podía hacer otra cosa, sin embargo. No era, a nuestro ver, un genio nacido para avasallar e imponerse. Estos aparecen en el mundo como los agentes más eficaces de su progreso, y no para formar juicio de las ajenas obras, oficio que desempeñó Vitrubio muy sesudamente; pero aunque hubiera gozado de todos los atributos del genio, tampoco habría creado una originalidad, que no le era dada a su pueblo, ni a su época.

Los romanos, aunque vencedores, adoptaron el Arte del vencido, que más esplendorosamente descollará en el apogeo de la antigüedad. A Vitrubio no le correspondió más gloria ni trabajo, que los de apropiarse el Arte helénico, para embellecer los monumentos colosales de sus poderosos conciudadanos. Las medidas numéricas que ensayó para ello, no conducían ni han podido conducir nunca más que a la "reproducción"; pero si en las circunstancias de aquel eminente Arquitecto fácilmente se explican, erigidas en ley fundamental e inmutable, son a todas luces perjudiciales y absurdas.

Las prescripciones aritméticas de Vitrubio no impidieron la decadencia y total ruina del Arte, aún antes que la del Imperio; y esta, que hubiera de haber sido razón suficiente para no volver a rehabilitar semejantes prescripciones, de nada sirvió a los irreflexivos amantes del clasicismo: antes provocaron con ellas mayores catástrofes artísticas, para que su asombro produjera el natural deseo de evitarlas radicalmente.

Las hordas septentrionales, llenas de la fresca lozanía de sus vírgenes bosques, trajeron a Europa degenerada auras de libertad, para cimentar otra nueva civilización, cuyo germen brotó de la palabra redentora. Con los despojos del mundo clásico se iba a reconstruir otro superior en la evolución de los siglos; y el Arte, expresión de la verdad y de la belleza surgió por todas partes con el sello expansivo y libre de la sublimidad.

El "orden" del organismo clásico perdió en "regularidad" severa lo que alcanzó en "variedad" y "armonía", sin que en tarea tan prolija y laboriosa nadie se ocupara en deducir consecuencias sobre lo que en realidad no estaba resuelto. Vano es, pues, buscar teorías en la Edad Media, porque esta época

no se hallaba en sazón para fundarlas.

Cuando, merced a las escuelas clandestinas de los masones, éstos se comunicaban los secretos del Arte, la Teoría debió cobrar algún vuelo; pero atentos aquellos memorables artistas más bien a su provecho personal que a la esplendorosa luz del mundo, nos privaron de sus utilísimas lecciones.

Sólo cuando el Arte antiguo renace, resucita también la rancia Teoría, desenterrando los venerandos libros de los clásicos. No hubo ocasión ni propósito de deliberar. La admiración tocó todos los resortes de la sensibilidad, sin consultar con el más sano juicio, y el mundo retrocedió, anulando uno de sus más importantes períodos.

Completábase la evolución de este, pasando de lo relativo y lo libre á lo radical y absoluto; pero lo que siendo espontáneo y óbvio, hubiera sido original y gérmen fecundo de innumerables beneficios, no se verificó sino evocando recuerdos, que únicamente debieran servir para ilustrar la razón, y no para trastornar la majestuosa carrera de la humanidad, afanada hoy en reanudar la cadena rota en tan crítico momento.

No es de extrañar que lo que se hizo en filosofía, en política, y en los demás ramos del saber, también se practicara en la Teoría del Arte, cuando el clasicismo tenía el cetro de las gentes.

Paladio, Vignola, Leon Alberto Florentin y otros muchos no hicieron más que reproducir o ampliar los trabajos iniciales del famoso Arquitecto romano, comentándose sucesivamente unos a otros.

Las reglas aritméticas recobraron todo su inflexible vigor, aplicándose a la menuda hasta a los elementos más insignificantes del Arte monumental, cuyos gérmenes teóricos

permanecían ocultos a sus cultivadores.

Pero como los poderosos impulsos de la Edad Media no podían ahogarse por la fuerza impotente de los guarismos y de los estrechos preceptos de que estos procedían, el Renacimiento mostróse aún viril, rico e independiente, aunque no del todo original, ostentando tanta "variedad libre" y tanta "armoría vital", que nada hubiera tenido el mundo que sufrir, si la lucha entre el exclusivismo y la licencia no hubieran dado al traste con toda especie de "orden", destrozando el "organismo" de la Arquitectura.

Crecía el temor al par de los desafueros arquitectónicos, y con el primero se multiplicaban las reglas empíricas, o mejor las recetas infalibles, como panaceas del mal, que en vez de sosegar, se encendió hasta los delirios de Borromino y Churriguera, que tan justamente se han deplorado.

La confusión enmarañada y laberíntica que tal licencia o mal entendida libertad produjo, dió armas a los rígidos intolerantes para desplegar aquel exclusivismo despótico, que casi todos hemos alcanzado en nuestros días, destruyendo el Arte, bajo las inflexibles puntas del compás vigolesco.

La Teoría, mar revuelto de todas las cosas arquitectónicas, reducíase al sistema autoritativo, no ya del gran maestro, norte perpetuo de toda Arquitectura, sino de un greco-romano, acreditado y hábil como compositor; pero cuya doctrina se percibía sólo en la relación numérica de formas y proporciones que jamás la habían tenido fija.

Lo que entonces sucedió, aún lo estamos experimentando. La tiranía del Arte se realizaba en medio de los mayores trastornos filosóficos y políticos, y cuando el orbe ilustrado despertó de aquel sueño fatal, no supo apartar su martirizada me-

moria de tan espantosa pesadilla.

Para rehabilitar el sentimiento, para sazonar el gusto casi completamente perdido, para que el genio recobrase toda su energía tan torpe y lastimosamente embotada, en la reproducción de la copia eterna e inconsciente de un monstruo fantástico y absurdo, era necesario poner más lastre en la Teoría arquitectónica, a fin de que no fluctuase de nuevo entre tempestades tan deshechas como la del Churriguerismo, ni se hundiese en abismos sin fondo como el de la intolerancia vignolesca.

Entre la "monotonía" y nulidad absoluta de estos últimos, y la "confusión" y "desorden" de los primeros, era preciso establecer los "límites positivos del orden libre" y completo, que rige el organismo de todo el Universo, apartando la libertad del Arte del desenfreno disparatado y del exclusivismo absoluto e impotente, como la luz de entre contrapuestas tinieblas. Era necesario, pues, fundar la Teoría arquitectónica sobre cimientos seguros e imperecederos, hiriendo con la vara de la sensatez las "fuentes de la verdad", para que con sus copiosos raudales se fecundaran los amenos verjeles de la moderna doctrina.

Como tantos desaciertos pusieron en duda el fin y naturaleza del Arte, apartándolo de su inherente belleza, y como sobre esta misma se mostraron tan desdichadas disposiciones, se recurrió a "principios seguros", que en lo sucesivo evitarán tan perniciosos males.

Supúsose racionalmente que conocido lo "bello", su brillo no volvería a empañarse tan desventurada y caprichosamente, y se creyó que estudiado el Arte bajo la base fundamental de su hermosura, no tropezaría ni caería en simas tan espantosas, con

escándalo de la razón y tortura del sentimiento.

Y así era verdad. Los unos emprendieron la senda de los fenómenos consumados, para presentarlos no sin examen: los otros dedujeron máximas generales de estas observaciones, y se remontaron a la "síntesis" de lo bello y del Arte. Entre ambos apareció la "Crítica", como lazo indisoluble.

La Historia, la Estética y la Crítica estético-histórica del Arte, tales son, pues, las "fuentes" primordiales de la Teoría arquitectónica, lo mismo que de la de otra cualquiera bella Arte...

MARTINEZ GINESTA, Miguel.

Breves consideraciones sobre el arte moderno.

"El Eco de los Arquitectos", III (1872), pp. 438-440.

"...el Arte moderno debe irse formando con la inspiración de los antiguos estilos arquitectónicos, tomando de ellos lo que tienen de útiles, bellos, bien ordenados y convenientes para las construcciones modernas, añadiendo además la serie de modificaciones que necesitan hoy día los edificios para que tengan belleza, estén en carácter con su destino y formen un conjunto estable, bien proporcionado y digno del ilustrado siglo en que vivimos...

Tratemos ya de emitir nuestra opinión acerca del "eclecticismo" en Arquitectura. Por "estilo ecléctico", entendemos aquella variedad de formas y de elementos de los diversos estilos conocidos, y cuya aplicación se hace para decorar un edificio.

Es decir, que de todos los estilos, el "ecléctico" es aquel que sin adoptar exclusivamente las formas peculiares a los otros, escoje entre ellas las que son más bellas y perfectas, con el objeto de constituir la unidad en el conjunto y la variedad en los detalles.

Bien se comprende la verdadera dificultad que tiene la realización de esta teoría artística; así se ven construcciones heterogéneas, que en fuerza de querer ser originales, no tienen carácter propio, porque les falta la condición principal indispensable en toda obra bella, cual es, la inspiración artística, unida a un buen criterio.

Por esta razón, no extrañamos que se condene por muchos, ese eclecticismo frío, excéptico, desconsolador, que ha tomado el lugar de toda fe, de todo entusiasmo, de toda doctrina acre-

ditada; es este sistema una falta de creencia artística, que a todo se aviene, que lo concede todo, que está igualmente pronta para todo, reemplazando a las antiguas convicciones enérgicas, exclusivas, intolerantes, que no conocían sino un principio, y que marchaban por un camino sólo, negando y condenando cuanto no era conforme y armónico con ellas. La duda y la negación han proclamado su ley; tal parece ser el espíritu filosófico, con que algunos interpretan el eclecticismo.

Nosotros creemos que se puede conciliar lo "diverso", pero no lo "contrario", puesto que no hay término medio de comparación entre dos ideas que se excluyen entre sí, y la existencia de una de las cuales es en sí misma la aniquilación de la otra. Así entre lo abstracto y lo concreto, entre lo absoluto y relativo, entre el ser y no ser, no hay nada; no hay terreno intermedio, no hay elemento que centralice, no hay vínculo que ligue lo uno con lo otro.

En la esfera de lo especulativo, de lo racional, el eclecticismo puede ser un sistema más o menos admisible; pero si sacándolo de la filosofía que es su lugar oportuno, se le lleva a distinto terreno y se le atribuye diferente acción, aplicándole a las artes, puede suceder que estas decaigan y se pierdan, cuando la fría "razón" domine al "genio" artístico.

El Arte no fué nunca ecléctico en sus nobles, en sus dignos períodos; los genios que le crearon, que le sustentaron, que llevaron su palma, no se abandonaron jamás a la duda ni al indiferentismo. Profesáronle como una religión, según hemos dicho anteriormente, apasionándose en él por una creencia.

...

El "Arte moderno", sin necesidad de dejarse llevar de un eclecticismo fatal, puede llegar a constituir un estilo propio,



haciendo en primer lugar el artista lo que le dicte una feliz inspiración, y después depurando y analizando convenientemente las formas que le sugiera su imaginación, producirá obras buenas y bellas en cualquier estilo que se adopte. Tal es la distinción que hacemos del Arte que llamamos "moderno", del "eclecticó"; en este impera la confusión de ideas y estilos; y el primero debe dominar una idea fija, clara y que reúna todas las condiciones que exige la belleza de las construcciones.

Debemos hacer constar que los artistas modernos, si no tienen el "genio" de los antiguos, manifiestan el suficiente talento, para saber copiar exactamente los monumentos que nos quedan arruinados de la antigüedad clásica. Los estudios críticos, profundos, que se han hecho sobre los antiguos estilos, proporcionan a los artistas contemporáneos abundantes medios para construir obras igualmente grandiosas que las que se ostentaron en Grecia y Roma....

LAZARO, Juan Bautista.

El estilo moderno.

"Anales de la Construcción y de la Industria", VIII (1882), pp. 353-354.

Al llegar aquí se ocurre naturalmente una duda a todo el que investiga afanosamente el medio de dar originalidad y carácter propio a la arquitectura contemporánea.

¿Será por ventura (podría preguntarse) un nuevo estilo el que resulte de armonizar, si posible es, los elementos constitutivos de las épocas pasadas?, o mas breve: ¿el ecléctico es nuestro estilo propio?

A decir verdad, semejante teoría tiene muchos partidarios; mas en mi concepto, sus afirmaciones, por razonables que parezcan, carecen de importancia. Más exacto parecería afirmar que no existe estilo alguno que sentar como norma del presente lo que es negación de todos, porque después de cuanto va manifestado en los anteriores artículos, no hay para qué insistir en la peregrina teoría de que las formas constituyen el estilo; es por completo inadmisibile, por la crítica razonada y la amalgama de lo esencial en las manifestaciones arquitectónicas pasadas y también queda probado que es absurda, sobre imposible.

Pero hay más: la misma práctica seguida de romper por completo los rigurosos límites de estilos determinadas, es una novedad de nuestro tiempo hasta el jamás acometida, y, por tanto, una revelación de nuestra originalidad, o más bien un trasunto de nuestro especial criterio en artes, que tiene, como no puede menos, su base y fundamento. Fáltale, es cierto, miras y tendencias fijas, revela indudablemente ausencia de aquellos principios rigurosos que son como la osamenta de todo ser constitui-

do; pero responde a ley determinada y fija que sirvió igualmente en otras épocas, y que cuando se complemente por virtud de los elementos que aún faltan, producirá, a no dudarlo, la manifestación apetecida, importando por tanto al presente no poner obstáculos a su desarrollo con ideas equivocadas ni reglas arbitrarias.

Por eso, el asentar ya como estilo formado y propio el "eclecticismo"; el inclinar el ánimo de los que practican la arquitectura a esta tendencia, señalando como buenos modelos tales o cuales edificios; el desechar otros; dar la preferencia a estas o las otras formas, según el asunto a que se apliquen, es ahogar en germen la iniciada regeneración de la más elevada entre las nobles artes; a los partidarios en el estudio de la parte extrínseca de la arquitectura, es menestar combatirlos sin descanso desde el terreno propio de la práctica y con los poderosos e incontrastables medios que suministra "al que hace", la enseñanza que acopia en la obra.

Fácil es, ya que no excato, forjar teorías desde la indefinida cátedra "del buen gusto"; pero habérselas con las leyes fijas de la estética, luchar con los elementos que concurren a la obra arquitectónica, encerrarse dentro de los límites que la realidad impone, es una tarea para la que se necesitan más fuerzas y más estudios y más cavilaciones que para escribir discursos y dictar preceptos.

Además que, aún en la hipótesis, poco probable, de que semejantes reglas estuvieran fundadas en perfecta y fiel observación y deducidas del análisis de verdaderos y dignos modelos, aún queda por desentrañar a los imperitos lo que pudiera llamarse la "razón suficiente" de las composiciones acertadas, que por ningún concepto es producto de la casualidad ciega o de la ins-

piración pasajera; pues que, ¿podrá por ventura creerse ni aceptarse al presente que un edificio de felices proporciones no ha respondido en su trazado más que al "sentimiento" de su autor?. De ningún modo. La teoría de las proporciones cae por su naturaleza misma dentro de la jurisdicción propia de la Geometría, y esta tiene sus principios fijos y determinados, que en vano podrán realizarse por "adivinación", ni mucho menos sustituirse por tanteo.

De aquí, que aún con tanto como se ha escrito acerca de lo que es bueno o malo en arquitectura, esta no manifiesta de una vez la unidad de sus propósitos en la uniformidad de sus producciones. Si todos los arquitectos contemporáneos pensáramos que es bueno y plausible el "eclecticismo", si todos nos halláramos a salvo de toda responsabilidad artística amalgamando distintas formas, nuestros edificios revelarían esta unidad de concepto; todos, con su inmensa variedad de detalles, vendrían a una conformidad completa, en cuanto siempre presentarían amalgama de estilos diferentes. ¿Más sucede esto?. Ciertamente no; porque a pesar de la misma libertad, casi anarquía, con que se procede, sería imposible elegir media docena de edificios modernos en los cuales pudiera señalarse tal tendencia.

En ninguno podría resueltamente asegurarse que campeaban con deliberado intento junto a las tracerías del arte morisco, la sencillez armoniosa del gusto helénico y el vigoroso aliento de las composiciones góticas; al contrario, si alguna tendencia puede observarse, es precisamente la inversa. Cada artista procura más bien acomodarse a uno u otro estilo con el que más o menos se conforma su criterio particular, sus estudios, su aptitud y aún su costumbre de ver y sentir la belleza en arquitectura; y si en estos mismos estilos que adopta desaparecen

ciertos detalles o introduce alguno extraño a ellos, no es afán de alterarlos ni propósito de innovarlos, sino más bien porque la naturaleza de las cosas al presente le exigen aquel sacrificio o le imponen esta adición.

Véase, pues, con qué escaso fundamento se dice que el estilo moderno en arquitectura es el "eclecticismo"; y no vale asegurar, y es cierto, que siempre se advierten como recuerdos, como reminiscencias de pasados estilos en el presente, porque además de que los hombres de este tiempo vivimos más de recuerdos que de esperanzas, y por tanto esa es una revelación más de nuestro modo de ser, semejante afirmación puede hacerse de todos los demás estilos, sin que haya uno a quien pueda atribuirse el honor de una originalidad absoluta. Por tanto, los elementos que de pasadas épocas aporte la arquitectura contemporánea a sus obras, si fielmente razona su empleo y este es adecuado y propio, no son otra cosa que aquel caudal legítimamente adquirido en que los hijos entran en posesión a la muerte de sus padres, que para ese con afán y trabajo juntaron.

Lo que hay es que nuestra época, con su especial criterio y su amplitud de miras, lo admite todo, todo lo acepta, nada rechaza, y tan falta de fijeza como sobrada de independencia, sostiene poco en su pedestal los ídolos que eleva y a los que rinde pasajero culto. Por eso en arquitectura, como en todo, se suceden rápidamente efímeros ideales, que dejando cada uno rastros de su influencia, bien que escasos, se manifiestan y dejan conocer en el conjunto; pero esa misma circunstancia permite a cada cual dar su preferencia al que estima más de su gusto y resulta la verdadera anarquía a que asistimos, reflejo fiel de la que domina todos los espíritus.

Tenemos, pues, un estilo, y uno de sus caracteres es la

independencia más absoluta en la adopción de formas, ya propias,  
ya apertadas por otros estilos, ya corregidas de estos mismos.

RADA Y DELGADO, Juan de Dios.

Caracteres de la Arquitectura contemporánea. Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación del Excmo. Sr. Marqués de Monistrol. 14 de mayo de 1882.

...En el vasto campo de este arte científico, difícil era escoger asunto que antes de ahora no hubiera sido dignamente dilucidado por alguno de los dignísimos individuos que han formado o forman dicha sección; por lo que, no por deseos de aparecer original, sino por justo temor de encontrar aquel fecundo campo completamente espigado por sus dignos cultivadores, me fijé en un asunto, que no creo haya sido objeto hasta el día de disertaciones análogas, y que considero sin embargo de importante trascendencia, reducido a investigar cuál es y debe ser el carácter propio y distintivo de la arquitectura en nuestro siglo.

Para acometer la difícil empresa de dilucidar el tema que he elegido, no puede prescindirse de estudiar a grandes rasgos el carácter del arte arquitectónico de los pueblos que nos precedieron en la vida, para deducir de este examen cómo el estilo de cada pueblo responde a su manera de ser religiosa, política y social, y cómo el nuestro por lo tanto debe ser la expresión genuina de las especiales condiciones de su existencia...

...El arte, en efecto, es el símbolo de una sociedad, o lo que es lo mismo, es el símbolo o la expresión sensible de un sistema de ideas correlativo a determinado estado físico y moral. No puede comprenderse una forma histórica de arte, sino dominando el sistema de ideas que simboliza. El templo de Karnac, el Parthenon, el Arco de Tito, Santa Sofía, la catedral de Toledo, símbolos son todos, expresiones de diversos sistemas de ideas, manifestaciones visibles de un mundo físico, intelectual

y moral. El símbolo debe, pues, cambiar forzosamente con cada cambio de sistema de ideas simbolizadas. Al desenvolvimiento y al progreso de las ideas corresponde necesariamente un desenvolvimiento y un progreso paralelos en el símbolo, es decir, en el arte. Cuando las ideas sociales se desenvuelven de una manera regular, de una manera lógica, y por consecuencia sana y clara, el arte tiene un sentido elevado e inteligible; pero cuando las ideas sociales se confunden, el arte se expone a divagar. De la relación establecida entre la sociedad y el arte, entre la cosa representada y el símbolo que la representa, surge con evidencia cuanto es necesario para que el artista deseoso de comprender lo que hace hoy, lo que hicieron sus predecesores ayer, y acaso lo que harán sus sucesores mañana, vea con claridad la cuestión de las leyes del desenvolvimiento social, que son también las leyes del desenvolvimiento de todo el arte y por consecuencia de la arquitectura...

...Después parece agotado en arquitectura el genio del hombre. Porque, ¿qué es el Renacimiento sino la vuelta a lo antiguo, reacción y entusiasmo por lo pasado, en vez de fecunda aspiración a nuevos ideales?

El arte, que durante la Edad-Media había vivido más del sentimiento que de la forma, al finalizar el siglo XV por una reacción hacia lo antiguo, que arrancando de Italia se extiende por todos los países de Occidente, atiende más a la forma que al pensamiento, y el clasicismo pagano parece destinado a reñir victoriosa batalla con el cristiano espiritualismo. Como todo movimiento de reacción rara vez se detiene en sus justos límites, el Renacimiento se convierte en verdadera pasión que llega hasta la extravagancia y el delirio. Los más distinguidos personajes cifran su orgullo en imitar en su vida y hasta en

sus costumbres la vida y las costumbres de los romanos; las estatuas antiguas que descubre la investigación arqueológica o la casualidad, son conducidas en triunfo al Capitolio; se levantan templos completamente inspirados en los cánones clásicos greco-romanos; se cubren los altares con efigies labradas por los modelos griegos o romanos; y el naturalismo clásico triunfante por completo, apenas deja espacio para vivir al sentimiento cristiano. El mismo Miguel Angel apesar de su gigante genio, su admirador y digno discípulo Juan de Herrera, no consiguen con sus magnificas creaciones realizar en la arquitectura la idea cristiana, que no puede encerrarse en las, para ella heterogéneas formas, del arte greco-romano.

Los templos de San Pedro en Roma, del Escorial en España, admiran por la grandiosidad; pero no traducen la idea místicamente contemplativa del cristianismo. Aquellas columnas, aquellos pilares, aquellos arcos de medio punto aunque agrupados en la composición arquitectónica sobre la planta de la iglesia cristiana con su forma de cruz y su disposición todavía del anterior estilo que no aciertan a comprender, no tienen más que la planta y la disposición de templos cristianos. Sin esto, mejor que de cristiana iglesia podrían servir de templo para una divinidad del paganismo...

...Pero como aquel arte no perseguía, como ahora se dice, ideales propios, sucedió lo que no podía menos de suceder, que apenas muertos los grandes maestros que acometieron con la poderosa fuerza de su genio superior la colosal empresa de hacer servir los elementos arquitectónicos paganos a la idea cristiana, como la forma había sustituido al pensamiento, de exageración en exageración cayó el arte en la profunda sima del barroquismo y del churriguerismo abrumado con la balumba de sus extravagantes

cias y delirios.

Ahora bien; si estas son las enseñanzas que la Historia, severa maestra de la vida, nos ofrece; ¿puede tener carácter propio la arquitectura en nuestro siglo?. Epoca, más aún que la del siglo XVI, de duda y hasta de escepticismo, en que su nota característica es el afán de goces y de riquezas sin reparar la mayor parte de las veces en los medios de conseguirlas, hay sin embargo un desarrollo de buen gusto, que revela la existencia del sentimiento estético, lavantándose sobre las aguas cenagosas de las pasiones humanas, como se levantan las hermosas flores de las plantas acuáticas sobre la verdosa superficie de las lagunas. Nuestro siglo tiene un espíritu de asimilación que puede fácilmente comprenderse, sin más que visitar el gabinete de una persona de aficiones artísticas...

...Al hombre de nuestro siglo parece no le basta lo presente. Avido de emociones, lleva al concurso de sus deseos nunca saciados; lo moderno y lo antiguo; lo nacional y lo extranjero; el arte y la industria; y su propósito de buscar la belleza en esta variedad, cuya unidad está sólo en el afán por lo bello que siente y no acierta a definir, acuda también a que presten encanto a sus artísticos salones las flores de todas las zonas, que con sus hojas y perfumes alternando con aquellos objetos de lo pasado y de lo presente, forman la más deliciosa confusión que puede ambicionar una imaginación soñadora. Es un eclecticismo inconsciente el de nuestra vida moderna, que sintetiza el único carácter que puede llamarse propio de nuestro siglo.

Pueblos donde de tal modo vive el sentimiento de lo bello, no son pueblos perdidos para la Historia, no son pueblos perdidos para el Arte. Lo que hay necesidad es de estudiar la manera de conducir a buen puerto ese mismo sentimiento; de aprovechar-

lo para la realización de la gran obra del perfeccionamiento humano. Ciertamente es que nuestro siglo es siglo de dudas y de incredulidad, de rebelión y de aspiraciones imposibles en parte; pero también lo es de grandes descubrimientos, de grandes adelantos, de grandes inventos, que le llevan en progresiva marcha hacia lo porvenir. Ciertamente es que las exageraciones de escuela, ofuscan las inteligencias, y las enardecen contra los principios salvadores del Cristianismo, porque este en su alta sabiduría predica el dominio de las pasiones, el principio de la autoridad, que irrita al egoísta y orgulloso personalismo; pero también lo es que tomando nuevas fuerzas de la contrariedad, la religión salvadora lucha con la palabra, con el ejemplo, con la caridad, con el amor, con la abnegación, por conducir al hombre en medio de sus extravíos al sendero de la virtud y de las eternas esperanzas; y levanta templos y asilos de caridad inspirados en las mejores obras del arte cristiano en sus diversas épocas, ya sea el románico de transición como sucede en Alemania, ya el ojival con preferencia, como acontece en Francia y en España.

No hay un solo sentimiento predominante, sin embargo, que informe a la sociedad moderna; pero hay muchas aspiraciones, que el arte no puede ni abandonar ni confundir. El arte arquitectónico en nuestro siglo tiene que ser ecléctico, pero no ecléctico confundiendo los elementos de todos los estilos para producir composiciones híbridas en que no se encuentre un pensamiento generador y dominante. Así como no debe haber en arquitectura, siquiera sea en sus ornatos, nada que no esté razonado en la construcción, así en la concepción arquitectónica no debe darse nada fuera del fin a que se destina la construcción misma. Vario, distinto, aunque contribuyendo en esta distinción y en esta variedad a la unidad de las modernas sociedades, debe ser

el arte en nuestro siglo. Tan extraño sería un edificio levantado para servir de Congreso de diputados hecho con arreglo a las prescripciones del estilo ojival, como lo es un templo católico que se inspirase en el Parthenon de Atenas o en el templo de Júpiter Olímpico, Tan incongruente sería una Bolsa de estilo bizantino (y eso que bajo sus bóvedas puede recordarse algo de la antigua "fides greca" de Bizancio), como un oratorio de estilo mahometano. Es preciso que no se olviden los artistas del célebre precepto de los retóricos "non erat in locus", para que no tomen por eclecticismo lo que mejor pudiéramos llamar lamentable confusión y antiestético baturrillo; es necesario que se estudien bien los estilos para que no se haga un gótico de confitería, y un arte árabe, que sólo tenga de tal algún accesorio en el ornato, y un griego o un greco-romano, que parezca quiera huir del edificio a que por desventura le pegaron.

Ecléctico también puede ser el arte aún mezclando en un solo edificio elementos de estilos diversos; pero en saber combinarlos de modo que resulte un todo homogéneo y armónico está el secreto, que sólo al verdadero talento artístico es dado penetrar. El eclecticismo, pues, así entendido forma en nuestro juicio la nota característica de la arquitectura de nuestra época, sin que esto sea obstáculo para que pueda formarse andando el tiempo y pasado el período de transición que atravesamos, un estilo propio, con peculiares caracteres de originalidad...

...Se ha dicho también que el carácter del arte arquitectónico en nuestro siglo hay que buscarlo en las modernas construcciones de hierro y de cristal ; pero los que así razonan olvidan que, no es la materia lo que constituye el arte, sino sus líneas y su espíritu. Los adelantos en la fundición de piezas de hierro para las construcciones arquitectónicas serán

auxiliares del arte, pero nunca podrán constituir un estilo propio y estético. Además, las construcciones de hierro participan de tal modo de un carácter industrial y mecánico, que rara vez despiertan el sentimiento de la belleza. Gigantesco, grandioso era el edificio de la última Exposición universal en Francia, y no despertaba el menor movimiento del entusiasmo artístico que produce la belleza, mientras en la no muy amplia "calle de las Naciones", donde se veían edificios levantados con arreglo al estilo propio de cada pueblo, deteníase el ánimo complacido ante aquellas fachadas verdaderamente artísticas. La comparación de uno y otro movimiento del espíritu me hacía temer a veces por el porvenir del verdadero arte...

Renacimiento artístico

"Revista de la Sociedad Central de Arquitectos", X(1883), pp.201-203.

Planteada está la cuestión de si el tiempo presente puede vanagloriarse de iniciar una nueva era de prosperidad para las bellas artes, y singularmente para la Arquitectura, que por su propia naturaleza es menos accesible al vulgo de las gentes y más lenta en su elaboración que sus hermanas la pintura y la escultura.

Importa mucho al presente puntualizar las diversas fases de esta trascendental cuestión, que por regla general se trata abundando en vaguedad y desconocimiento de aquellos medios y procedimientos adecuados al arte de construir, los cuales, por enlace con las ciencias físicas y matemáticas, pasan por encima del común de las investigaciones teóricas y se basan en los resultados de la experiencia, de antemano aleccionada en esas mismas teorías, no siempre desprovistas de acierto.

Por de pronto hemos alcanzado una época en que el progreso de las investigaciones científicas en todos los ramos del saber humano ha producido un cambio sustancial en el modo de juzgar las obras arquitectónicas, sus bellezas y defectos, analizando todos y cada uno de los elementos constituyentes, y deduciendo de tal análisis principios fijos que permiten decidir sin apasionamiento de su mérito relativo.

La misma falta de ideal que impide la realización de una forma artística completa, permite examinar con serenidad el pasado y hallar donde quiera elementos aprovechables para el porvenir. De aquí que al antiguo "dogmatismo artístico", que llevaba consigo la regla "invariable" y el "patrón", y negaba al genio

La facultad de salir de la común rutina, haya sustituido otra tendencia más racional y lógica que, si de pronto puede llevarnos hasta la anarquía y la extravagancia, señala no obstante una senda nueva por la que las bellas artes pueden emprender su ruta, exentas al menos de enojosas y perjudiciales trabas.

Rotas estas absurdas barreras impuestas al artista, hállese por de pronto desembarazado de pueriles temores y en aptitud al menos de acometer con criterio cierto la restauración de las obras del pasado.

Ellas mismas lo prueban concluyentemente, pues sin salir de nuestra patria podemos contemplar la diferencia que hay entre lo restaurado hasta mediados del siglo y lo que desde entonces se hace.

¿Qué artista imbuido en el estrecho y mezquino criterio del "ultra-clasicismo", se hubiera arriesgado a acometer las restauraciones que al presente se hacen en nuestras hermosas catedrales de Sevilla y León, y menos en la forma en que se llevan a cabo?

Si alguna duda cabe de esto, basta examinar esas mismas y otras obras en las que, á partir del siglo XVI, apenas se ha puesto mano con otro fin que el de dejar marcado un espíritu de intolerancia artística que por completo altera y desfigura el plan primitivo.

Dígase si no, qué nombre merecen las obras acometidas por los discípulos de Herrera en la catedral de Avila, por Juan de Badajoz y otros posteriores, como Setien y Tomé, en la de Leon, por el famoso "transparente" y la no menos famosa "puerta llana" en la de Toledo y por las puertas del poniente en la de Burgos, sin contar el adosado del Sagrario en la de Sevilla y otra multitud sin límite de ejemplares que pudieran citarse.

No pueden tampoco darse al olvido las verdaderas profanaciones llevadas a cabo en todos los accesorios, como retablos, sillerías de coro, verjas, y en suma, cuanto cae bajo el dominio del arte arquitectónico.

Fuese desconocimiento, afán de novedad o puro exclusivismo, es indisculpable, y por fortuna ha terminado, siendo por tanto innegable este no escaso beneficio reportado por las artes del adelanto moderno.

Pero no es esto todo: aunque en la esfera de la práctica los usos, gustos y exigencias vulgares impongan aún al artista duros y continuos obstáculos, queda a su espíritu la satisfacción de entrever más risueño porvenir, examinando en la esfera de la teoría cómo se condensan y sintetizan las ideas y se elevará el lento, pero seguro, renacimiento artístico.

Desde el momento que una ciencia nueva, la Estética, anulando, rectificando o sometiendo a un principio fundamental y único todas las antiguas nociones de la belleza, apoderada ya de la idea absoluta que le sirve de génesis, pudo proclamar que siendo aquélla, esencialmente considerada, la semejanza de Dios con sus propias obras, cumplía al génio del hombre su libre reproducción por medio del Arte, eran condenados virtual y terminantemente, tanto los dogmas literarios, como las reglas artísticas que sometían las concepciones de la Arquitectura a un frío patrón.

Sustituidos debían ser, declarado ya su descrédito, esos negativos dogmas literarios y esas reglas artísticas absurdas, por otras leyes y principios que emanaran lógicamente de aquella primera afirmación, cánon supremo de la nueva ciencia. Así, mientras que al errado concepto de que era la imitación artística la copia ajustada o servil de la naturaleza, reemplazaba victoriosa

la fecundante doctrina de que debía ser, y era aquella en efecto, la más alta conformidad con las leyes fundamentales de todo lo creado, dejando al genio del poeta, del pintor, del estatuario o del arquitecto, la libre facultad de llegar, por el camino de la abstracción, a la contemplación y realización de la verdadera belleza artística; volvíanse todas las miradas a la historia de la humanidad entera, para discernir y ponderar cómo, con qué medida y bajo qué relaciones sociales, políticas y religiosas, se había observado en los monumentos de las artes esa ley superior, cuyo simple cumplimiento, constituyendo su legitimidad, temerariamente negada por los exclusivistas, era el más rico y valioso título del respeto y de la estimación de la crítica.

No de otra suerte nacen, se desarrollan y generalizan las doctrinas a que obedecen hoy los estudios arquitectónicos. A su influencia surge en nuestros días, y domina ya en las más nobles inteligencias, la idea primordial del Arte, "uno" en su esencia y "vario" en sus manifestaciones, como lo son la naturaleza, a cuyo calor se engendra y vive, y la humanidad, que lo cultiva. A su influjo, "una" y "varia", también se abre a la contemplación del artista la historia del arte, abarcando en grandioso cuanto sorprendente conjunto todas las épocas, todos los artistas, todos los monumentos. Por ellas, en fin, se hace patente, y a todas luces manifiesto que, siendo el Arte fruto inherente y espontáneo de la humana naturaleza, cual lo es el sentimiento de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, si puede alguna vez precipitarse, con una civilización dada, en dolorosa decadencia, llamado está a renacer siempre, "uno" é invariable en su esencia, como lo es el hombre, como lo es la naturaleza, como lo es el Ser Supremo, en cuyas manos existen el

primero y el último eslabón de todo lo creado.

Sobre tan sólido cimiento elévase con arrogancia suma la obra de nuestra restauración artística sin vacilaciones ni impacencias, atenta sólo a cãmplir, en la medida de sus fuerzas, la misión limitada que le ha sido impuesta. Ciertamente no le cumple a nuestra generación el glorioso destino de colocar la última piedra en tan hermosa obra; antes al contrario, su labor queda tal vez oculta y como perdida allá en el fondo en que se basa; mas no por eso es menos meritoria y fecunda ni ha de ser menos útil para aquellos que nos sucedan en la improba tarea, y si ella es ruda y aún enojosa, alcanza al ánimo la satisfacción de contemplar su eficacia para el porvenir, no siendo, de todas suertes, vana pretensión el asegurar, que hemos alcanzado el tiempo en que, después de grandes errores, empieza a vislumbzarse un grande y verdadero renacimiento artístico.

SERRALLACHY MAS, Leandro.

Discurso sobre el tema de las causas que influyen en el estado actual de la Arquitectura. Academia provincial de Bellas Artes de Barcelona. 1884.

...

No participan ciertamente de nuestra opinión los que llenos de júbilo por la aparición de un nuevo material en el estadio de las grandes construcciones han exclamado: "El siglo XIX tendrá arquitectura propia; en adelante nuestros artistas no habrán de inspirarse en el clasicismo, ni en el romanismo, ni en el goticismo; esta arquitectura nacerá del empleo del hierro con formas propias y con recursos nuevos". Tales individuos, de temperamento generalmente impresionable, guiados más por el buen deseo que por la persuasión meditada y reflexiva, entonan alabanzas a las extraordinarias cualidades del hierro, omitiendo, como es costumbre en todos los sectarios, los defectos de que adolece; y de exageración en exageración hasta llegan a atribuirle facultades impropias de todo punto al material, entre ellas la de que su solo empleo sea bastante a crear una nueva arquitectura. Según su afirmación, la historia de las pasadas edades y la de los antiguos estilos, la filosofía de los hechos remotos, y actuales, la estética con sus principios y reglas de lo bello, habrían acabado su misión, quedando como única reina y señora la mecánica que merced a sus grandes adelantos y progresos inspiraría a los artistas, les ofrecería nuevas formas y les suministraría medios y procedimientos para satisfacer los altos fines del arte en nuestros días.

...

Recordemos de buen grado las extraordinarias cualidades del hierro y si se quiere, concederemos que las tiene superiores a las de cuantos materiales han sido empleados hasta ahora en las cons-

trucciones; y en gracia a la brevedad haremos caso omiso de los defectos, como si no los tuviera.

...

A nuestro entender, los que confían en el hierro para constituir la nueva arquitectura están alimentando una engañosa ilusión y tienen formada una menguada idea del noble origen del arte monumental que si necesita de los materiales para realizar sus concepciones, nunca les otorga el principal papel antes bien les subordina al destino peculiar del monumento, al organismo que trata de establecer, bajo el triple concepto de la verdad, de la bondad y de la belleza así en su entidad subjetiva como en la objetiva en que se nos ofrecen.

...

...el material en las obras artísticas no ha mandado en jefe nunca, no manda ni mandará, y que el día en que tal cosa sucediera se podría exclamar imitando a Victor Hugo: "esto ha muerto a aquello" y en más propio sentido: "la materia matará el espíritu, lo material, lo contingente a lo eterno". No, no es posible semejante desvarío; y si lo fuera, el arte habría concluido para dejar libre y por entero el paso a la ciencia y a la industria, pudiéndose verificar sin ningún recelo el entierro de la Arquitectura. No temamos, señores, que esto suceda, no. La ciencia y la industria por sí solas, conforme hemos dicho, no son capaces de producir más que obras sin eco en el corazón del hombre;

...

De todos modos, y sea cual fuere el porvenir reservado al uso de este metal en las obras del arquitecto no limitadas a cumplir con la simple utilidad, creemos que no se obraría acertadamente haciéndole penetrar de una manera subrepticia en las construcciones arquitectónicas, ya que no le fuere dado abrirse franca y legal entrada.

Nos explicaremos. Si se pretendiera introducir este material en las estructuras creadas propias de la piedra y del ladrillo, en esos suntuosos organismos tan felizmente hallados por el arte y por la ciencia, teniendo en cuenta la naturaleza y cualidades de dichos antiguos materiales, lamentaríamos que se emprendiera un camino que, a nuestro entender es torcido y no puede conducir más que al caos. Tales organismos deformados en sus proporciones por el hierro contenido en sus entrañas, sostenidos por habilidosas combinaciones, y desprovistos de la sencillez y claridad de formas y disposiciones que nacen de la unidad de pensamiento y de la contextura y condiciones de resistencia que informan la materia empleada, serían unos engendros monstruosos que ofenderían a la inteligencia y al corazón.

En resumen: hoy por hoy el hierro no ha dado un nuevo arte monumental y creemos no ha de darnoslo en lo sucesivo, sin que por esto neguemos que pueda venir en su auxilio para ofrecer conveniente y nueva solución a determinados problemas planteados por las necesidades de la actual sociedad.

...

Felizmente y con oportunidad, hace algunos años se enarboló la bandera del eclecticismo y a su alrededor se han agrupado cuantos creen todavía en el porvenir del arte. El eclecticismo ya que no pueda fundar un arte nuevo, por ser sistema y no principio, destierra los procedimientos exclusivistas y combate los antagonismos y las rivalidades de escuela; aconseja el estudio de las arquitecturas anteriores, pero en toda su integridad, comprendiendo que el estudio parcial no produce más que imitadores serviles. En aquella bandera está escrita la palabra "imparcialidad" y no debe cobijarse en ella el que se siente dominado por la pasión, que no permite ver las cosas tal cual son con sus cualidades y defectos. El estudio que se recomienda no ha de ser superficial ni hecho a la ligera, limitándose

a examinar la forma ostensible como se contemplaría una vista escenográfica; es preciso investigar la estructura de los monumentos, o sea su manifestación estática; es indispensable hacerse cargo de las causas que dieron vida a aquellas obras relacionándolas convenientemente con la organización religiosa, social y política de las civilizaciones; en una palabra, interesa identificarse cuanto sea posible con la situación en que se hallarían los artistas que las crearon; y cuando así se haya procedido se habrán descubierto soluciones, leyes y preceptos que serán la antorcha que nos ilumine en el camino que debemos emprender. No ignoramos que el eclecticismo no ha constituido, ni es capaz de constituir una arquitectura con carácter propio, pues nada afirma; sabemos que no puede considerarse más que como doctrina de estudio y de conocimiento; pero forzoso es reconocer que siguiendo sus preceptos rompemos los fuertes muros con que nos tenían aprisionados las escuelas exclusivistas. La misión del eclecticismo en el presente momento no es otra que la de iluminar las inteligencias, procurar la serenidad en los espíritus y ofrecer un terreno neutral donde puedan aunarse las fuerzas que se utilizarán cuando los pueblos, cansados de trastornos y desdichas, vuelvan los ojos y el corazón a los días de sus pasadas grandezas en el orden moral y comprendan cuánto se han desviado y cuánto les interesa cambiar de rumbo.

...

¿Qué corresponde hacer a los artistas para sustraerse a la fatal influencia de la volubilidad del presente siglo? Lo primero, estudiarla en sus resultados siempre superficiales y efímeros; convenirse de que por su camino no se va más que a lo pueril, propio de existencias afeminadas y gastadas; fijarse en que un estilo de arquitectura no puede ser obra de un momento, fruto de una sola individualidad, ni menos resultado del empleo de cualquier material,

aunque sea este el hierro, y a veces ni de una sola generación; y cuando se haya hecho esta investigación preliminar, entregarse a la meditación y al estudio llevando por norma a la constancia como resultado de una profunda convicción, que no puede admitir los caprichos, las modas, ni las veleidades. Al decir constancia, no queremos significar inmutabilidad, pues no desconocemos que en lo humano todo es mutable dentro de ciertas condiciones y de ciertos límites cual lo exige la ley ineludible del progreso; deseamos se entienda que la seriedad, la importancia y la misión de la Arquitectura no consienten los cambios súbitos, inmotivados y continuos en la manera de sentir y que únicamente se alcanza un período floreciente para el arte partiendo de un principio estable que no excluye las modificaciones graduales, aconsejadas como pertinentes por el tiempo y la experiencia.

MELIDA Y ALINARI, Arturo.

Causas de la decadencia de la Arquitectura, y medios para su regeneración. Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación del Ilmo. Sr. D. Adolfo Fernández Casanova. 8 de octubre de 1889.

...Aunque parezca que me complazco en trazar un cuadro sombrío, cuando en realidad no hago más que declarar con franqueza verdades que están en la conciencia de todos, he venido, por el contrario, a entonar un himno de esperanza, porque presiento que está muy cerca el engrandecimiento de nuestro Arte.

Y creo que para conseguirlo hay dos caminos.

El más seguro, pero en cambio el más difícil, es seguir las huellas de Lema y de Ayuso: huir de la ornamentación. El laconismo avalora el arte de la palabra; pero es más fácil la elocuencia en un discurso que en una sola frase. La estructura acusada en una forma hermosa y sobria, regulada por grandiosas proporciones: ese es el verdadero clasicismo.

Los que se sientan con fuerzas, deben marchar por esa senda, y desatarán el nudo gordiano; a los que les arredre el intento, les queda el otro camino de que hablé antes; ¿no se puede desatar el nudo?, pues cortarle.

Es más fácil la Arquitectura y más agradable con el atractivo de la decoración, pero "hay que hacerla"; seguir el ejemplo de Berruguete, de Cornejo y de Tomé: los que no podemos ser maestros, seamos buenos oficiales. Aún queda quien espera un nuevo orden de la arquitectura, y, a mi juicio, no en vano; cambiando radicalmente el sistema de construcción, justo es pedir la nueva forma que dé expresión y apariencia de Arte a la moderna estructura. Los arquitectos no deben confesarse inferiores a

sus predecesores de los siglos XII y XIV; y como aquellos labraron un cuerpo hermoso que encerrara el alma de una nueva teoría científica, los arquitectos actuales estamos en el deber de dar forma de Arte a las construcciones de hierro. Pero hay que desandar lo andado, volver al comienzo de la decadencia de la Arquitectura, y partiendo de las últimas construcciones ojivales, hacerse esta sencilla reflexión que yo me he hecho muchas veces.

Si el hierro hubiera hecho su aparición en la Arquitectura a fines del siglo XV, cuando ésta vino a manos de los plateros, "artistas del metal", ¿habría habido solución de continuidad? Si las primeras cubiertas de hierro hubieran estado encomendadas a Villalpando, el autor de la reja de la Capilla Mayor de Toledo, o de Juan de Vergara, el que hizo la verja del Sepulcro de Cisneros, ¿tendrían las construcciones metálicas el aspecto antiartístico que hoy tienen?. Con solo los alarifes de la carpintería de lo blanco, aquellos maestros tracistas de la línea recta, muy otro hubiera sido el proceso de la construcción metálica. No fueron los arquitectos los primeros que la emplearon, y, al adoptarla, conserváronle la forma, ya consagrada por la costumbre, para construcciones en que sólo se persiguió el fin práctico.

Hay que volver atrás, a esa época ya citada; buscar en el ojival terciario, en el plateresco y en el mudéjar, una tradición tan gloriosa como genuinamente española; continuarla en metal, olvidando las formas hoy empleadas, para hallar las nuevas, inspiradas en las condiciones del material y necesidades de la edificación, y huyendo igualmente de reproducir en hierro construcciones de piedra. Si señalo como punto de partida la fecha del plateresco, es porque la creo el comienzo de la decadencia, a semejanza de lo que se hace en un edificio que se res-

taura y del que sólo se conserva la parte aún no atacada de ruina.

Hay otra circunstancia que aconseja, si no tomar por modelo, por lo menos estudiar las referidas escuelas, y es que, como en la construcción moderna, se buscaba en el siglo XV el elemento pequeño para formar el conjunto grande; la bóveda gótica se componía de reducidas dovelas, y el artesonado mudéjar de cortos peñazos, así como la galería de máquinas de Duthert está constituida por elementos de reducidísimas dimensiones con relación a las de la nave mayor, que se ha cubierto.

Seguramente mis compañeros llegarán a la inmortalidad, y colocarán su nombre junto a los de maese Rodrigo Badajoz, Sagra, Guas y Hontañón, si recuerdan que ni esos maestros, ni Fidias, Praxiteles, Miguel Angel, Rafael y Durero, como tampoco Velázquez, conocieron la Estética, útil tal vez a los filósofos, pero que yo, convencido de que jamás he guiado ni guiaré por el camino del Arte, he procurado no leer, porque un cristiano viejo no tiene para qué abrir el Corán...

### Contestación

...Respecto a las fuentes en que debemos inspirarnos para procurar el engrandecimiento del Arte, acepto con entusiasmo tanto el ojival como el mudéjar que propone el nuevo Académico, pues no sé si por efecto de mi decidida pasión por estos Artes, juzgo que militan en su favor poderosas razones de orden moral y material.

En primer lugar, considerada la cuestión desde el punto de vista artístico-religioso, entiendo que no cabe admitir, para edificios de carácter sagrado, ninguno de los estilos que se desarrollaron en España a partir del siglo XVI; pues mientras

la delicada catedral gótica, tanto por el acentuado predominio de su altura, como por representar la materia completamente su-  
peditada a la idea, es la que mejor eleva nuestro pensamiento a las celestiales regiones, con abstracción completa de toda idea terrena, y nos representa la imagen del Divino Jesús todo dulzura y amor; en cambio, bajo las téticas y frías bóvedas del Escorial, que es el monumento típico, y a través de sus imponentes y pesadas masas, peréceme ver tan sólo al Dios justiciero que ha de juzgarnos. Así, mientras la creación de Herrera sólo me inspira respeto y profunda consideración a la memoria de su sabio autor, en cambio la bella catedral legionense, con su maravillosa ligereza, sus místicas esculturas y sus rasgadas y sentidas vidrieras de imaginería, que descomponen la luz solar en brillantes colores, conmueven de tal modo mi espíritu que, cual las sublimes Vírgenes del inmortal Murillo, me producen el más puro éxtasis y me dan la más acabada idea del arte cristiano.

Comparando la expresión arquitectónica de ambas Artes, observamos: que mientras en el ojival se adopta como escala la altura media del hombre, y a ella se subordina la de sus diferentes elementos constructivos, cualquiera que sea la magnitud del edificio, lo que permite poder apreciar claramente las verdaderas dimensiones de éste, en cambio, en el greco-romano restaurado se fija un módulo puramente convencional, en proporción tan sólo con la altura del orden adoptado, y a él se somete la de sus diversos miembros: de suerte que, con una misma traza o proyecto, pueden construirse edificios de todos tamaños, sin más que variar la escala métrica correspondiente, por lo cual no podrá apreciarse en obra su verdadera magnitud, a no ser por los mismos seres humanos que en él se encuentran. Pero de todas

suertes, siempre me parece ver en los edificios colosales pertenecientes a este último estilo, obras hechas, no para la especie humana, sino para gigantes, y creo, por lo tanto, que no ofrecen el verdadero carácter inherente a su destino.

El llamado barroquismo, que, como dice muy cuerdamente el nuevo Académico, no es un estilo arquitectónico, sino una escuela ornamental, en verdad muy apreciable, tampoco puede servir de fuente de inspiración para el nuevo arte arquitectónico, puesto que esta manifestación del pensamiento, que representa en el campo de las Artes lo que el gongorismo en la república de las letras, si bien muy digna de respeto, como todas las demás Artes, por simbolizar una importante página de la Historia y revelar un gran talento e inventiva en los principales artistas que a su cabeza figuran, no es, sin embargo, recomendable desde el punto de vista de la razón, que debe presidir a toda obra de arquitectura, y que no puede, por lo tanto, admitir las entortijaciones, entablamentos interrumpidos y enmarañadas composiciones de que hace gala esta escuela, originando grandes e inmotivadas dificultades constructivas, por extraviar la Arquitectura de su verdadero cauce.

Paréceme, pues, muy lógico, en el concepto constructivo, preferir, para el nuevo Arte, la ligera y articulada construcción ojival, a la estructura unida de las pesadas moles clásicas, a pesar de su carácter monumental, y a las caprichosas fábricas llamadas churriguerescas, no obstante sus grandes efectos decorativos. Esta primacía debe, en mi pobre opinión, otorgarse, no sólo a los templos, sino también a los grandes edificios modernos de utilidad pública, toda vez que los entramados de hierro permiten espaciar cuanto se quiera y reducir al *mínimum* los puntos de apoyo, para erigir con gran rapidez y economía relativa,

ya torres de tan desmesurada altura como la conocida de Eiffel en París, bien las grandes naves que constituyen el alma de las estaciones de ferrocarriles y de otros importantes edificios modernos que, a más de no satisfacer a nuestras especiales condiciones climatológicas, sólo aparecen, por regla general, hasta el día, ya con el carácter de meras construcciones industriales, ya revestidas con ornatos de muy dudoso gusto, y que no corresponden a la estructura de las fábricas a que se aplican.

!Lástima grande que no se estudien convenientemente, desde el punto de vista artístico, todos estos edificios peculiares a nuestra época, a fin de imprimirles la elegante sencillez, armónicas proporciones y hermoso aspecto que por su destino reclaman, impulsando así el engrandecimiento del Arte patrio!

A tan noble fin concurren poderosamente los crecientes progresos de la industria y de la mecánica, dando vida a multitud de formas, entre las que principalmente descuellan las armaduras, las cúpulas y los puentes, en los que por una entendida y hábil repartición de esfuerzos, se consiguen resistencia, rigidez y economía relativa, tres condiciones indispensables en esta clase de obras...

...Ante tan portentosas obras tienen que variar radicalmente las antiguas estructuras, produciéndose, por lo tanto, una nueva manifestación de la Arquitectura, capaz de responder a las crecientes necesidades de la vida moderna y a los nuevos materiales de que disponemos actualmente.

No debe, pues, considerarse muerta la Arquitectura, ni creer que lograremos su engrandecimiento copiando servilmente en hierro las formas propias de las construcciones pétreas; sino, por el contrario, inspirándonos en el espíritu investigador de las construcciones ojivales, cúmplenos emplear y combinar de

tal suerte los nuevos materiales disponibles, que no sólo obtengamos el mayor efecto útil con los medios más sencillos, sino que, utilizando las formas primordiales que la ciencia y la práctica del Arte aconsejan de consumo, procuremos realzarlas, no con inmotivados y postizos adornos, que pugnan con la sana razón, sino con una decoración juiciosa y adecuada "capaz de hacer esplendente la verdadera estructura", que es, en mi sentir, el medio más adecuado para realizar la concepción artística en todo su vigor y lozanía...

SORARRAIN, Ramón.

Aspecto artístico de la arquitectura en la época actual.

"Resumen de Arquitectura", V (1895), pp. 21-23.

Entendemos que las obras artísticas han de ser tales, que deben pertenecer a un pueblo fijo y a una época dada, para que haya concordancia íntima entre el fondo y la forma, entre el artista y su creación; relación sin la cual, ni puede clasificarse de artística una obra, ni de artista quien la ejecuta; y siendo en las obras arquitectónicas en las que es mayor esa concordancia, deberemos concluir que son las obras artísticas por excelencia y sus autores los artistas que más sienten y cumplen la verdadera misión del arte.

De antiguo llevan las obras artísticas un sello tan genuino y castizo, que es imposible confundir cada una de ellas con otras de distinto período ó pueblo: a fuerza de ser originales, crearon en cada uno de los pueblos y en cada una de las épocas un género y tipo especial.

En cada una de las civilizaciones, sus monumentos nos traducen, no solamente la constitución político-social de la misma, sino sus creencias, base general de la constitución de la familia y del Estado.

Del solo ensayo de comparación de monumentos que nos han legado los distintos pueblos, deduciremos las diferencias grandes que hubo en sus sociedades y en sus creencias: en los de diferentes épocas, marcaremos las transiciones por que pasaron y las vicisitudes que sufrieron; y no vemos esas diferencias marcadas en grandes etapas, sino que de trecho en trecho, y no largo, vamos siguiendo las evoluciones que se van operando en sus sociedades para llegar, no por transacciones rápidas, sino pro-

gresivas, a los puntos culminantes de cada sistema.

Si comparamos hoy día los monumentos que en la misma época se erigen en distintas condiciones de localidad, ¿podremos distinguir a simple vista la diferencia que existe entre los elementos que constituyen la base sobre que se asientan los pueblos que los han erigido?.

Los nuevos elementos que han venido en ayuda de las artes de construir, han traído consigo, es verdad, una gran perturbación de los principios fundamentales, que han influido en la igualdad de procedimientos, y de la igualdad de procedimientos a la igualdad de forma no hay más que un paso.

Las exigencias de nuestra época, de un aspecto y carácter general, que no tiene igual ni semejanza tan siquiera en ninguna de las que nos han precedido, ha venido a obligar la igualdad de acción en lo general, pero bajo ningún aspecto ha podido motivar la perturbación de conceptos y la mezcolanza de caracteres que desgraciadamente vemos en ella.

Que se ha despertado nuestro espíritu por la contemplación de las obras de nuestros mayores; que admiramos la majestuosidad y profundidad de convicciones que nos muestran los monumentos románicos; que en los góticos comprendemos el simbolismo que acusan hasta en sus menores detalles, dando prueba en ellos de la impetuosidad con que mostraban sus pasiones y la alegría con que hacían alarde de la fuerza de su fe y de la pureza de sus convicciones, no puede caber la menor duda en ello, pues que para traducir esa misma fortaleza, ese mismo entusiasmo, echamos mano de los sublimes modelos que nos han legado, y copiándolos o modificándolos en lo accesorio, a la medida de nuestros deseos o necesidades, establecemos esos mismos caracteres bajo la misma pauta, con los mismos elementos que lo hicieron en épocas an-

teriores, y bien distintas por cierto y alejadas en un todo de la actual.

Hoy día, el carácter general de la sociedad, algo indefinido, no se presta a seguir constantemente un mismo estilo, no se deblega a vivir bajo una misma pauta, sino que bulle y batalla por medio de todos los conocidos, ya que ni la fuerza de sus convicciones ni los sistemas de construcción le han dado energías suficientes para la creación de un estilo propio y característico. Hoy día copiamos y adaptamos a nuestras necesidades, bien que mal, lo de que nos apoderamos sin mirar si cuadra o no, si satisface o no las condiciones actuales el original que nos ha servido de modelo; sin meternos a ver si la sociedad pompeyana vivía como nosotros, hacemos una casa pompeyana; sin tener en cuenta las ideas o principios que profesamos, ponemos en un cementerio católico una tumba pagana, egipcia, por ejemplo; ¿qué nos importa?.

¿Halaga la vista?

¿Ha sido hábil el artista que la proyectó?

Pues ya parece que quedan satisfechos todos los principios del arte, todas las prescripciones, que de ningún modo y bajo ningún aspecto debería olvidar el Arquitecto.

Es necesario no perder de vista que este es un elemento vital en una sociedad, que es un miembro que ha de formar parte muy integrante de la misma, que ha de encerrar en sí todos los elementos de que se compone, y que, por lo tanto, hoy día, dado lo complejo de la existencia social, es un problema arduo el desarrollo adecuado de un proyecto, teniendo que hermanar lo nuevo del fondo, que es la planta, originada de las nuevas necesidades que cumplir, con la forma, tomada de otras épocas y otras edades.

No basta ser artista; no basta tener imaginación y mano hábil para trazar un dibujo que, inspirado en civilizaciones pasadas, nos dé idea de su ingenio; no basta ser un constructor concienzudo; es necesario ser filósofo, para decirlo de una palabra, haber estudiado la vida de las naciones, haber comprendido que la existencia de hoy es muy por completo diferente de la de civilizaciones pasadas, y que sólo un espíritu de tolerancia nos puede hacer consentir que una construcción civil del siglo XIX se vea ornada de esfinges egipcias, de frescos pompeyanos; que si toleramos en las muestras de nuestros comercios rótulos o enseñas no indígenas, se debe al espíritu comercial de la época, a esos consentimientos tácitos de la sociedad, que permite anacronismos que, por su misma exageración, nos indican ya el objeto que se llevó al cometerlos; pero en los otros, en los que es necesario unos ciertos conocimientos para discernir sobre la conveniencia o no de su empleo, corrompen el gusto, alteran el sentido moral del pueblo que los tolera y perturbam los conocimientos que puedan ir adquiriendo los que, por enseñanza, los tienen.

El Arquitecto, pues, adquiere, por el mero hecho de serlo, un nuevo cargo moral, cual es la conducción a buen fin de la sociedad en que vive, con la traducción de sus creencias, por medio de monumentos que las perpetúen; la representación de su forma social por los monumentos que la acusen, y la aplicación adecuada de los medios que dispone, sin querer alterarlos ó falsearlos bajo ningún aspecto: el cumplimiento de todos estos preceptos lleva de la mano a dar carácter artístico determinado a cada una de las arquitecturas y a cada una de las épocas; y como en la nuestra no dejan de falsearse algunos, modificarse otros y no cumplirse los demás, no por voluntad expresa, sino

influidos en cada caso por las circunstancias del momento, no es de extrañar que presentemos en esta época de ese carácter artístico abigarrado, inseguro, ajeno a convicciones firmes, porque no las hay; indiferente al verdadero sentimiento, pero llamativo; sin fondo, pero con forma; que atrae y no deja ver lo falso que cubre, y que, pagándose sólo del oropel, deja de cumplir el verdadero fin a que ha de tender la obra artística.

No es tan difícil llegar á una aplicación justa de todos los elementos de que disponemos, y, en general, el aspecto artístico revestiría un carácter más uniforme y más adecuado a nuestras necesidades y modo de ser.

ARBOS Y TREMANTI, Fernando.

Transformaciones más culminantes de la Arquitectura cristiana.

Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación del Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. 12 de junio de 1898.

...Debilitada todavía la fe católica, carécese del ambiente social propicio e indispensable para la producción compleja de la forma arquitectónica, de lo cual resulta la carencia de un estilo religioso que caracterice nuestra época; así que los arquitectos hoy, para expresar el sentimiento católico, unos acuden indistintamente a las obras de los períodos más famosos del arte cristiano, y al sujetarse a aquellos procedimientos constructivos, si bien logran demostrar sus peregrinas dotes para dirigir difíciles obras de restauración, sólo consiguen en su arte lo que en Pintura representa una buena copia del "Cristo" de Velázquez o de algún santo de Zurbarán, a menos que lleguen a imprimirle el sello de su personalidad; otros, en cambio, si bien contados, desconocedores de las leyes que, como hemos visto, rigen en toda producción arquitectónica, quieren crear formas originales que, por falta de ambiente que las inspire, resultan extravíos ridículos de inteligencias sigulares.

Felizmente, la historia de los edificios destinados en todas las regiones y tiempos al culto cristiano, al poner de relieve la variedad de las formas arquitectónicas, no nos deja duda sobre las futuras y sin duda felices manifestaciones de este arte. Para negarlo sería preciso acudir al supuesto absurdo del definitivo aniquilamiento de nuestra fe religiosa, o al de un estado que podría calificarse de cristalización del movimiento social, imposible, por lo menos, mientras no se alcance

una solución satisfactoria de todos los problemas que se relacionan con la humanidad.

Además, obsérvese ya un principio de reacción en la fe católica: los progresos de las ciencias morales y políticas, y los de las naturales, poderosamente auxiliadas por las matemáticas, convencen más cada día al hombre de su impotencia ante lo eterno y lo infinito, y la razón misma llegará a persuadirle de que dentro de la fe en el Redentor caben todos los verdaderos adelantos.

Al propio tiempo, la actual sociedad, aguijoneada por nuevas necesidades, se transforma por modo inesperado. Las rápidas y fáciles comunicaciones establecidas de un extremo a otro del planeta, que tanto favorecen el comercio entre las gentes de todas las razas; las grandes industrias que se crean para utilizar los nuevos descubrimientos, y el abuso de libertad productora del individualismo, plantean el gran problema de la universal armonía dentro del posible bienestar individual, y la sociedad entera, por una serie de evoluciones, no todas desgraciadamente pacíficas, acabará posternándose ante la luz esplendorosa de la Santa Doctrina, sostenida en lo alto por la sabiduría de nuestros Pontífices.

Entonces la Arquitectura, con su tradicional lentitud, seguirá transformándose; y partiendo siempre de las formas conocidas que más se adapten a los progresos intelectuales y materiales que se vayan realizando, y huyendo, en mi opinión, del ya inútil almenado religioso-militar, de las pompas del decadente churriguerismo, y hasta de lo que de desnudo y tétrico tiene el románico, expresiones todas de ideales ya no sentidos, apartará del estilo bizantino su estrecho convencionalismo, del gótico lo innecesariamente atrevido y del Renacimiento su expresión

pagana, e inaugurando así un nuevo período de transición, subordinará la forma arquitectónica a las exigencias de las distintas regiones, y simbolizará al fin, en el apogeo del nuevo arte, el espiritualismo religioso y la fraternidad humana, que esperamos lleguen a ser universalmente sentidas.

URIOSTE Y VELADA, José.

La calle bajo su aspecto artístico. Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación de Enrique Ma Repullés y Vargas. 21 de abril de 1901.

...

...la calle es la arteria por donde circula sangre nueva que da calor, impulso, energía para hacer caminar adelante la nación que, cumpliendo la ley providencial trabaja y produce.

Voy a ocuparme, pues, de la 'calle', desde el punto de vista artístico.

La calle es la más externa de las manifestaciones de la vida de un pueblo; resultante del clima, riqueza, cultura, sentimiento y carácter del mismo; lo que por ello le da tipo, color, distinción; lo que le determina, singulariza y califica de alegre o triste; activo o perezoso, culto o atrasado, rico o pobre, higiénico o insalubre, comercial o fabril, aristócrata, militar o democrático, de la costa o del interior, de una u otra religión.

En la calle estudiamos la Arquitectura monumental, la civil, privada y religiosa, las artes aplicadas, las estatuas, los parques, el movimiento, riqueza y adelanto de las grandes ciudades, las costumbres, educación y los trajes de sus habitantes; en suma, todo cuanto contribuye a dar perfecta idea de un pueblo.

Esto explica hasta cierto punto el que Regamey afirmase en el Congreso de arte público celebrado en Bruselas en 1898, que el espectáculo de la calle es una enseñanza más eficaz que todos los cursos y todos los museos.

...

...Pero si esencialmente el arte con sus cánones rige toda obra humana, por muchas causas, prescindiendo de desarrollos his-

tóricos, examinando la situación presente, es dable aseverar que las premuras impuestas, por lo económico sentidas de manera casi igual en las naciones que en su adelanto no están entre sí muy distanciadas, han producido un efecto idéntico, el de, si no prescindir de las reglas de lo bello, considerarlas al menos como asunto secundario.

El cosmopolitismo industrial invadía la construcción particular, la edificación de las ciudades, y al engendrarse o desenvolverse estas por móviles exclusivamente industriales, los hombres que por hacer fortuna no tuvieron tiempo de rendir culto a otros dios que no fuera el interés, construyeron las casas-cuarteles, típicas de la era transformadora de nuestro tiempo, grandes líneas de muros llenos de espacios rectangulares para dar luz y aire a las habitaciones.

...

La evolución política y social en que vivimos, la ineducación de las clases directoras en punto de arte, pues siendo lo económico categoría social, lo ha llegado a ser política, influye tan poderosamente como lo enseñan los trazados en cuadrícula de algunas ciudades modernas.

Debe tenerse por indudable, que en la transformación de que somos espectadores, la sociedad, después de reaccionar restaurando el imperio de escuelas que pudieran suponerse sumidas en el abismo del olvido, utilizando armónicamente los más preciados elementos que ofrecen para la satisfacción de las necesidades por aquella sentidas, indicará asuntos nuevos, vislumbrará ideales en que se encuentren realizados más totalmente que hasta aquí los eternos principios del arte; pero ¿no es imperativo categórico para nosotros el conspirar con el fin de que ese anhelado día logremos verlo cuanto antes?.

...

...¿cómo no entender obra necesitada de la colaboración de los hombres ilustrados la de democratizar el arte, extender el imperio de lo bello a aquellas más populares expresiones de la existencia?

Pueblo que logre crearse una atmósfera, un medio de desarrolló inspirado en el respeto a la belleza, será un pueblo culto, cumplidor de la ley, trabajador, digno del disfrute de los derechos de la soberanía, próspero y rico; porque en su labor mirará el bien, compañero de lo útil, mirará lo bello, aspecto artístico de la verdad.

...

Sintetizando cuanto queda dicho, la calle, siendo expresión la más popular de las artes plásticas y gráficas, da más que cualquier escrito, medios de calificación de nuestras costumbres, de nuestras necesidades, del grado de nuestra civilización. Revestir de forma artística cuanto se relaciona con la vía pública, transformándola hasta convertirla en elemento poderoso de educación, es obra que al arte corresponde, es empresa cuya elevación cuya trascendencia sería tan ocioso creer necesitada de demostración como pensar de posible desconocimiento.

...

Si el arte, hoy más que nunca, tiene una misión social que cumplir; si se le da entrada por propio derecho en los estudios sociológicos, reconociéndosele un elevado ministerio, ¿dónde más práctica y convincentemente ejercitará esa interesante labor que en lo que constituye el teatro donde la función social sin interrupción se produce; en la calle?

VEGA Y MARCH, Manuel.

Regeneración artística.

"Arquitectura y Construcción", V (1901), pp. 306-312.

Examinando atentamente el estado social de España en nuestros días, en cuanto se relaciona con el estado de alma de los españoles, y comparándolo con el de épocas más felices en que no se había consumado todavía la desintegración de nuestros territorios trasatlánticos, cabe esperar que la dura lección del reciente desastre, compendio de todas las amarguras que pueden llover sobre una nación de larga y gloriosa historia, no sea perdida en absoluto para sacarnos de la decadencia mansa en que yacíamos. De algo vale -y moralmente, en mi sentir, de mucho más que lo perdido- el sentimiento de rebeldía y de protesta -vario en la forma, pero no en el fondo- que se ha señoreado de nuestro espíritu después de los tristes días de reflexión, de silencio y quizás de examen de conciencia, que sucedieron a los que recordaremos eternamente con vergüenza y dolor; de algo vale la convicción que se va infiltrando en todos nosotros del dominio de la fuerza individual sobre la colectiva, convicción que se traduce en lo político en una aproximación de todas las masas y de todas las opiniones a los problemas de la gobernación de nuestra Patria, no lograda desde hace muchos años, y en lo social, en un empeño a favor del trabajo y del estudio, más decidido que lo fué en largo tiempo, y tan exclusivista y tan altivo (por regla general) como conviene al resultado que ha de darnos, si persiste...

En el fondo, de no ser, ante todo, provechosa para la patria, la obra de regeneración a que me refiero, sería estéril y baladí para la cultura universal, o poco menos. !Es tan poco lo

que la cultura universal espera de nosotros en la actualidad! ¡La hemos perdido de vista durante tanto tiempo!... No es mucho que se haya acostumbrado a prescindir de nosotros, y nosotros a alejarnos de ella, hasta el extremo de que pasemos por ser (ya que no seamos) casi los dos términos contrapuestos de la antinomia que define la época actual.

Hay un terreno en el cual aún se nos concede (si bien mermado y casi de limosna), alguna intervención, en homenaje a las glorias obtenidas en él o en previsión de que con otras de la misma índole reanudemos el prestigio de nuestro nombre. Esto sucede con las artes especulativas; pero el beneficio ya no alcanza a las de aplicación, incluyendo en tal categoría a la arquitectura, mucho más práctica que sus hermanas las demás Bellas Artes. Y, sin embargo, en todas ellas ha obtenido el genio español en otras épocas triunfos soberanos. El examen de conciencia que nos sugirió la amargura del desastre ha revelado en nosotros aptitudes especiales para ellas, y ha evocado el recuerdo glorioso de aquellos tiempos en que nuestros artistas (ya se llamaran escultores de talla, ceramistas, orfebres, metalistas, etc), ejecutaban obras que son hoy, en su género, admiración y pasmo de los inteligentes, fuente de inspiración, modelo eterno de belleza, tesoro de recursos y de habilidades técnicas, insuperables.

Precisamente hoy la corriente universal de las ideas determina preferencias claramente visibles hacia el ideal que encierran esas artes. Todos los pueblos de la tierra acogen con simpatía ardiente y espontánea, que tiene algo de nostálgica, el florecimiento de las artes aplicadas, como si vieran en ellas el oasis donde puede la vista reposar de la monotonía y el cansancio de las grandes empresas científico-utilitarias que caracterizan

a esta época; todas las naciones, ansiosas de un ambiente de idealismo, que en vano buscan en su alma, materializada por el negocio y las competencias industriales, alientan con ardor los sueños del artista "práctico" que halla formas encantadoras, sugestivas, con vagas remembranzas de contornos orgánicos, para envolver en ellas todos los objetos de la vida, desde la morada que nos guarece, hasta el dije con que adornamos nuestras ropas, desde el cuchillo con que cortamos nuestros alimentos, al mueble en que nos reclinamos, desde el libro en que bebemos las ideas más prosaicas, hasta el lienzo finísimo con que se cubre el cáliz del santo sacrificio....

Una de las formas en que aparece más visible en todas sus esferas la "reacción regeneradora" que hoy nos domina, es en el impulso de sustituir el aislamiento tradicional de España por su intervención inmediata y sin reservas en todos los asuntos universales. Dada la exageración a que propende siempre nuestro temperamento, acaso haya que temer de estos afanes mayores males que de la anterior conducta. Sea de ello, en el terreno político, lo que fuese (que ni debemos ni podemos estudiarlo aquí), en el artístico y en el científico se traduce por una devoción extraordinaria hacia todo lo que en los demás países obtiene sanción y predicamento más o menos firme; y esto, que reducido a justos límites, podía ser un acicate y una guía para nuestra inspiración, un medio depurativo de gran valor, y sobre todo, una influencia espiritual de inmejorables resultados, lleva trazas, por salirse de ellos, de ser uno de los más graves peligros que hoy se alcen, atentatorios a nuestra personalidad propia y castiza, y un atolladero donde puede caer, vencida de nuevo, para largo plazo o para siempre, el alma nacional que dejó sus vigorosas huellas, sin mancha de extranjera intervención

en tantas obras hermosísimas. Porque este impulso que suponemos hoy venido del exterior, únicamente; este "afán de regeneración" que creemos que nos ha sido importado con el desastre, con la amargura del horrible desengaño sufrido al ver desmoronarse la leyenda de oro de nuestras glorias por la voluntad de un pueblo advenedizo que tenía sobre nosotros la ventaja de estar henchido de espíritu moderno; este renacer de nuestras fuerzas individuales que achacamos al deslumbramiento de que hemos sido víctimas, cuando, caída la venda de ignorancia de nuestros ojos, hemos alzado la cabeza por encima de los Pirineos y asomándonos al brillante espectáculo de las grandezas de la Europa culta; esta agitación, en fin, que creemos hija del hálito (de indiferencia o de desprecio) que exhalaban sobre nosotros otros pueblos, puede ser (tenga estas u otras causas) beneficiosa en grado sumo, si sólo aprovechamos de ella el estado de alma que en nosotros produce, si reducimos su acción a la de un revulsivo poderoso que despierte las dormidas energías y avive nuestra actividad, y conforte con su choque brutal nuestros espíritus... Pero no, si nos ciega hasta el extremo de ligarnos a sus últimas consecuencias, haciéndonos, para ser tributarios de su influjo, reos del horrible delito de renegar de nuestra historia y nuestra patria, renegando también de nuestro arte.

Solicitado en nosotros el impulso de la producción y del trabajo, debemos, si, abrir el alma a todas las influencias del espíritu moderno, sensibles en forma de ideal, no de realización corpórea, pero volviendo los ojos con amorosa preferencia a las enseñanzas de nuestro pasado propio. No importa que ahondando con nuestro estudio en las obras de siglos fenecidos hallemos en ellas máculas, imperfecciones y resabios que hoy sea conveniente desterrar; no importa que, trocadas las necesidades,

los hábitos de vida, los medios auxiliares del arte y de la industria, abandonemos algunos caracteres históricos de gran aprecio para la arqueología; menos aún, que a fuerza de depurar el sentimiento individual de esas creaciones, lleguemos a deslindar entre las mismas obras españolas, las que son producto de regiones distintas. Del conjunto de todas ellas derivaremos el sentimiento nacional que ha de ser base de nuestra personalidad futura, y la armonía y el acuerdo que forzosamente ha de encontrarse entre el y nuestras aptitudes y nuestro genio artístico, allanarán la senda de la producción, permitiéndonos llegar antes que por otros rumbos a la perfección que en último término se persigue por todos los artistas y por todos los pueblos. La misma clasificación regional puede ser una base para ello. He ahí un regionalismo que no hallará contrarios. Lo que sí lo tendría y sería justo que así fuera, es pregonar el regionalismo político y copiar o imitar al mismo tiempo las formas artísticas de otros pueblos o regiones, llevando al arte el cosmopolitismo que se regatea a la gobernación de los Estados.

Esta ha de ser la base fundamental de la regeneración artística que hoy nos debemos imponer. No la conseguiremos repitiendo automáticamente formas de pasados siglos, por hermosas que sean; tampoco aceptando las que alcanzan más boga en el extranjero y aplicándolas sin otro requisito a nuestras creaciones; mucho menos, si olvidando unas y otras, pretendemos por ansia de originalidad imponer desde luego un patrón que no denote con ellas parentesco alguno. El arte ni se improvisa ni se impone;...

...De aquí la necesidad imprescindible de que el carácter de la obra no se desvíe con el temperamento histórico de la raza, que ha creado ya para ella una especial manera de ver y de sentir, que ha de aplicar a la obra misma; y no se aparte tampoco

de las corrientes de la época, a la cual pertenece por fuerza nuestro espíritu, con más intensidad hoy, en que la vida se hace amplia y se liga íntimamente a todo el estado social, que en siglos en que era más plácida y suave.

La intervención precisa de ambos elementos, el histórico y el innovador, engendrarán en las artes su carácter moderno. Si en naciones febrilmente entregadas a la producción innovadora no se ofrece aún este carácter con rasgos propios, llenos de vida y de pujanza...¿cuándo podremos esperar que se llegue a la meta de tan feliz "desiderátum"? Basta por ahora la confesión de que nos hallamos de él muy lejos todavía, que para vislumbrarlo con relativa claridad nos falta destruir aún grandes prejuicios, que la rutina imitadora de la decadencia no nos ha escluido aún, y nuestros pulmones no se han hecho, por tanto, al aire libre, que ha de depositar en ellos, traído con sus violentas ráfagas, el polen de las grandes fecundaciones naturales.

LANDECHO Y URRIES, Luis de.

La originalidad en el Arte. Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación del Excmo. Sr. Don Ricardo Velázquez Bosco. 18 de junio de 1905.

...

Al hacer la exposición de motivos de la elección del tema, hube de decir que en el momento actual los arquitectos nos vemos requeridos de originalidad y acusados de plagiarios. ¿Son esta queja y aquel requerimiento totalmente justificados? ¿Podemos esperar que el arte llamado modernista acalle las quejas referidas?

Si con el dictado de plagiarios quiere expresarse que en nuestros edificios usamos las formas, elementos decorativos y constructivos que en otras arquitecturas han sido usados, el dictado no cabe negar que es justo; pero no así la acusación; en primer lugar, porque eso mismo hicieron los pueblos todos de la historia, incluso aquellos, o principalmente aquellos cuyos monumentos más admiramos como bellos y ensalzamos como originales; y además, porque no todos los elementos constructivos, ni todas las formas hoy usadas, son efectivamente copias de las civilizaciones anteriores.

No es esa la acusación que a la Arquitectura puede dirigirse; más justo sería quejarse del divorcio establecido en ella entre la construcción propiamente dicha y su decoración, que aún se observa en algunos edificios, y del que por fortuna nos vamos apartando. El empleo de formas envejecidas, sin razón justificada, hace que en vez de hablarse en los edificios en una lengua viva se hable en una lengua muerta, solo entendida por los arqueólogos y que al público no puede interesar.

El renacimiento de las llamadas 'artes menores' o artes industriales, que coincide con la importación en Europa del arte

japonés, ha producido un sistema de decoración para los muebles y utensilios, que se ha llamado arte modernista ('art nouveau, modern style') que ha sido copiado en Arquitectura; y desde Inglaterra, donde parece tener su cuna, se ha trasladado a Bélgica, Francia y Austria, creándose allí la escuela llamada secesionista que, tomando importante vuelo, pretende sacarnos del marasmo en que, según sus adeptos, nos encontramos.

Más esta novedad relativa no consigue su propósito más que por corto espacio de tiempo, el necesario para que el público se entere de que aquellas formas nada tienen que ver con la estructura ni con las necesidades de los edificios en que se aplican; no es, como las anteriores, una lengua muerta, pero puede compararse al volapük o al esperanto, sistemas de lenguaje sin más vida que la que les conceda la moda. Y, en efecto, el arte modernista comienza ya a fatigar al público más aún que las formas antiguas.

No quiere esto decir que el modernismo no dejará tras de sí nada útil; aún cuando no dejase más enseñanza que la de que los elementos de los que nos podemos apropiarnos como queramos para utilizarlos cuando nos convenga, sin tomar para nada en cuenta el edificio de donde proceden, ni la época en que se usaron, y mirando tan solo al edificio en que hayamos de aplicarlos y a la oportunidad de su empleo para obtener el resultado apetecido, eso solo sería suficiente para que no olvidásemos su paso por la historia; nada sucede en el mundo que no deje huellas de su paso.

En cuanto al requerimiento de originalidad de los críticos de Arquitectura, parece que pudiéramos contestar exigiéndoles originalidad en sus peticiones. Los que tal hacen repiten frases estereotipadas y no estudian la realidad. Bien estuvo que Viollet-le-Duc, al escribir sus inmortales obras de Arquitectura, dijese: que los arquitectos, en vez de sacar partido de los inmensos recursos

producidos por la industria moderna, nos aferramos a sistemas envejecidos consagrados por las Academias; pero, desde 1840, nuestro 'outillage', nuestros materiales y la enseñanza de nuestras Academias, han sido totalmente transformados. La ciencia de la construcción en las aplicaciones del hierro a las edificaciones, no como material auxiliar ni en piezas fundidas, como se usaba en los comienzos del siglo XIX, sino en piezas laminadas y forjadas, ha venido a cambiar el aspecto de muchos edificios, y las Estaciones de ferrocarriles, Palacios de exposiciones, Mercados, Puentes, Edificios industriales, etc., no puede menos de reconocerse que son edificios originales.

Las modificaciones sucesivas que el estudio va introduciendo en el trazado de las armaduras metálicas, que comenzaron por ser una copia de las de madera, y van paulatinamente separándose de aquel tipo para adoptar otros en que se aprovechan mejor las condiciones técnicas del hierro, siguen un camino análogo al que sirvió a los arquitectos del siglo XII para el perfeccionamiento de sus bóvedas articuladas. Aplicando la inteligencia al estudio de las necesidades del principio admitido, se van deduciendo las leyes a que es preciso obedecer, y creándose las formas correspondientes. Ciego será quien no vea en esta clase de construcciones, las más características de nuestra época, la belleza de conjunto que sus grandes naves presentan, y la belleza de los detalles perfectamente apropiados que van produciéndose; y es, por tanto, de esperar que continuando los artistas penetrando bien en el estudio de sus ideas, llegarán con el tiempo (que estos adelantos necesitan tiempo para su desarrollo) a producir obras que marquen por manera indeleble la originalidad de nuestro estilo.

...

El estudio, la aplicación de la inteligencia a los medios

constructivos y a las necesidades de los edificios es en Arquitectura el medio único de que la originalidad se produzca para que broten de ella obras artísticas que merezcan la admiración de los siglos venideros.

Y en cuanto a los elementos decorativos, usemos sin escrúpulo de cuantos hallemos a mano; los poderosos medios de investigación que la civilización nos ofrece, los viajes, las publicaciones ilustradas, las fotografías, los estudios arqueológicos, ponen en nuestra mano recursos de todas clases, procedimientos técnicos variadísimos, que sería locura rechazar. Más aún que en siglos anteriores, debe el arquitecto aprovechar la herencia de sus antepasados, familiarizándose por la copia y el estudio con las formas conocidas y desarrollándolas, haciendo luego de ellas un uso libre y racional. El temor al dictado de plagiarlo no debe jamás arredrar al verdadero artista.

Pero siempre sin olvidar que no hay modelo como la Naturaleza, con la ventaja para los que de ella se aprovechen de que los críticos no han llegado todavía al extremo de acusar de plagiarios a los que la imitan.

#### Contestación

...

Es absurdo querer que cada época borre el recuerdo de las que le precedieron, como si el hombre pudiera cambiar las leyes de la Historia, no menos inflexibles que las de la Naturaleza; por eso es injusta la censura que de continuo se hace, no solo por el vulgo y la crítica, sino también por arquitectos de justa y de reconocida fama, al menos en cuanto al ejercicio de su profesión se refiere, de la falta de originalidad de la arquitectura contemporánea, acusándola de hallarse limitada a reproducir formas y amalgamar elementos tomados de las obras de otros tiempos, y pidiendo

como consecuencia la creación de un estilo original y propio de nuestra época. Hacia mediados del siglo último, se ofreció, no recuerdo por quién, un premio de 80.000 francos a quien creara ese estilo nuevo; olvidando o desconociendo unos y otros la historia de la génesis de los estilos. Ciertamente, que hemos visto formarse el llamado "Modernista", que tiene también su razón histórica en la entrada definitiva del Extremo Oriente en el concierto de nuestra civilización y nuestras artes, y con ellas las leyes de composición del Japón y la China, enteramente distintas de las que rigen la evolución de los pueblos que constituyen la trama de nuestra historia. Este movimiento, producido contra las imitaciones de las arquitecturas clásicas y de los tiempos medios, continuación aquellas de la restauración greco-romana del siglo XVIII, pugna también, como aconteció después de la primera reacción, contra lo que representan en España Herrera y sus imitadores, por sacudir el yugo de una preceptiva fría y esterilizadora; pero, como entonces, toma los delirios y extravagancias por alarde de originalidad y valentía, olvidando hasta los más elementales principios de la técnica, y rompiendo y prescindiendo de las líneas de la estructura, somete los materiales a formas contrarias a las leyes de su estabilidad y de su resistencia, reduciendo la decoración arquitectónica a un hacinamiento monstruoso de follajes, figuras, flores, contornos y composiciones, más indescifrables que las que crearon los arquitectos del barroquismo. Vemos, sin embargo, de cuando en cuando, construcciones, en las que artistas de verdadero mérito componen con valentía y originalidad, aunque algunas veces rayanas en lo extravagante y nunca desligadas por completo de la tradición histórica. Estas formas no cristalizan, ni logran separar al arte de su marcha regular y continua, y acabarían por provocar una nueva reacción neoclásica, como las provocadas por las exageraciones del plate-

resco y del barroquismo.

Pero, al mismo tiempo y fuera de ellas, vemos formarse un estilo que no es puramente decorativo, como este llamado Modernista, cuya formación comenzó en el mobiliario —por lo que sólo ha podido llevar al arte arquitectónico decoración y no estructura— sino una consecuencia de los modernos elementos constructivos, de los materiales que la industria proporciona y de las exigencias de la vida moderna, que pide soluciones mucho más complejas que las de los siglos que pasaron; arte este en el que domina cierto eclecticismo, que tal vez <sup>es</sup> la característica de nuestro tiempo.

REPULLES Y VARGAS, Enrique Ma.

Contestación al Discurso de recepción en la Real Academia de San Fernando del duque de Tovar: La casa y la ciudad moderna(1909).

...en esas novísimas construcciones, llamadas maravillas del arte de edificar, que se están levantando en las principales ciudades de los Estados Unidos de América con treinta o cuarenta pisos, parece que se quiere prescindir del aire puro y sano y de la tierra, como se prescinde también en ellas de la estética.

...el Arte en semejantes edificios queda relegado al olvido, por ser casi imposible dar aspecto artístico a esas enormes jaulas metálicas de pésimas proporciones y triste aspecto. ¡Y aún nos las ponen por modelo y las presentan como el último adelanto constructivo de la civilización!

Cierto es que la casa atraviesa por una crisis, sufre una transformación y se hacen pruebas y tanteos para modificarla en armonía con las exigencias de la vida moderna, utilizando los adelantos de las ciencias; pero el modelo anglo-americano es ensayo desdichado y no podrá prevalecer, mucho menos cuando llegue a resolverse de manera definitiva el problema de la aviación, actualmente sobre el tapete.

Cuando los globos dirigibles, y especialmente los aeroplanos, lleguen a constituir un medio de traslación seguro, sencillo y rápido, a la par que cómodo y barato -aunque no desaparezcan, como no pueden desaparecer, los carruajes terrestres, para toda clase de mercancías y objetos pesados- la casa necesitará de accesos por su parte superior, y los tejados inclinados que ahora la cubren habrán de ser substituidos por amplios terrados. Será preciso que las construcciones urbanas sean, en

lo posible, de igual altura, para que los aeroplanos no se vean obligados a subir y bajar a cada momento, a fin de sortear los obstáculos, pues es conveniente que su vuelo se verifique por trayectorias horizontales, formándose calles ideales en el espacio para evitar los choques.

...Todos estos adelantos científicos para el bienestar de la humanidad han de obligar a la modificación de las construcciones urbanas, y en ella ha de intervenir también el Arte -cuyo mágico poder es imperecedero- para embellecerlas, cubriendo la grosera materia de su estructura con espléndido ropaje.

Consecuencia de la modificación de la casa y de los modernos adelantos, unos realizados, otros en vías de realización, será la transformación de las ciudades, que habrán de disponerse en atención, no sólo a las necesidades de la aviación, sino para subvenir a los nuevos inventos de la locomoción terrestre.

Continuarán en uso los ferrocarriles y automóviles públicos y particulares, aunque movidos por la energía eléctrica y con variadas formas, que exigirán anchas calles, en las cuales también se establecerán aceras movibles, con distintas velocidades, para personas y mercancías, con cruces a diversas alturas, y ¡sabe Dios qué otros inventos!; pero todo esto necesitará gran espacio y amplitud.

En la parte superior de las ciudades la transformación será más sensible ; pues, como queda apuntado, las casas no podrán tener mucha altura, y esta será próximamente igual para todas, suprimiendo en ellas los tejados y coronándolas con amplias azoteas, donde puedan hacer alto los aeroplanos para dejar y recibir viajeros. Por medio de torres y de señales de vivos colores, muy visibles desde las alturas, se marcarán los diferentes sitios de cada ciudad, las vías y apeaderos; y, por la

noche, potentes reflectores, a modo de faros, lanzarán sus rayos luminosos, diversamente coloreados, para iluminar el espacio y señalar rutas y altos.

Para los dirigibles cuyas dimensiones son considerables, habrán de disponerse estaciones aéreas, análogas a las terrestres de los ferrocarriles...

ALVAREZ Y AMOROSO, Manuel Anibal.

Lo que pudiera ser la arquitectura española contemporánea. Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación del Excmo. Sr. D. Angel Avilés. 17 de abril de 1910.

...Existe una corriente de opinión que desearía, por elevado espíritu patrio, que la arquitectura actual tomara por tipo uno de los estilos de las pasadas edades que se considera como más español.

Nada de extraño tiene, dado el entusiasmo y emoción estética que despiertan los célebres ejemplares de nuestra arquitectura histórica, haciéndonos soñar y transportándonos a otras edades, no quizá como ellas fueron, sino embellecidas por la imaginación, que esa opinión subsista.

Todo cuanto se haga para que estos ejemplares no desaparezcan, nos parecerá poco; nuestro deber es llegar a consolidarlos, para que perduren el más tiempo posible, no tan sólo por la admiración y contento que inspiran, sino también por contribuir al conocimiento de la vida y civilización de aquellos tiempos, proporcionándonos datos históricos, en los que encontramos enseñanzas que aplicar en nuestros días; pero admitir estas arquitecturas, ya íntegras, ya reformadas, para nuestros usos, lo consideramos imposible.

No se si existe un estilo que pudiera considerarse como verdaderamente español; me inclino a pensar que no lo hay, por estar en la creencia de que la Arquitectura española ha sido siempre impuesta, unas veces por los pueblos que nos dominaron y otras por nuestros reyes y señores, que traían arquitectos para realizar en nuestro país sus gustos extranjeros. Es cier-

to que en estas arquitecturas se aprecian las influencias de nuestro genio nacional, principalmente en el estilo visigodo, mudéjar y plateresco, en los cuales se ve, de modo elocuente, lo que hubiera hecho la raza, de haber podido sustraerse a las influencias extrañas; pero es el caso que apenas empiezan a notarse en una época caracteres propios, la imposición extranjera introduce otro arte con distinta estructura y gusto: por esto no podemos decir de ningún estilo, que ha nacido ni se ha desarrollado suficientemente en España, como los franceses pueden atestiguarlo con el ojival y los italianos con el renacimiento.

No insistiré en este aserto; aunque se demostrara de modo evidente la existencia en siglos pasados de una arquitectura verdaderamente española, esta habría de responder a las costumbres y medios de construcción de aquella época en España, y como en la actualidad vivimos de muy distinta manera, nuestros elementos de construcción son también diferentes (no en balde ha transcurrido el tiempo): aquella arquitectura no es aplicable en toda su integridad a nuestra civilización;...

...Al exponer que las actuales costumbres requieren nueva arquitectura, no hago más que aplicar la lección aprendida en el estudio de esos mismos edificios de tiempos lejanos, en los que vemos que cada uno, lo mismo en su conjunto que en sus detalles, obedecían al modo de vivir y al grado de civilización de su época.

Si en su integridad no es aplicable la arquitectura de períodos anteriores, tampoco es posible transformarla para nuestro uso (ya han sufrido variaciones sin cuento hasta llegar a nuestro tiempo), ni retroceder paulatinamente, o a saltos, hacia épocas que pasaron.

El aprovechar elementos, perfiles, flora y fauna de los griegos, romanos, etc., y emplearlos en la edificación de obras posteriores, es procedimiento ilógico, ya desacreditado, por producir un todo inarmónico, sin unidad, como se ve en tantos casos en España, de Iglesias góticas con portadas grecorromanas, del renacimiento o churriguerescas; y aunque, por desgracia, este sistema se sigue en la actualidad, en la composición de edificios modernos, y en países que pasan por ser los más civilizados, no por eso dejarán de resultar productos abigarrados de dos civilizaciones muy distintas: como ocurre en los Estados Unidos con sus casas de diez pisos, adornadas con columnas, cornisas y demás detalles romanos; en museos de disposición moderna, como los de Munich, con luz cenital por techos muy acristalados y detalles de estilo griego, y estaciones de ferrocarriles de estilo gótico en Viena.

Otra corriente existe, principalmente entre la gente rica, la que suele edificar, que enamorada de las comodidades y modas extranjeras nos las impone: y no voy a combatir esta tendencia como antipatriótica, porque se me podría argüir que la arquitectura hecha por los españoles es inferior; y como parte interesada, no valdría mi voto en contra. No obstante, me parece que si nos despreciamos los españoles a nosotros mismos, no por eso se adelanta un paso, y sobre todo, adoptando rutinariamente lo que hacen los países más adelantados, por moda o capricho, lo bueno y lo malo, lo de fácil aplicación o lo imposible; como es sistema de atraso, mientras no se cambie este, siempre iremos rezagados de la civilización: inútil pensar que los extranjeros nos visiten y estudien, pues ¿para qué lo han de hacer, si no tendrían nada nuevo que aprender ni qué admirar, y sí mucho que censurar, por nuestra falta de originalidad y ra-

ciocini. Otro prestigio llegaríamos a alcanzar si, aprendiendo su modo de pensar, tratásemos de hacer nuestra Arquitectura sin preocuparnos de lo que hacen los demás, como los franceses lo hacen con desprecio olímpico de la inglesa, éstos de la francesa y alemana, y éstos últimos de las anteriores y de la italiana.

Mi argumento principal para oponerme a la implantación en nuestro país de la arquitectura extranjera consiste en que nuestras costumbres, en parte por tradición, y la mayoría de las veces por imposición de nuestro clima, son diferentes. ¿Puede alguien dudar que nuestro trato social en los edificios públicos y en el privado de la casa es muy distinto al de las demás naciones?. Las diferencias de clima son también tan notables, que imponen muy distinto modo de vivir en unos países que en otros, y, como consecuencia, distinta disposición y muy diferente aspecto artístico en los edificios, según las exigencias de tan importante factor. En la misma España tenemos tan variadas temperaturas y tan diversos estados atmosféricos, que obligan a vivir de diferente modo a los habitantes de Sevilla que a los de Oviedo y Burgos. Podemos observar en la primera disposiciones de planta y caracteres exteriores en los edificios públicos, y principalmente en las casas, muy diferentes a los de la segunda y tercera poblaciones. Proceder de otro modo, edificar con espíritu de imitación, traería y trae incomodidades sin cuento; y desde el punto de vista higiénico, funestas consecuencias. En cada país, o mejor, en cada localidad se tiene propensión a determinadas enfermedades; la disposición higiénica de los edificios debe tender a evitar principalmente estas, por lo tanto, esta disposición no debe ser la misma en París y Londres, etc., que en Madrid, Sevilla, Burgos, Oviedo; y bajo este concepto, también es razonable que cada país y cada localidad ten-

gen su arquitectura especial.

La conclusión expuesta tiene para mí tal fuerza, que no le resta importancia el que se diga que la civilización actual, con sus grandes medios de comunicación, tiende a que todos los pueblos vivan de modo parecido, y que se compruebe este dicho principalmente con la que se hace en los hoteles y casas de alquiler...

...Como consecuencia de todo lo expuesto, respecto a la Arquitectura en general y a la creación de la casa propia, admitiendo lo bueno que tengamos en nuestro modo de vivir, corrigiendo lo malo y mejorándolo, se llegaría a formular programas en armonía con nuestras actuales necesidades públicas y privadas, y entonces la Arquitectura tendría, al cabo de los años, caracteres de nacionalidad y de tiempo, pues el arquitecto, al satisfacer estos programas, determinaría una serie de plantas adecuadas, dispondría los huecos de forma y tamaño en conformidad con las funciones de cada local y edificio, la estructura la escogería lo más apropiada a cada caso, y las fachadas resultarían expresivas de esta estructura y del carácter especial de cada edificio.

Todas las edificaciones compuestas de tal modo, sin prejuicio de ningún género, y estudiadas atendiendo tan sólo a satisfacer con locales adecuados las necesidades públicas y privadas de nuestro país, resultarían con un criterio único en toda la nación, atendiendo a que en toda ella rigen las mismas leyes y la familia esté constituida de idéntica manera; y dentro de esta unidad, vendrían las variantes impuestas por el clima, la importancia más o menos grande de la localidad, y presupuesto disponible, respecto de los edificios públicos; y en los privados, por el diferente número de los individuos de la familia,

posición social, etc., y como estas leyes, este modo de vivir nuestro es muy diferente al de anteriores edades y a la actual de otros países, la Arquitectura, como queda dicho, resultaría moderna y nacional en su conjunto...

VEGA Y MARCH, Manuel.

Divagaciones sobre el tema "Salón de Arquitectura".

"Arquitectura y Construcción", XV (1911), pp. 209-213.

...El examen parcial que cada una de estas obras sugería, iba, por ley natural de la sucesión que se efectuaba, sin perder su personalidad, adicionándose con el de las siguientes hasta llegar al fin a abarcarlas todas en una visión sintética o de conjunto, que me permitía vislumbrar, a despecho de las notas aisladas que de algunas instalaciones se desprendían, las dos consecuencias naturales y culminantes de este certamen, cuya sola posibilidad proclama ya el éxito del mismo: 1ª lo que es la Arquitectura para los arquitectos españoles; 2ª lo que pueden ser las Exposiciones de Arquitectura nacional.

...expresaré el contraste evidente que se manifestaba desde el primer momento entre este certamen, tal como era dado verlo, y el recuerdo de las tristes secciones de Arquitectura en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes que se celebran en Madrid. Profusión de obras, cuidado en la presentación, deseo de solicitar al visitante, variedad de inspiraciones, libertad de procedimientos representativos, personalidad de instalación, acuerdo entre el carácter de cada obra y lo que se exhibe de ella, todo es favorable al efecto de ese "Salón de Arquitectura" y todo adverso a lo consuetudinario y previsto en las Exposiciones oficiales cortadas por un patrón rígido, uniforme y exento de sentimiento artístico, el cual no interviene para nada el conocimiento de nuestra profesión. Esto explica el éxito del uno y los repetidos y ruidosos fracasos de las otras, tanto más considerables y elocuentes si se tiene en cuenta que en favor de

estas debieran cooperar, todavía, el apoyo oficial y el carácter de las recompensas que se otorgan, siempre estimables por su significación y sus utilidades, elementos ambos de que carece el "Salón" de referencia.

¿A cuenta de quién hay que cargar las desventajas de que esto ocurra? Evidentemente, no a la de los arquitectos que han demostrado que sin otro estímulo que el desinteresado de corresponder a la invitación de la Sociedad Central, y el de manifestarse como artistas, saben llenar con obras variadas y dignas de consideración todo un palacio. El hecho, doloroso por demás, de que las secciones de Arquitectura de las Exposiciones Nacionales, constituyan siempre un apartado que, pobre y vergonzantemente, va a la zaga de las de Pintura y Escultura, mendigando una limosna de atención de los visitantes de estas, hay que considerarlo consecuencia de la estrechez de espíritu que preside a su reglamentación y organización, hechas con vistas a fines que podrán ser oportunos (y la experiencia va demostrando que tampoco lo son) para el lucimiento de las demás Bellas Artes, pero en manera alguna encajan con la índole especial de la nuestra y con lo que de ella puede y debe llegar al público, para interesarle y merecer su concurrencia.

Por eso, si en Pintura y Escultura las Exposiciones oficiales dan alguna idea del estado de esas artes en el día, dentro de nuestra nación, y de las ideas que las solicitan y los rumbos que siguen, en Arquitectura, tal como se realizan, son, además de estériles, de todo punto inexpresivas. No es aún en este concepto la actual, a pesar de su evidente superioridad con respecto a aquéllas, todo lo que podría y debería ser para colmar las aspiraciones de los profesionales y de los amantes de nuestra especialidad; pero, en lo que es, hay materia bastante

a ejercitar un propósito de estudio serio y bien documentado que dé margen a la deducción de conclusiones bastante cercanas a una verdad definitiva...

...Pues bien: a pesar de esa dificultad, yo estimo que en ningún arte tiene más valor la exposición, como muestra del valor colectivo e individual de los artistas, que en Arquitectura. Claro es que la obra del arquitecto no alcanza su plenitud hasta que está ejecutada y ocupa en el espacio el lugar que le corresponde de derecho; pero como para que esto ocurra hace falta que cooperen a la labor arquitectónica circunstancias varias, de carácter social casi todas, independientes de la voluntad y del genio del artista, entre las cuales la de más fuerza es la existencia del capital que sufrague los gastos de la construcción, es indispensable dar patente de personalidad en la vida, como la tiene en el arte, al proyecto, dando ocasión así de manifestarse por medio de él a todos, sin más finalidad que la del proyecto mismo, en su sentido de obra bella; siendo los arquitectos, por lo mismo que de ellos no depende que el proyecto salga de ese estado, los artistas más interesados en cimentar su fama por medio de la exhibición de sus pensamientos y sus planes en las Exposiciones, de forma que atraigan la pública atención sin necesidad de aguardar a que se ejecuten. Y ese mismo interés debería sentir la crítica, acudiendo a las Exposiciones de Arquitectura para ensalzar las obras más culminantes y encauzar el gusto público, hoy harto desviado; y ese mismo interés deberían sentir las clases adineradas, para hallar en las Exposiciones, como hácese con pintores y escultores, arquitectos que se salieran del nivel medio y favorecerles con sus encargos; pues limitado el examen de la Arquitectura a lo realizado en cada población, no sólo se reduce considerablemente el número de ar-

tistas a escoger y el de ideas a considerar, sino que se enaltece a la mediocridad, por el solo hecho de haber realizado antes otras obras y se ahoga al genio si este reside en persona desconocida. Es lo contrario de lo que ocurre en Pintura y Escultura: para esas artes, las Exposiciones son palenques de lucha, en los cuales se gana la nombradía que ha de traducirse luego en el favor del público; en Arquitectura éste es independiente, hasta cierto punto, del valor del artista, y se logra por otros medios, hasta el extremo de que quizás los arquitectos más solicitados son los que no vencieran en la lucha si así debiera sostenerse. Víctima de eso es la juventud que a las leyes de concurrencia de las demás artes ha de sumar en la muestra, la que de ese estado de cosas se origina.

Véase, pues, expresada esta idea, aunque tan sólo en embrión, si para los arquitectos y para la Arquitectura tienen importancia muestras Exposiciones, y si deben éstas cultivarse en forma hábil para que den sus naturales frutos, como los darían si a par de ellas se realizase entre el público una labor cultural de buena ley que le indujera a defender en este terreno sus naturales intereses.

En dos direcciones paralelas ha de efectuarse esta labor cultural para que sea eficaz y beneficiosa. Una de ellas, es el fomento de las Exposiciones de Arquitectura, sin más fin que el de exposición o muestra de saber, sin atender a posteriores resultados; otra, la propaganda tenaz, consciente y elevada de las ideas estéticas en que debe nutrirse la Arquitectura de nuestra época. Y ambas cosas, con la vista puesta, no sólo en nosotros los arquitectos, sino en el público, que, por ley natural, influye más que el mismo artista en la realización de la obra arquitectónica.

Preciso es consignar que para llevar a efecto estos propósitos hemos de comenzar aun por ponernos de acuerdo sobre las ideas que las sirven de base. Del examen de las obras expuestas en el "Salón", se desprende la existencia entre los arquitectos de un criterio ecléctico tan lato, que linda con la confusión y el desconcierto. No he de citar obras, pero entre ellas figuran desde las que son imitaciones (a veces simple copia, buena o mala, a veces adaptación bien entendida) de los estilos históricos nacionales, hasta las que lo son de "estilos exóticos" inadaptables a nuestro carácter y condiciones. Junto a éstas se destacan las que son producto de un instinto de innovación, más o menos feliz y radical, y las que, pretendiendo serlo, no son más que nuevas imitaciones de otras obras modernas que, por ser extranjeras, se juzgan menos conocidas. Con frecuencia un mismo autor sigue alternativamente rumbos distintos. Una corriente impetuosa, dominante, en cualquiera de esas direcciones, no se denota en esa Exposición como no se denota en las edificaciones que pueblan nuestras capitales.

Este eclecticismo, síntoma de vacilaciones, de dudas, de ausencia de ideal estético entre los arquitectos, justifica la falta de gusto en el público. ¿Con qué razón se le pueden exigir a este orientaciones que nosotros no sentimos, no determinamos, no imponemos en nuestras obras? Y es lo más sensible que demuestra esta Exposición, como lo demuestran nuestras poblaciones, que esta falta de orientación no proviene de falta de saber ni de inspiración de los arquitectos, sino de falta de fe en sí mismos y en la energía nacional; de que, a fuerza de querer "europeizarnos", dejamos de ser españoles, y, por tanto, europeos; de que dejamos de seguir el camino que siguen los demás pueblos, a fuerza de querer imitarlos, pues al paso que ellos se nutren

de su propia historia y de su carácter distintivo, nosotros copiamos los suyos; de que después de haber sido conquistadores y dominadores de todo el mundo, hemos venido a ser esclavos de cualquiera.

La Arquitectura, en todo tiempo, debe ser innovadora; pero su innovación debe ser lenta, gradual. No surgen los estilos por la voluntad de un hombre, ni se crean en el corto plazo de una vida humana; se elaboran por todo un pueblo, con el concurso de todos los artistas, y necesitan de largos años para alcanzar su robustez. Su punto de partida ha sido siempre la evolución, la transformación de las formas arquitectónicas anteriores en cuanto han sido congruentes con el carácter del pueblo que las producía, combinadas con el incesante estímulo de las ideas nuevas. De aquí la teoría estética a seguir: el cultivo de los estilos nacionales, no para copiarlos, no para imitarlos, no para adaptarlos siquiera, sino para hacerlos servir de base a obras nuevas que tengan el aliento, el espíritu de nuestro siglo, y no nieguen el influjo de los anteriores, siempre dentro de las características populares, regionales, nacionales. Este es el único camino por donde ha de venir una Arquitectura española moderna: por los demás, sólo vendrá la confusión, la muerte del arte.

Aunque no determinan una corriente formidable, superior por su número, a las demás tendencias que se manifiestan, hay que decir, en honor a la justicia, que son muchos los arquitectos que así piensan y así practican. En esa Exposición, como en todas partes, son los que alcanzan mayores excelencias artísticas. A asegurar este resultado deben tender —y éstas con carácter de perentoria obligación— las enseñanzas de nuestras escuelas. Muy en su punto está en ellas el conocimiento de todas las

fuentes artísticas del mundo; pero siempre dando la primacía a las nacionales, entre las cuales hay tal variedad y riqueza, que subvienen perfectamente a todos los ideales del momento; díganlo si no los maravillosos ejemplares de arquitectura ojival, del Renacimiento, plateresca (esta especialmente, le estimo yo que puede ser germen insustituible de toda la moderna arquitectura civil española, por sus concurrentes influencias de Renacimiento y goticismo en su característica más nacional), mudéjar y barroca, que son encanto de cuantos los admiran, y venero de inspiración fecunda que nos envidian los mismos extranjeros á quienes tratamos de imitar.

La frecuencia de Exposiciones de Arquitectura, si llegase a ser posible, contribuiría en gran manera a llevar al ánimo de todos el convencimiento de lo que dejo indicado, por el simple efecto de la comparación, del consiguiente análisis y del examen de conciencia que tácitamente se realiza al contemplar las obras. No creo equivocarme al afirmar que ya es mucho lo que se debe a la actual en tal sentido.

A asegurar esa frecuencia debemos tender todos, consiguiendo que aparte de los Salones especiales que quepa organizar, en forma análoga al actual, sean las secciones de Arquitectura de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes lo que deben ser para colmar nuestras aspiraciones.

LAMPÉREZ Y ROMEA, Vicente.

La Arquitectura española contemporánea. Tradicionalismos y exotismos.

"Arquitectura y Construcción", XV. (1911), pp. 194-199.

Por triste que nos sea a los profesionales el confesarlo, hay que rendirse a la evidencia: la ARQUITECTURA, que fue el Arte supremo en otros siglos, es hoy arca cerrada y muda para la mayoría de nuestro público. Realmente, la comprensión de la Arquitectura no es cosa fácil y para todos: porque expresar "sentimientos" (alegrías, dolores, heroicidades, creencias...) que son cosas humanas, vividas, por medio de "líneas" y "proporciones", que pertenecen al seco y árido campo de la Ciencia, es en verdad difícil. El concepto del sacrificio de Cristo, transmitido por la representación pintada o esculpida del Hombre crucificado y expirante, es clara para todos: el mismo concepto entregado al sentido espiritualista de la línea vertical, de la utilización de la materia, y del desprecio de la brutal ley de la gravedad (credes del Arte gótico), requiere una alteza de percepción no a todos concedida. En esa dificultad radica, al igual que en la Música, el más elevado concepto de la Arquitectura como "creación sentimental".

Otro tiene: el de "obra utilitaria eminentemente social", destinada a satisfacer las necesidades de todos géneros que nuestra vida civilizada exige. Y como ellas son distintas para cada época y en cada país, el "concepto" y la "historia" de la Arquitectura son parte integrante de los de la Humanidad, cuya Historia integral no podrá hacerse, sin tener en cuenta, como factor primordial, la de su Arquitectura...

...Pero hay épocas en las que, por lo caótico de las creencias y aspiraciones, y por la diversificación de los medios, el arquitecto no sabe qué camino seguir en sus creaciones, y el público sabe aún menos lo que aquellas obras dicen o tratan de expresar. Tal es nuestra época y, más especialmente, la que atraviesa la España actual.

"Castiza" y "exótica" al par: es decir, pobre y ruda ingé-  
nitamente, y con el alma ensoñadora de los personajes del Greco,  
por una parte, y por otra, educada en Francia o en Inglaterra,  
y con esas vistas al extranjero que se han sintetizado en la de-  
nigrante palabra "europeización", es nuestra sociedad una mezcla  
confusa y caótica, y como tal, híbrida debe ser su arquitectura,  
infecunda para engendrar un "estilo nuevo".

!Estilo nuevo!. !Noble y legítima aspiración del Arte con-  
temporáneo! Porque si las necesidades de la moderna civiliza-  
ción son nuevas y nuevos son los materiales y los medios mecá-  
nicos y físicos, el estilo resultante debe ser distinto a todos  
los anteriores, como son diferentes las locomotoras de las carre-  
tas, y los automóviles de los carruajes antiguos. La necesi-  
dad y lógica del estilo nuevo no hay que discutirla: se imponen.  
Mas una cosa es afirmarlo y otra el crearlo. Los estilos no se  
forman fácilmente y de repente: son la depuración de muchos ele-  
mentos y la labor de muchos siglos; gestación que en la actua-  
lidad se está verificando y cuyo alumbramiento no tiene aún pla-  
zo determinado. Mientras llega (y ya diré luego en qué circuns-  
tancias estimo que puede producirse), una confesión se nos impo-  
ne; la de que la Arquitectura contemporánea vive de la imita-  
ción de los estilos antiguos. Veamos en que condiciones se veri-  
fica esto en España.

El "Salón" actual de Arquitectura nos enseña que en la arquitectura española contemporánea se señalan dos grupos: el catalán y el castellano. El catalán (con la extensión geográfica e histórica que debe darse a la palabra) se inspira en las tradiciones del país, y, casi exclusivamente, en el estilo gótico, único que en la región tuvo un desarrollo potente y con caracteres locales. Desde los trabajos de la Escuela de Barcelona, hasta las grandes fotografías de las obras de sus arquitectos, en estos salones expuestas, podréis seguir ese camino, unilateral y rectilíneo, no obstante las modalidades personales, singulares y excéntricas algunas.

El grupo castellano (extendido también a las regiones septentrionales y meridionales) que en la Escuela de Madrid trabaja con tendencias hacia un arte moderno y libre en cierto sentido, cambia luego, por la imposición del "medio", derivando hacia el exotismo francés, inglés o alemán, y apenas si algún autor puede y sabe poner su lápiz al servicio de los estilos tradicionalmente castellanos.

Ya han salido de mis labios los dos conceptos capitales de la actual tendencia imitativa: el "tradicionalismo" y el "exotismo". Cómpleme analizarlos.

El "tradicionalismo" es en Arquitectura, bien lo sabéis, la devoción hacia los estilos que se usaron en otras épocas. Pero -diréis- si la Arquitectura es un "arte social" y cada época tiene sus necesidades, ese tradicionalismo es un absurdo, como fundado en el uso de formas muertas, frías y sin alma para los requerimientos de la civilización novísima. No, no es así. Las formas arquitectónicas que integran ciertos estilos históricos son la decantación, a través de los siglos y de las generaciones, de principios y leyes, si variables en un factor (las costumbres),

perennes en otros (el espíritu de la raza, las condiciones del país). ¿Queréis algunos ejemplos? Ahí tenéis la casa andaluza, forma persistente de la romana, sobre la base del "patio" y el "toldo", porque el espíritu y el país exigen hoy lo que exigieron en el "atrium" y el "velarium": ahí tenéis, por contraposición, la casa montañesa, hoy maciza y cerrada, como lo fueron las moradas celtas: ahí tenéis el "estilo" del ladrillo, de la cerámica y de la madera, el "mudéjar", en fin, que hoy, como ayer, persiste en tantas construcciones aragonesas y andaluzas, porque subsisten las condiciones del material, del cielo y del paisaje.

Además, el "estilo" no es sólo una mera vestidura del Arte: cuando es bueno, es una razonada aplicación de principios constructivos y estéticos, que persisten aunque varíe la forma externa. ¿Qué son las grandes naves que la civilización moderna ha hecho necesarias, sino una persistencia de aquellas disposiciones de sutiles apoyos y enormes vanos, que hizo posibles el ojival?

Y aun considerada la cuestión desde el punto de vista artístico de la forma externa, es esta una manifestación del espíritu de la raza, por el que se adaptan y hacen propias formas cuya "etimología", si se me permite la palabra, puede ser lejana, pero que, al fin, cristalizan en algo característico, por modo expresivo, del medio nacional. Acordaos de aquel veneciano españolizado que se llamó el Greco; acordaos de nuestro estilo de los días de la viudez de Fernando el Católico, mitad ojival, mitad Renacimiento, potente y "nuestro" como pocos, como lo eran aquellos hombres que prepararon el Imperio de Carlos V.

Y el "exotismo", ¿qué es?. Es la imitación, venga o no a cuento, con lógica o sin ella, conveniente o disparatada, de los es-

tilos y las disposiciones extranjeras, contrarias las más de las veces a las necesidades, a los usos, a los materiales y al clima del país: todo por la suprema razón de que es "moda". ¿Es esto lícito y razonable?. Permitaseme un símil. Ningún literato español que se estime en algo, dirá en sus escritos "plafond" en lugar de "techo", "maquete" por modelo.. Pues ningún artista español debiera emplear en sus concepciones formas exóticas sin una razón poderosa, imperativa. ¿No es absurdo el uso de una "mansarda" donde no nieva?. ¿No son odiosas esas decoraciones interiores blancas que hoy infestan nuestra Arquitectura civil, hechas para países brumosos, donde hay que aprovechar la escasa luz natural con la refracción de cosas claras, en nuestro país, pletórico de luz, que pide además, por ley de armonía, las más brillantes coloraciones?...

...¿Pero es que la adaptación de los estilos españoles excluye el injerto en ellos de cuanto la comodidad más sibarita lleva consigo, o las costumbres actuales exigen?. ¿No nos dan el ejemplo de esto los ingleses y los franceses, poniendo sus modernos "cottages" y "hoteles" en condiciones de refinamiento que jamás tuvieron los similares del estilo "Isabel" o del "Luis XV"?.

Entre el "tradicionalismo" y el "exotismo", el camino que debemos seguir no es dudoso: se nos impone el tradicionalismo por amor patrio, por lógica y... hasta por imitar a los extranjeros... ¿Por qué razón ha de ser "moda" en España el olvido del Arte patrio, con absurda y denigrante excepción entre las demás naciones?. ¿Es porque la actual decadencia política de España nos hace olvidar que tuvo una Arquitectura histórica digna de servir de inspiración?. Por si eso fuese, permitidme que refresque vuestra memoria con una síntesis de nuestra gloriosísima historia artística...

...Ahondando en el análisis de estos estilos, para sacar consecuencias pertinentes a mi tesis, veremos que en ellos hay unos que pueden llamarse "muertos" porque sus principios no pueden encarnar nuestras modernas necesidades, y otros "vivos", por razón contraria. Muertos son el estilo "Romano", porque su razón de ser, social y arquitectónica, están enormemente distanciadas de las nuestras; el "visigodo", por caótico y bárbaro; el "románico" (excluyendo, dicho se está, las edificaciones religiosas, de las que no me ocupé en esta tesis), cuya enormidad de masas, y monstruosidad de decoración, repele a nuestra sociedad, y "muerto" es, en cierto sentido, el "neoclásico", cuya aparatosa ordenación romana, es demasiada carga para las reducidas construcciones modernas. Vivos son por el contrario, el estilo "mahometano", si no como principio social, sí como espíritu y técnica; el "ojival", conforme en absoluto con los principios dispositivos de nuestras más grandes obras arquitectónicas; vivo, vivísimo es el "mudéjar", que por la técnica del ladrillo, de la cerámica, del yeso y de la madera, está hecho por España y para España; no es menos vivo el "Renacimiento", tan adaptable hoy a la vida de los palacios, como lo fue en los días de los grandes próceres imperiales que se llamaron Fonseca, los Benavente, los Mendoza y los Monterrey; y vivo puede ser el "churrigueresco", sobre todo para interiores fastuosos, tanto como los que más lo sean en las estancias versallescas.

Pues bien: estos estilos vivos son los "adaptables" a nuestra moderna Arquitectura. Y conste que empleo tal palabra, y no digo "imitables". La imitación es odioso pecado de servilismo: pero además es imposible y absurda. Mirad, si no, lo absurdo de esas grandes chimeneas "leñeras" que hoy decoran algunos salones, ¡para cobijar un radiador de calefacción por vapor!.

Considerad lo imposible de alojar una maquinaria procedente de electricidad en una nave "imitada" de las bibliotecas cistercienses.

La "adaptación" es, por el contrario, una modernización de los principios tradicionales, modificándolos lógicamente para hacerlos aptos a nuestra vida actual, a nuestro espíritu...

... Esta "adaptación", se dirá, es tan posible hacerla de los estilos nacionales como de los extranjeros. ¡Qué duda cabe! Sólo que la una es la que exigen el patriotismo y la lógica, y la otra no la pide más que la "moda", y esta deidad no fue nunca una razón de Estética. Y ocurre que, mientras en la región que he llamado catalana, la "adaptación nacional" es el credo de los arquitectos y de los clientes, en la castellana, sucede que estos imponen a aquellos la "adaptación" (y hasta la "imitación") "extranjera"...

...Recapacitando sobre todo lo que acabo de decir, me asalta la sospecha de que me creeréis un "anticuado", que pretende y defiende la momificación de la Arquitectura, pues a ello equivaldría esa visión constante y esa inspiración perpetua en las formas tradicionales. Me importa desvanecer esa idea, si por acaso tuve la desgracia de inspirarla. No: creo y estimo que el desideratum de la ARQUITECTURA, es llegar a un "estilo nuevo y propio" que responda a nuestra época. Hacia eso debemos tender con todas nuestras fuerzas, en nuestros proyectos, en nuestras cátedras, en nuestras propagandas habladas y escritas. Pero como ese "estilo nuevo" no puede nacer como Minerva, armado de todas armas, y ha de formarse necesariamente (y como todos los estilos "que en el mundo han sido") por la modificación lenta y constante de los estilos anteriores, tendamos a que ese desideratum de la Arquitectura se produzca por la adaptación sucesiva, 16-

gica y ordenada de nuestras formas tradicionales, conservando en ellas lo que es inmanente: el genio de la raza sobrio y robusto en lo espiritual, y el país y el cielo, en lo material. Imposible llegar a esto con el exotismo: luego proscribámoslo. Y creemos "cosas nuevas", si sabemos; pero si no, adaptemos las nuestras. Que cuando a fuerza de "adaptaciones" se hayan modificado los estilos tradicionales, el "estilo nuevo" y "nacional" habrá surgido.

DOMENECH y ESTAPA, José.  
Modernismo arquitectónico  
1912.

...  
...la época actual es una de las más propicias para que exista esta desorientación en el progreso artístico, ya que resulta también de transición para las ciencias sociales y de gran confusión para las conciencias que no están firmemente iniciadas en las verdades reveladas e inconcusas del cristianismo... Claro es que el empleo de nuevos materiales que antes no se conocían, como los cementos, y la fácil manipulación de los metales, y sobre todo del hierro, que tanta utilidad presta en forma de elemento sustentante, ha de conducir, pese a los arquitectos, a un nuevo estilo que selle la personalidad del arte en nuestra época, y del cual se empiezan ya a poder admirar algunos atrevidos y hermosos ejemplos en los palacios para exposiciones y en edificios monumentales de reciente construcción; pero también es cierto que por causa de la carencia de ideales, y sobre todo por el espíritu de rebeldía que se ha apoderado del ánimo de los artistas, se originan algunas formas y se trata de dar patente de exquisita belleza y hasta casi sublimidad a ciertas manifestaciones arquitectónicas que no tienen de arquitectura más que el fin de los edificios en que se emplea y que puede conducirnos a un verdadero caos si no se da la voz de alerta y se evita quizás de este modo que algunos ánimos, ávidos de la originalidad a pesar de que esta se obtenga en perjuicio del buen gusto, vayan infectando la atmósfera artística de esta época en nuestro querido país.

...Aplico el calificativo de "Modernismo arquitectónico" a las manifestaciones a que acabo de referirme, porque tienen mu-

chos puntos de contacto con las del llamado modernismo religioso que recientemente ha tenido que ser severamente condenado por nuestro actual pontífice Pío X, pues uno y otro, aunque no rechazan aparentemente y respetan, al decir, los fundamentos y verdades iniciales que informan al arte y a la religión cristiana, porque sin aquellos no habría uno ni otra, recaban o pretenden recabar para el hombre el derecho a utilizar exclusivamente de su razón para dilucidar ciertos problemas y para decidir de ciertos procedimientos, haciendo caso omiso de toda autoridad...

Y así como el católico modernista cree poder prescindir para muchas de sus resoluciones de la opinión del legítimo sucesor de San Pedro y no se cree ligado por sentencias..., así también el arquitecto modernista declara soberanamente no estar conforme con las leyes de la continuidad de líneas y superficies, y sobre todo con la de la ponderación de las masas y simetría de las formas...

...Y animados del odio a todo lo que sea orden, proporción y simetría, en cuanto tienen que construir una columna le hacen dándole la forma de un tronco de árbol, con sus desigualdades de dirección y de diámetro; si tienen que practicar aberturas, les dan contornos de líneas disimétricas...

...La Verdad en el arte es una de las condiciones tan esenciales como en la religión y como en todas las manifestaciones psíquicas del alma humana, y todo lo que sea bastardearla y desfigurarla, ha de contribuir al descrédito del arte que en ello se inspire.

...Uno de los caracteres del modernismo arquitectónico consiste en el deliberado propósito de contrariar las leyes de euritmia y simetría, ponderación de masas y continuidad de lí-

neas, cual si en una composición musical quisiéramos prescindir del ritmo por capricho y sin atender a ninguna de las leyes de la armonía de los sonidos.

Y que este deliberado propósito existe en la mente de los que tratan de crear nueva arquitectura sin base estética que la informe, lo demuestra la misma forma que se adopta muchas veces para las aberturas, que pudiendo ser simétrica respecto de un eje vertical, y hasta pudiéndole dar una curvatura de variación sujeta a una ley de continuidad, se construye sin embargo disimétrica y de modo brusco se cambia la curvatura sin carga alguna exterior que le legitime.

...El enamorado de los procedimientos modernistas tiene a vanagloria resolver cuantos problemas arquitectónicos se le presentan, en contrario sentido al del común sentir, y por sistema quiere desobedecer las leyes del orden y del ritmo que debe presidir a todas las manifestaciones de la belleza, y lo que más sensible es que al hacerlo de tal modo pretenden ser racionalistas en sus procedimientos y hasta en apariencia algunas veces llegan a engañar al poco experimentado en analizar y comprender complicados silogismos.

...Una de las consecuencias más graves de este modernismo es que, como por sistema quiere prescindirse de toda ley y se hace gala de no respetar tradición alguna ni siquiera las más inveteradas y consagradas por toda la historia del arte, esta manera de hacer resulta hasta cierto punto simpática a la multitud indocta, siempre deseosa de derruir las que ella considera trabas, cuando no son más que las leyes que la ciencia ha encontrado y la experiencia ha confirmado, sintiéndose entonces capaz de hacer y de crear dentro de aquel arte que antes había considerado inaccesible; ...

...No niego yo el talento a algunos de los que han emprendido tan peligroso camino dentro del arte arquitectónico, pues si no lo tuvieran no hubieran producido los antagonismos y las discusiones que siempre originan las nuevas ideas en cualquier orden de la actividad humana cuando vienen sustentadas por poderosas inteligencias y hasta si quereis por verdaderos genios, pero la mejor prueba de su impotencia para crear un estilo arquitectónico está en que sus discípulos, faltos del talento del maestro para seducir a primera vista y por virtud de su elocuencia artística, no producen más que obras ridículas, ya que faltándoles los principios fundamentales del arte, no pueden impunemente burlarse de lo que ha sido, es y será el fundamento lógico de toda belleza arquitectónica.

...existe en Barcelona uno de los focos más importantes del modernismo de que nos estamos ocupando y que ha llamado y llama seriamente la atención de cuantos visitan nuestra capital. El que por primera vez discurre por nuestro hermoso Ensanche de ante todo algo admirado de la variedad y hasta disparidad de estilos arquitectónicos que informan la multitud de fachadas de las nuevas construcciones, y esto, que a primera vista hace creer o puede hacer pensar en una gran fecundidad imaginativa de los arquitectos que dirigen en Barcelona tales construcciones, es signo evidente y real de una verdadera desorientación en el ideal que debe tener un artista al realizar su obra, pues si los materiales de que se puede disponer y las condiciones climatológicas de un país aconsejan estas o aquellas formas y determinadas combinaciones en los vanos y en los macizos, no es natural que por sólo capricho o como si dijéramos "sport", se vayan levantando construcciones completamente exóticas, como lo son algunos ejemplares que tenemos que parecen transportados de Hamburgo, o-

tros parecen proceder de Portugal, no hay que decir que muchos parecen franceses, y poquísimos tienen el carácter propio, especial y peculiar de nuestra tierra.

...Donde haya tal desorientación, resulta ser un terreno perfectamente abonado para que el microbio del modernismo se enseñoree en él, y como lo que es lógico debe suceder para que de tal pueda calificarse, por este motivo Barcelona ha sido también la cuna de un modernismo, que de todo corazón lamentamos,...

...Estúdiense bien y sinceramente la génesis y desarrollo de las formas bellas en todos los estilos, y teniendo en cuenta los materiales de que podemos disponer y las condiciones climatológicas del país, procúrese una orientación definitiva para el arte arquitectónico en nuestra patria, y así, robustecido el sentimiento de la verdadera belleza, se hará imposible la vida del microbio que constituye el modernismo y que con su destructora labor conduciría fatalmente a la decadencia de la más sublime de las artes plásticas.

RUCABADO, Leonardo y GONZALEZ ALVAREZ, Aníbal.

Orientaciones para el resurgimiento de una Arquitectura Nacional  
Ponencia presentada en el VI C.N.A. (San Sebastián, 1915).

...Esos amores a la conservación de las excelencias de raza, se acentúan tanto más, cuanto más los pueblos adelantan en su cultura y refinamiento. Una de las teorías que gozan de más adeptos en nuestro tiempo es la de la difusión del cosmopolitismo, la de las aproximaciones a la unidad universal, al pueblo mundo sin fronteras ni caracteres, nacido al calor de los fáciles e infinitos medios de comunicación y del cruce de razas.

Por lo que al arte arquitectónico se refiere, asalta desde luego la contradicción, y con ella lo sofisticado de la teoría, de que nunca estuvieron más desligados los procedimientos nacionales de expresión, de lo que lo están hoy en todo el mundo; nunca estuvieron tan en moda los temperamentos y estilos personales y nunca se extremó tanto el alarde innovador que hoy se proclama, muy singularmente en nuestra España, en la que, sin embargo, regiones como Cataluña y Vasconia, no ciertamente de las más pobres y atrasadas, llevan hasta la violencia, en ocasiones, sus alardes de glorificación histórica y su actual singularidad etnográfica mantenedora de sus excelencias cualitativas.

Y no se entienda, por lo que antecede, que nos mortifica esa actitud con las escasas exageraciones que de ella se derivan. Muy por el contrario; entendemos saludabilísimas esas disposiciones y las deseamos para toda España, interpretando con verdadera complacencia sus casos agudos, como exaltaciones de un intenso estado de opinión regional, que con mesura y templanza, sienten honrosísimos afanes de romper la densa bruma

que borra nuestros caracteres, y eficaz en todas las manifestaciones de la vida local. Buena prueba de ello, es que en las dos regiones señaladas, muy singularmente en Cataluña, es donde únicamente puede hablarse de personalidad artística española en Arquitectura.

No es ciertamente el abandono del espíritu nacional y la pasión por las artes extranjeras, el ejemplo que recibimos y la correspondencia que nos dan otras naciones más florecientes que la nuestra.

...Todas las grandes naciones tienen perfectamente definido su arte propio, de él alardean con orgullo, como muestra de su florecimiento intelectual, y lo presenta como concreción de sus cualidades y sentimientos, de su culto y sus costumbres, sin dejarse desnaturalizar por otras influencias extrañas, que aquellas que positivamente representan un avance, más en lo mecánico y material que en lo artístico. En todas ellas se nota aquella concurrencia y armonía peculiar en los procedimientos e ideales, aquella repetición evolutiva de formas ornamentales, que puede determinar un estilo y conquistar para su Arquitectura los honrosos caracteres de lo histórico, cuya mayor estimación será proporcionar el mayor influjo que pueda ejercer, sobre la producción nacional venidera.

España veríase hoy en una situación precaria y desairada, si forzosamente hubiera de dar fe de vida en un concurso mundial de Arquitectura. Completamente divorciada de sus venerandas tradiciones, sin originalidad alguna en su producción, aparecería su obra como una servil y desmedrada mezcla de cuantos matices y temperamentos circulan por el mundo, sin alma y significación española de ningún género.

Conveniente y saludable será, a nuestro entender, la empre-

sa conquistadora de una Arquitectura nacional, expresiva de algo íntimo y predilecto de nuestro modo de ser y nuestros ideales; manifestación, en lo mecánico y dispositivo, de nuestros usos y recursos locales; desdeñando para su ropaje ornamental, cuanto no sea más que habilidad manual inanimada, sin relación alguna con nuestras afecciones predilectas, con nuestras glorias históricas, con estilizaciones personales de nuestra flora y nuestra fauna, elevando en suma este honorable monumento de nuestra representación artística, conmemorativo galardón de nuestros amores patrios y de nuestra dignidad, con pedazos de nuestro corazón, cuya sensibilidad dormida, recibirá como recompensa, al despertar de su inactivo letargo, las auras consoladoras de la vindicación española.

...El Arquitecto español más original, el más libre de toda clase de inspiraciones, el representante genuino de la libertad en la exposición arquitectónica, le conocéis todos perfectamente. Actúan en las creaciones de Gaudí, una profunda y sabia cultura científica, puesta al servicio de una imaginación fecundísima, poderosa y extraña. Hay en sus estructuras, un prurito de compenetración mecánica y expresiva, y en su ornamentación, una opulencia simbólica con afectaciones de extravagancia, que la comprensión usual no puede seguir y descifrar en muchos casos. Como consecuencia de esta superioridad y de esa compleja variación de giros en su lenguaje representativo, la obra de Gaudí, genial y admirable, resulta de fatigosa y difícil asimilación.

Gaudí, prototipo del Arquitecto original a la moderna, puede decirse que está solo. Su superioridad impide que se le iguale; su intensa y singular personalidad impide que se le siga.

Si lo primero fuera posible, si en cada Arquitecto español

surgiera un innovador tan personal como Gaudí, la situación sería ciertamente más honrosa que la actual, aunque el arte español en su conjunto fuera, por su diversidad, la negación del carácter y del estilo. Pero, esto, que constituye seguramente el ideal de muchos espíritus juveniles e inquietos, es por el momento un sueño que contrasta ostensiblemente con la realidad.

...En otros países, la libertad del arte arquitectónico podrá solicitarse para fines más dignos del que aquí se practica; pero en nuestra tierra no es, desde luego, el concepto de la originalidad absoluta, el que hoy se ve propicio a germinar, sino muy por el contrario, la libertad que en España se preconiza y se practica, es la de remedar con omnimoda licencia, los estilos exóticos, históricos y actuales, con una sola, exclusiva e irreductible excepción, la de las tradiciones españolas.

En España, ya hemos visto que no poseemos escuela alguna a ese tenor, y lo que hacemos es picar indistintamente, según las predilecciones individuales, y aún según las preferencias del momento, en la escuela antigua o moderna del país que mejor nos parece, y de ahí que nuestro arte sea un verdadero "pot-pourri de aores extranjeros". Es una singular manera de afectar originalidad y de cultivar el individualismo.

Procurar que esa significación personal, con las compensaciones espirituales y materiales que se persiguen, sean accesibles y hasta con ventajas sobre las prácticas del exotismo, desde el cultivo de los arcaísmos históricos nacionales, será facilitar el advenimiento de un arte castizo y nuevo.

Pero ese arte, que para ostentar la representación nacional, ha de ser concreción de los caracteres espirituales y de la actuación de todos, hallará serios obstáculos para su implantación, si no encuentra cariñosa y perseverante acogida por par-

te de los árbitros españoles de esa gran palanca, que gobierna e impone los gustos de la humanidad, aunque en ocasiones sean opuestos al sentir y la conveniencia de sus prosélitos: la moda.

... no sería difícil preparar una apoteósis anual a la Arquitectura española, con distinciones honoríficas y premios materiales, adjudicados, no a proyectos, sino a las obras ejecutadas en España durante el año, que se distingan por su sabor nacional, a la par que por su condición ostensiblemente moderna.

### Conclusiones

1ª. Por dignidad nacional, se impone la necesidad de un resurgimiento del Arte español arquitectónico.

2ª. España no muestra predilecciones por la libertad artística en la Arquitectura.

3ª. El culto de la tradición, es uno de nuestros caracteres de raza.

4ª. El culto de la tradición ha originado los más grandes estilos históricos y continúa alimentando los modernos, en los pueblos más florecientes, sin que haya excluido nunca los caracteres de la obra de arte derivados del temperamento personal del artista.

5ª. Las prácticas para la instauración del Arte arquitectónico español, tendrán, por inspiración esencial, los estilos históricos nacionales, con las naturales adaptaciones de lugar y época.

6ª. En las Escuelas de Arquitectura, se dará capital importancia a la enseñanza de nuestros estilos históricos.

7ª. Las Asociaciones de Arquitectos, por sí, o cooperando a la labor de las Comisiones de Monumentos, fomentarán la formación de Museos regionales de Arqueología, procurando establecer intercambios para la difusión del perfecto conocimiento

de las diferentes modalidades del arte nacional.

8ª. Con el fin de fomentar el desarrollo del arte nacional, el Congreso, directamente, o mediante las Asociaciones de Arquitectos, Ponencias que se designen o Comisiones al objeto, solicitará el apoyo de cuantas entidades y personalidades puedan prestar su concurso moral o material para la organización de un solemne certamen anual de la Arquitectura española.

9ª. El Congreso invitará a los Ayuntamientos de las capitales de provincia, a imitar el ejemplo dado por el de Sevilla, que para fomentar la edificación de estilo regional, ha establecido un concurso con honrosos premios, para las edificaciones inspiradas en los estilos tradicionales de la región.

10ª. Se debe pretender que, los concursos de proyectos que establezcan los diferentes Ministerios, Diputaciones, Ayuntamientos y demás centros oficiales, determinen preferencias para los inspirados en nuestros estilos nacionales.

RIBES, Demetrio.

Orientaciones para el resurgimiento de una arquitectura nacional.

Intervención en el VI C.N.A., San Sebastián, 1915.

...El trabajo de la ponencia podría sintetizarse del modo siguiente: No existe Arte arquitectónico nacional pero ha existido. Para su resurgimiento basta inspirarse en los estilos históricos nacionales con las necesarias adaptaciones de lugar y de época. Finalmente se examinan los medios para facilitar esta regresión al punto de partida, es decir, a los dichos estilos históricos.

La primera dificultad que se me ha presentado para comprender el referido trabajo depende de lo que se indica por sus autores en el último párrafo del proemio. ¿Existe realmente en la hora actual un arte arquitectónico nacional? Veámoslo.

Consideremos ante todo que este Arte no es producto exclusivamente del arquitecto sino más bien de las costumbres, de los ideales, de la civilización de un pueblo en cada momento. El arquitecto, como todo artista, sentimental, sincero y comprensivo, no hace más que crear la obra artística acomodada fatalmente a esta civilización en que se mueve y que queda en la misma reflejada. La enseñanza en las escuelas profesionales, la capacidad de éstos, la habilidad del obrero, la comprensión del público, el desarrollo de la Industria, la riqueza nacional... mil y mil factores actúan en la producción del objeto artístico. ¿Cómo podría representar el Arte una civilización si no estuviera encadenado servilmente a ella?. Al considerar los factores que habrían de removerse para modificar la expresión artística de nuestra época y considerar también nuestra actuación (cuerpos

que marchamos llevados por la corriente sin poder agruparnos para orientarnos en ella) no es extraño que asome una sonrisa a los labios al razonar sobre el tema que discutimos, el más inocente y candoroso de los que se han sometido a vuestra consideración.

El Arte nacional existe, señores, y es inútil pensar en resurgirlo. ¿Cómo podría ser de otro modo?. Este Arte nacional es el que ha creado esta hermosa Ciudad que hemos de dejar con tristeza; es el que ha edificado los ensanches de nuestras poblaciones, es aquel en el que trabajamos "todos" los arquitectos españoles; y será bueno o malo, pero no es mejor ni peor que el que en la hora actual corresponde a nuestra patria.

Los autores de la ponencia creen que es malo y por eso le niegan (ellos que trabajan continuamente en él) y esperan su mejoramiento volviendo la vista atrás como si alguna vez hubiéramos perdido el hilo conductor, nos encontrásemos fuera de nuestro camino. No hay nada menos cierto: la senda por la que ha discurrido el Arte español pasando por todos los estilos del Renacimiento (recibiendo desde luego en la medida posible en cada época la influencia del Arte extranjero) nos ha conducido suavemente hasta aquí, hasta este Arte nacional que realizamos.

...Pero, señores, si no fuera así, si estuviera equivocado, si la continuidad se hubiese roto y hubiéramos de volver atrás para reanudar el camino, ¿cual sería el estilo de partida?, ¿sería el plateresco o el neo-clásico? ¿El de la época de Crescensi o el de Churriguera? ¿A dónde nos conduciría ese sentido tradicionalista que explica la Ponencia?

...El grave peligro en que se pone el que escudriña en el Arte pasado consiste en poder pensar que alguna época ha podido crear algo definitivo. Así, pudo Semper preconizar el Arte griego

y Ruskin las formas góticas. Exagerando estas ideas ataríamos al Arte con tales ligaduras que en lo sucesivo habría de limitarse a dar vueltas, como amarrado al brazo de una noria, procurando sacar agua de un pozo ya vacío.

...Copiémonos unos a otros, estudiémonos unos a otros y dejemos en paz, guardados en el lugar sagrado de los recuerdos querido, los estilos pasados. ¿Qué podríamos copiar de ellos más que detalles? ¿Cómo podríamos establecer la deseada continuidad como si el tiempo pasase en vano?.

Los estilos pasados son como flores marchitas guardadas entre las hojas del libro de la historia, que conservan, para quien sabe olerlas, el delicioso perfume de la época en que florecieron. Tocarlas es destruirlas. ¿Cómo hemos de gozar de estos perfumes si esparcimos sus pétalos al viento?.

Conservemos el culto a las bellezas de otras épocas como se conserva el culto a un muerto querido, no le profanemos poniendo en él nuestras manos pecadoras y colgando sus despojos para mayor escarnio de las paredes de nuestras viviendas.

RUCABADO, Leonardo.

La tradición en la Arquitectura, A.C. Anuario (1917), pp. 27-42.

...ninguna prueba tan demostrativa, de la posible traducción práctica de mis ideales teorías, como las modestas obras que bajo sus normas e inspiraciones he elaborado, las cuales seguramente no tienen mayor excelencia que la ostensible manifestación, de la perseverante y fervorosa labor de investigación documental, que, a través de los riscos bravíos y los plácidos valles de mi tierra, he realizado buscando en sus más arrinconadas villas y aldeguelas, los más íntimos y peculiares rasgos de su arte solariego.

... en esos debates sobre la licitud de las prácticas tradicionalistas, se abusa con frecuencia de la desdeñosa especie que supone reducidas esas prácticas, al remedo del ropaje arcaico considerando lo externo, la envoltura, como cosa indigna por sí sola, de la preocupación de los propulsores del progreso, dándose no pocas veces el caso inconsciente de que esos impugnadores, dan como valiosa muestra de sus comprobaciones, su habilidad artística puesta de relieve en ostentosos alegatos representativos o en pomposos alardes de creación ornamental.

No es esa ciertamente la pauta de lo que estimo saludables prácticas tradicionalistas. He dicho ya y repito, que como primera orientación puede tomarse la de "vestir con el ropaje antiguo las necesidades modernas", y claro es, que en esas necesidades van comprendidas todas las impuestas por la ciencia y por las prácticas modernas de higiene, de confort, de sociabilidad, etc., pero aunque así no fuera, encontrarían esas tendencias de instauración del ropaje antiguo, una defensa en las in-

timas satisfacciones "subjetivas" de que en otro lugar hago mención.

...Queda, pues, justificada mi creencia de que es lícita, razonable y digna de toda clase de veneraciones, la conservación del carácter en el ropaje de nuestras producciones, mientras no se oponga a lo que constituye la esencia constructiva y práctica de las mismas, pues esa sola conservación, puede servir de base a un nuevo estilo de honda enjundia nacional.

...Muchas veces entre los partidarios fervorosos de mi "montañerismo arquitectónico" se me ha preguntado: ¿Dónde vió usted en la Montaña una torre parecida a la que puso usted en tal casa? ¿Puede compaginarse con la austera rigidez del estilo montañés, esa rotonda de columnas que ha colocado usted en tal otra? Y no falta quien me impone para su casa una copia fiel y sin alteraciones de las viviendas del país del siglo XVII con sus ventanas pequeñas veladas por espesas rejas y otras particularidades que parecen hoy incompatibles con la vida moderna. Téngase en cuenta que estos fanáticos son tal vez los más eficaces medios para la exteriorización y divulgación de nuestros ideales tradicionalistas y se comprenderá con cuanta parsimonia hay que proceder en eso del ropaje, para no ahuyentar los únicos prosélitos capaces de contribuir y permitir el triunfo positivo de estos ideales que con tanta fe, como entusiasmo, vengo persiguiendo.

...Fue el más deliberado paladín del bando opuesto en este torneo, bien que con toda la amable cortesanía del más flexible y caballeroso temperamento, el señor Ribes, cuya razonada oración, quiero glosar con algunos comentarios.

Figuran entre sus esenciales afirmaciones las siguientes: "Que el arte español moderno existe, determinado por las impo-

siciones científicas y materiales de la civilización, del momento o de la época que lo produce; que arrastrados por una corriente irresistible, que impele fatalmente nuestra vida y nuestra actividad, no podemos agruparnos en busca de una orientación común; que no pueden precisarse hoy las características de nuestra obra, porque estamos demasiado cerca de ella, sin poder abarcar el conjunto de nuestras creaciones; que los caracteres nacionales de la misma, sólo las generaciones venideras podrán señalarlos ante los edificios viejos ya y las costumbres profundamente modificadas".

Aparte la oportunísima objeción hecha por el señor Lampérez, denunciando la imposibilidad en que se verían los mantenedores de estas afirmaciones para señalar las características individuales de ese "arte español moderno" que se proclama, todo lo que antecede resulta a poco que se analice sofstico y falso en cuanto se opone a las tendencias tradicionalistas que aquí se preconizan. Nada más cierto, como queda dicho, que cuanto hoy se hace en España, es "moderno" a carta cabal y "español" si para serlo le basta haber nacido en nuestro suelo. Cierto e indiscutible es también, que el momento con sus características científicas y materiales, que las costumbres de la vida española, grabarán con sus imposiciones la obra de nuestro contemporáneos, pero algo más que eso se persigue en estas teorías y prácticas tradicionalistas, algo que es de la incumbencia espiritual del artista y que nada ni nadie se lo impone más que el dictado de su alma; las concordancias sentimentales de su ideal con las manifestaciones peculiares de su raza.

...Y ¿cuál de los estilos viejos, se nos pregunta, cuál de esos "inanimados muñecos" debe tomarse como punto de partida para esas instauraciones?. En este, como en otros particulares,

con engañoso y sofisticado prurito de lógico razonamiento, se pide la receta, la fórmula científica prescindiendo del impulso sentimental, que es el más intenso propulsor, el más fructífero y positivo en estas elaboraciones de artística condición. Los pueblos sin embargo, lo mismo que los individuos, tienen sus características predisposiciones y su entrañable predilección para determinadas formas, maneras y matices de expresión, en la esencia de las cuales interviene no sólo la psicología personal etnográfica de alto abolengo y la evocación de las contingencias históricas y gloriosas, sino las condiciones materiales de la localidad, su topografía, su clima, y aún las cualidades de los materiales disponibles.

Esas espirituales aptitudes y predilecciones, esas singularidades materiales de la localidad, puestas en oportuno funcionamiento y brillantemente encauzadas en felices y favorables momentos históricos del pueblo que las posee, son las que señalan indefectiblemente, el carácter íntimo, profundo, peculiar de lo que, la actividad artística de aquella nacionalidad, de aquella agrupación, regional, puede y debe cultivar con grandes probabilidades de éxito, lo que en síntesis no es otra cosa que el culto, el "cultivo deliberado de la genuina tradición", que vengo predicando.

RIBES, Demetrio.

La tradición en la arquitectura. Escrito después de leer el trabajo de Leonardo Rucabado tratando este tema.

1918.

...

...Si en el momento actual las formas Arquitectónicas dependientes de la función mecánica se encuentran creadas, podrán sus caracteres expresivos modificarse de algún modo dependiendo del empleo cada vez en mayor escala de ciertos materiales, pero, en mi concepto, somos incapaces de producir, con los sistemas estáticos que empleamos, transformaciones tan profundas en nuestro Arte como se han producido en otras épocas históricas.

La fisonomía, el carácter de nuestras construcciones, depende por fuerza en primer lugar del desarrollo de nuestros conocimientos mecánicos y de la aplicación con arreglo a los mismos de los materiales de que disponemos; en segundo lugar, de la acomodación de nuestras edificaciones a las necesidades que nos impone el progreso de nuestra civilización.

Se han producido así transformaciones esenciales en nuestro Arte suficientes para caracterizar nuestra época, y si esto es así, ¿por qué empeñarnos, "por sistema", en copiar lo accesorio de otros estilos, lo puramente ornamental, variable hasta lo infinito, desdeñando el camino siempre abierto en este terreno a las más fecundas iniciativas?

...Nada se opone por lo dicho a que se vistan los edificios de nuestra época con ornamentos usados en otra distinta, como nada se opondría esencialmente, y desde el punto de vista artístico, a que fuésemos vestidos al igual que vestían los romanos. Pero esto no podrá ser nunca un ideal porque una depurada sensibilidad repudiará siempre este anacronismo, el desacuerdo

entre el edificio y la idea que del mismo sugiere su ropaje; produciéndose ese sentimiento de incongruencia y desconcierto que invade el ánimo cuando se ve, por ejemplo, sentado a un hombre vestido de americana sobre un sillón Luis XIV.

Finalmente, también es posible proyectar un edificio con la idea fija en una envoltura determinada, subordinando el edificio a su ropaje; pero esto es construir muñecos. Un muñeco de esta clase puede ser bello pero su realización no puede tener transcendencia alguna en Arquitectura.

Estando condicionado el carácter de nuestras construcciones por los adelantos mecánicos y las necesidades de nuestra época, hemos de hacer Arte moderno a pesar nuestro. Parece por lo tanto natural que en aquello que es accesorio, en lo que está en nuestra mano tratar con la mayor libertad, nos orientemos en el sentido de que queden en los edificios de la época presente muestras del nivel alcanzado por las restantes Artes plásticas y de los progresos que nuestra Civilización ha aportado al desarrollo de las Artes decorativas.

Naturalmente que, dado mi sentir, no encuentro justificación alguna para que se exija de estas Artes que produzcan imitando objetos antiguos ni que trabajen sobre motivos ornamentales de otras épocas; pero en esto, como en todo, debe el Artista guiarse por sus sentimientos.

...Se pretende con la imitación de los estilos pasados producir lo que llaman un "Arte español".

Naturalmente estos estilos, a raíz de su producción, se encontraban en las mejores condiciones para evolucionar influyendo sobre los estilos sucesivos. Pero al parecer los hombres de aquel tiempo no les dieron la importancia debida o no consiguieron producir evoluciones acertadas, y por eso, en nuestra

época, nos hemos de esforzar en volver a comenzar el proceso evolutivo abriendo en nuestra Arquitectura la grande era de los "pastiches" castizos.

Al razonar así, no se piensa, como dice muy bien el señor Torres Balbás en el número 2 de la revista "Arquitectura", que el casticismo se reduce a imitar obras de Artistas que no fueron castizos; no se considera que si en otras épocas se pudieron hacer obras admirables sujetas a la influencia extranjera y reputadas actualmente como castizas, no hay razón para que actualmente se desdeñe realizar lo mismo. No crec hayamos perdido esa propiedad, que es común de todo el género humano, de asimilarnos las obras de otros e imprimirles un carácter propio al pasar por nuestra sensibilidad.

Cuando se preconiza recomenzar una evolución partiendo de estilos pasados, es natural se pregunte cuál debe ser el estilo de partida. Se podrá contestar que el que emocione al Artista más profundamente, con lo cual se le da la libertad de elección. El Artista puede elegir entre los estilos pasados pero no se le pregunta si dichos estilos encajan dentro de su personalidad y pueden servir de base a sus concepciones. Se supone que alguno habrá en que esto ocurra; el Artista al elegirlo tomará sitio en una especie de catálogo y la Arquitectura Española se nos aparecerá como un árbol mal podado cubierto de retoños.

La labor del arquitecto que tiene la obligación de producir ciertas remembranzas se reducirá en muchos casos a ir engarzando en sus construcciones elementos extraídos de los monumentos de la época cuyo estilo trata de imitar. Estos monumentos irán perdiendo una a una todas sus galas que nos encontraremos por doquier, y su personalidad se irá diluyendo en sus imitaciones... Respetemos los monumentos antiguos, no consiatamos que se

les robe el menor detalle; este es un criterio conservador al que me adhiero de todo corazón.

...Dejad al Artista libre, enseñadle la técnica pero no pretendáis dirigir sus sentimientos.

No es extraño que un Congreso de Arquitectura, al rechazar la idea de que se prefieran en los concursos públicos las obras inspiradas en los llamados estilos nacionales, levante en alto la bandera de la libertad porque el Arte se encuentra cobijado bajo sus pliegues.

TORRES CAMPOS BALBAS, Leopoldo.

El estilo español y el verdadero casticismo.

"La Construcción Moderna", XVII(1919), pp.20-21.

Varios años llevan el vulgo culto y bastantes profesionales hablando de el ( del estilo español), y todavía no sabemos lo que quiere decirse con estas palabras. ¿Refiérense al estilo mudéjar, al arte del renacimiento, a la arquitectura herreriana, al barroquismo? Únicamente la audaz ignorancia puede emplear ese término, creyendo tal vez que en el transcurso de nuestra historia no ha existido más que una sola evolución artística, y que esta ha sido uniforme en todas las comarcas españolas.

En nombre de ese falso y desgraciado casticismo se nos quiso imponer el pastiche, y fijándose en las formas exteriores de algunos edificios de esas épocas, se las trasladó a nuestras modernas construcciones, creyendo así proseguir la interrumpida tradición arquitectónica de la raza. Y no pensaban los propagandistas de esta tendencia en que, según ella, el casticismo consistía en imitar a los arquitectos de hace unos siglos, los cuales, indudablemente, no fueron castizos, pues no imitaron a sus antecesores. Si este casticismo se hubiera cultivado desde los comienzos de la Historia, aun seguiríamos viviendo en cuevas y abrigos naturales.

La ignorancia también impedía ver a algunos casticistas que casi todos los movimientos desarrollados en la historia arquitectónica de España lo fueron en virtud de influencias exteriores, necesarias siempre para un fecundo renacimiento, y condicionadas luego por un fuerte acento, con el que se las va asi-

milando nuestra raza. El horror de los casticistas a todo lo que fuera exótico suponía, además de estrechez de espíritu, falta de fe en esa fuerte individualidad española capaz de moldear a su manera cualquier tendencia, por extraña que fuere.

Al lado de este falso casticismo, que ignora la evolución de nuestra arquitectura y sólo conoce unas pocas láminas de algunos de sus monumentos, hay otro, vital y profundo, que desdén lo episódico de una arquitectura para ir a su entraña, y que, fiado en su personalidad, no teme el contacto con el arte extranjero que puede fecundarle.

Propaguemos este sano casticismo, abierto a todas las influencias, estudiando la arquitectura de nuestro país recorriendo sus ciudades, pueblos y campos; analizando, midiendo, dibujando los viejos edificios de todos los tiempos, no sólo los monumentales y más ricos, sino también, y tal vez con preferencia, los modestísimos que constituyen esa arquitectura cotidiana, popular y anónima, en cuyas formas se va perpetuando una secular tradición, y en las que podemos percibir mejor el espíritu constructivo de nuestra raza. Y después de esto, si tenemos la sensibilidad necesaria para habernos asimilado, consciente o inconscientemente, no las formas externas, que constituyen lo que más varía en arquitectura, como la decoración y la molduración, por ejemplo, sino las proporciones, la relación de masas y volúmenes, el reparto de la decoración, etc., es decir, su esencia, entonces estaremos en condiciones de continuar una tradición y ser "casticistas".

A nuestros lectores

"Boletín Español de Arquitectura", nº 1, 1º de junio de 1846,  
pp. 1-2.

Es harto notable en la época de las publicaciones y de los periódicos, época en que se ha rendido a las artes el tributo de la admiración, en que se han consagrado entendidos artistas y escritores al examen de los monumentos de los antiguos tiempos, el que no haya aparecido en la liza periodística un esforzado campeón de las artes y de los que a ella se dedican, para proclamar la importancia social de las primeras, y para defender los derechos y prerogativas que a los segundos han concedido las más cultas naciones. Esta falta de representación, esta carencia absoluta de discusión y de examen, no ha podido menos de producir resultados perniciosos. Esfuerzos aislados e infecundos, a los que ha seguido como consecuencia precisa e inmediata la anarquía de las ideas, proclamando cada cual los principios que más han cuadrado a sus particulares estudios, y echándose unos en brazos de un ciego exclusivismo, mientras otros se entregaban a una completa licencia, han sido el fruto que se ha recogido de semejante inacción, punible hasta cierto punto, al considerar el movimiento que han tenido los demás ramos del saber humano. Las preocupaciones y los extravíos han debido sin embargo desvanecerse y corregirse: ilustres artistas de otras naciones se habían levantado para proclamar los principios verdaderos, que deben presidir al estudio filosófico de las artes, y estos principios apreciados y comprendidos, hubieran indudablemente inaugurado entre nosotros una nueva era de tolerancia y de adelantamiento, al haberse reunido todas las fuerzas extra-

viadas, para conseguir tan plausible objeto.

Pero todavía no ha pasado felizmente el tiempo de la disención: todavía pueden obtenerse las ventajas apetecidas para el engrandecimiento de las nobles artes, y en especial de la arquitectura, en pro de la cual entramos en la palestra literaria. El gobierno de S.M., al dictar el "Plan de enseñanza" publicado en 25 de setiembre de 1844, que insertamos a continuación, no pudo menos de reconocer esta necesidad para introducir una reforma radical en aquella, "a fin de elevarla a la altura que tiene en otras naciones europeas, dándole la extensión que necesita para formar eminentes profesores". Mas el gobierno, si bien prestaba a las artes un alto servicio, no podía entrar en el terreno de la discusión, no podía fijar los principios ni desechar ninguno de los sistemas, dejando en consecuencia intactas las cuestiones que habían dividido a los arquitectos en dos bandos, cuyas doctrinas deben ser quitadas en la balanza de la crítica para obtener la verdad, único norte a donde pensamos enderezarnos al emprender estas tareas.

El pensamiento que nos anima no puede, en nuestro juicio, ser más fecundo y patriótico; la reconciliación de cuantos al cultivo de la arquitectura se consagran en nuestra Península; la ilustración de todos, por medio de los adelantos debidos a los insignes artistas y escritores extranjeros; la rectificación de las opiniones exclusivistas o licenciosas; y finalmente, la formación de un sistema que abrace y comprenda todos los dogmas artísticos, encerrando así la verdad de todos los sistemas, y al mismo tiempo desechando sus errores... He aquí lo que nos proponemos lograr, dando a luz el "Boletín Español de Arquitectura", respecto a su parte científica. Para alcanzarlo, estarán abiertas nuestras columnas a todos los profesores

de España, que guiados de tan noble deseo, se presten á tomar parte en nuestra empresa: todas las opiniones, todas las creencias tendrán igualmente cabida, porque todas son para nosotros respetables, y de su comparación y examen debe resultar infaliblemente la verdad que tanto anhelamos.

Nuestro pensamiento, sin embargo, se extiende mas allá de estos límites: la publicidad de los trabajos engendra el estímulo, y el estímulo entre los artistas es siempre precursor de grandes adelantos. Así, pues, nosotros hemos creído que uno de los medios más eficaces para promover el engrandecimiento de las artes y mejorar el porvenir de los arquitectos, es el dar cuenta en nuestro "Boletín" de las obras más notables que tanto en Madrid como en las provincias se ejecuten, ofreciendo al par un juicio razonado de cada una de ellas, sin perder tampoco de vista las mejoras que se introduzcan en el uso de los materiales, parte muy importante en arquitectura, y que es generalmente mirada con indiferencia. Para el logro de esta idea no esquivaremos el recurrir á los países extranjeros: los principales trabajos arquitectónicos que en ellos se hagan y los adelantos que redunden en beneficio de las artes en general, llamarán especialmente nuestra atención, así como las producciones de este género que se den al público y deban por su mérito ser examinadas detenidamente.

Sería incompleto nuestro plan, si en los momentos en que celosas y distinguidas corporaciones se dedicaban bajo la protección del gobierno, á salvar de la ruina los más preciosos monumentos de la edad media y de nuestro siglo de oro, no tratásemos también de dar á conocer sus trabajos, para lo cual contamos con el beneplácito de la Comisión Central de Monumentos, á cuyo cargo se encuentra la dirección de ellos. De esta mane-

ra lograremos reunir en el "Boletín Español de Arquitectura" cuanto tenga relación con esta bella arte, señalando las producciones de los pasados tiempos que pueden servir de modelos, y apreciando en todo su valor los estudios contemporáneos. Para que nuestro periódico encierre todo el interés posible, insertaremos en el últimamente todas las reales órdenes relativas a las nobles artes, exponiendo con la mayor circunspección y templanza las observaciones que sobre ellas creamos convenientes.

A Nuestros lectores.

"Revista de Caminos Vecinales", n.º 1, 1 de marzo de 1863, pp.1-2.

Hacia años que el desarrollo cada vez más creciente del comercio y de la industria en nuestro país se extendía a las construcciones civiles, hasta el punto de hacerse notable la escasez de directores facultativos; escasez que no podía menos de entorpecer la marcha progresiva de estas obras: no era dable tampoco improvisarlos con la extensión de conocimientos que exigen las elevadas funciones que son llamados a desempeñar, y de aquí surgió el pensamiento de la creación de nuevas clases facultativas, cuyas atribuciones fuesen más limitadas, y que estuviesen formadas de individuos que adormados de los conocimientos teóricos y prácticos, necesarios para la debida ejecución de las construcciones más generales, pudiesen prestar útiles e importantes servicios. Responder a esa imperiosa necesidad; proporcionar a los municipios y a los particulares personas capaces de encargarse del proyecto y ejecución de obras de importancia determinada, y cuyos servicios habían de exigirles necesariamente menores sacrificios pecuniarios; abrir una nueva carrera a muchos jóvenes estudiosos, cuya aplicación y conocimientos podían ser útiles al país: tal fue sin duda alguna el pensamiento que debió presidir la creación de las clases facultativas de Maestros académicos de obras y Director de caminos vecinales y canales de riego.

El porvenir de estas clases, a que nos honramos pertenecer, está identificado por lo tanto con los adelantos del país en el camino de las mejoras morales y materiales que a tanta altura le están elevando; así es que al despertarse más vivo que nunca el interés de los pueblos hacia la construcción de vías ve-

cinales, y el de las empresas y particulares hacia toda clase de construcciones civiles, deber es de nuestros comprofesores, que son llamados a secundar tan laudables esfuerzos, corresponder dignamente a este llamamientos con el celo y aplicación de que han dado tantas pruebas. Nosotros por nuestra parte creemos contribuir al mismo fin con nuestras escasas fuerzas, inaugurando la REVISTA DE CAMINOS VECINALES, órgano oficial de las citadas clases, en cuyas columnas tendrán cabida cuantos artículos nos remitan nuestros compañeros los Maestros académicos de obras y los Directores de caminos vecinales, y que puedan contribuir al bien general del país, así como a la ilustración científica y al bien estar social de los individuos de estas clases hermanas.

Atendiendo, pues, al objeto que nos proponemos, destinaremos la primera sección de nuestro periódico para los artículos que se ocupen de los intereses generales y particulares a que nos hemos referido, y a la que seguirá la sección científica; en la tercera sección se dará cuenta de todas las obras ejecutadas por nuestros comprofesores, indicando su importancia y circunstancias más principales, según los datos que puedan adquirirse; a esta seguirá la "Sección oficial" en la que se insertarán todas las disposiciones del Gobierno y de las Diputaciones, que tengan relación con los intereses a cuya defensa nos consagramos: la quinta sección será de "Noticias" y la sexta y última de "Anuncios".

Prospecto

"La Arquitectura Española" (1866).

No hay clase, en el estado actual de la sociedad, que no sienta la necesidad imperiosa de hacer que la opinión pública comprenda la importancia y utilidad de sus servicios.

Para aquellas clases, sobre todo, que sólo pueden vivir al calor del público aprecio, aislarse hoy es perderse; divorciarse de la opinión pública es suicidarse.

Más para ponerse en contacto con la opinión, para evitar que los esfuerzos individuales, faltos de espacio y de luz, sean perdidos para el progreso, el medio más sencillo, el instrumento natural es la prensa periódica. Institución admirable que en nuestra edad ha llegado simultáneamente a ser el porta-estandarte de la civilización, y el único agente capaz de hacer solidarios los intereses de una clase, dando fuerza a sus aspiraciones, y unidad y cohesión a sus tendencias.

Vivimos en la persuasión de que la mayor parte de nuestros compañeros habrán tocado en mil ocasiones los inconvenientes del aislamiento en que los Arquitectos vivimos; y de seguro habrán experimentado más de una vez, como nosotros, la necesidad de que todos nos entendamos y auxiliemos.

Ahora bien, satisfacer esta necesidad, llenar este vacío, es lo que nos hemos propuesto al emprender la publicación del periódico cuyo título va al frente del presente prospecto.

La empresa es superior a nuestras fuerzas, y no hubiéramos, a la verdad, osado acometerla, si no contáramos con la eficaz cooperación de nuestros compañeros.

Son muchos ya los que, en esta corte y fuera de ella, nos han ofrecido ayudarnos en nuestras tareas. Contamos positi-

vamente con el apoyo de la Academia y de la Escuela, con el auxilio de la junta directiva de la Asociación central de arquitectos, con la colaboración de los Sres Aguilar, Mendivil, Madrazo, Ruiz de Salces, Cabello, Villajos y otros; y abrigamos la fundada esperanza de que, tanto en Madrid como en provincias, nuestros compañeros todos mirarán este asunto como propio y contribuirán con sus luces y sus trabajos a hacer que "La Arquitectura Española" refleje la ilustración de la clase que tiende a representar.

A este fin, y puesto que todos los que algo entienden de nuestra profesión pueden considerarse como colaboradores del periódico, parécenos oportuno hacer aquí una reseña del orden que pensamos establecer en su publicación.

El periódico se distribuirá en ocho secciones:

La primera comprenderá todo lo que al estado social de la profesión se refiera. La defensa de su prestigio y de sus intereses, la exposición de sus necesidades y aspiraciones, el deslinde de sus prerrogativas y derechos, todo, en fin, cuanto afecte a la clase, en sus relaciones con la administración y con las otras clases, tiene aquí su natural colocación.

En la segunda sección nos ocuparemos de las ciencias auxiliares de la construcción. Comprenderá, pues, las ciencias matemáticas, la física, la química, la geología, la mineralogía, la mecánica, etc., limitándonos, por descontado, en el estudio de las ciencias, a las aplicaciones que de ellas puedan hacerse a la arquitectura.

En la tercera sección estudiaremos la parte artística de nuestra profesión; haremos, por consiguiente, la descripción y análisis de los monumentos típicos de las mejores épocas del arte; daremos a conocer los progresos de las ciencias esté-

ticas y los descubrimientos arqueológicos más importantes; insertaremos finalmente, la crítica imparcial y razonada de los edificios contemporáneos, marcando lo que en ellos encontremos digno de imitarse y señalando lo que, en nuestra opinión, merezca proscribirse.

La cuarta sección la dedicamos a las industrias y oficios que dependen de la construcción; en ella estudiaremos las canteras, tejares, alfarerías, ferrerías, fundiciones, caleras y yeserías, así como la mampostería, la cantería, la albañilería, la carpintería, la cerrajería, etc.

La quinta sección se destina a la arquitectura práctica, y serán objeto de ella las construcciones de todas clases; la redacción de proyectos, forma de los documentos y condiciones de los contratos, mediciones, tasaciones y deslindes; replanteos, montes y sondeos; andamios, cimbras y formas; administración de las obras, establecimiento de almacenes y depósitos, organización y disposición de los talleres, orden de los trabajos, economía de las construcciones; máquinas y aparatos empleados en ellas, tecnicismo, etc.

En la sección sexta examinaremos la legislación vigente en materia de construcciones, haremos una reseña de las ordenanzas municipales de las principales poblaciones y daremos a conocer la jurisprudencia establecida o que en adelante se estableciere en virtud de las sentencias de los tribunales, las resoluciones del gobierno o los acuerdos de los cuerpos consultivos del Estado.

La séptima sección será un boletín bibliográfico, en el cual procuraremos indicar con cierto orden cuanto se haya escrito y se escriba referente a nuestra profesión.

Finalmente, la sección octava del periódico se destina-

rá a los comunicados y noticias que puedan ser de alguna utilidad para los que, de un modo o de otro, se interesen en las construcciones.

Como se ve, el campo es vasto, el programa amplísimo. Elijan de él nuestros compañeros lo que esté más en armonía con sus gustos, o más en relación con su particular experiencia; remítannos, cuando otra cosa no puedan, sus apuntes, observaciones y dibujos, y estén seguros de que el trabajo que se tomen no será perdido ni para la profesión, ni para ellos mismos.

Héstanos decir cuatro palabras acerca de las láminas que pensamos publicar con el periódico. Para la confección de estas láminas, hemos resuelto valernos del procedimiento foto-litográfico, cuyo privilegio exclusivo tienen hoy en España el distinguido D. Antonio Selfa y el inteligente litógrafo D. Agustín Zaragozano. Estos señores, cuyos laudables esfuerzos por mejorar el procedimiento indicado, son de todos conocidos, trabajan incesantemente para hacerlo llegar al grado de perfección de que sin duda es susceptible. Nosotros esperamos que al fin consigan su objeto, realizando así en las artes del grabado un progreso cuyo alcance no nos es dado calcular ahora.

Por de pronto, y sin esperar nuevos detalles, la fotolitografía ofrece, aparte de su economía relativa, dos ventajas inapreciables tratándose de un dibujo arquitectónico; una es la reproducción autográfica de un diseño cualquiera, consistiendo la otra, en la posibilidad de reducir o agrandar un dibujo sin que se altere su carácter, ni varía sensiblemente la relación de sus líneas; lo cual nos permite amoldar con suma facilidad el tamaño de las láminas a las dimensiones de nuestro periódico.

Debemos admitir, sin embargo, para que nuestros colabo-

radores sepan a qué atenerse en este punto, que los dibujos acuarelados al claro-oscuro no salen tan limpios como los que están simplemente delineados; siendo las reproducciones más confusas a medida que los colores empleados son más refrangibles.

Interin los Sres. Selfa y Zaragozanc hacen su procedimiento aplicable a los dibujos coloreados, las láminas que demos serán de líneas sóloamente.

Objeto del periódico.

"El Eco de los Arquitectos", n.º 1, 10 de febrero de 1870, pp.1-2.

La idea única y exclusiva que nos ha guiado para fundar esta publicación, es la de llenar el inmenso vacío, que a nuestro entender y al de personas respetables de la profesión de Arquitectura existe en la misma, por la carencia de un periódico que defienda sus intereses, y que con enérgica voz agrupe a todos los Arquitectos en un solo centro, constituyendo así la unión de los mismos, tan deseada siempre por todos, pero con mayor necesidad en las críticas circunstancias por las que atraviesa la clase. Varios son los que se han fundado otras veces con el mismo objeto por personas muchísimo más idóneas en estas tareas, y de la mayor capacidad, experiencia y saber que nosotros; pero que sin embargo, tal vez por cuestiones independientes y ajenas a su voluntad, no se ha obtenido el fruto apetecido; estos ejemplos, a decir verdad, unidos a la idea de que se nos creyera demasiado atrevidos en acometer una empresa tan superior a nuestras escasas fuerzas, nos han desalentado alguna vez en nuestro propósito, y casi hecho renunciar a él por completo; pero los consejos de personas muy dignas y de gran consideración en la carrera, juntamente con las vicisitudes por las que la misma atraviesa, nos inducen a llevar a cabo nuestra idea, abriendo así el palenque donde se defiendan todas las cuestiones que ataquen directa o indirectamente a la clase, y se consiga elevarla a la altura que se merece.

El espíritu que deseamos imprimir a nuestra publicación es esencialmente práctico y de la mayor utilidad para la profesión, sin descender jamás, sean cualesquiera los "móviles" que nos impulsen a ello, a rencillas y personalidades ajenas al

terreno del derecho y del decoro de la profesión, que ha de ser nuestra constante guía. Así pues, esperamos que nuestros compañeros de la Escuela de Arquitectura y los Arquitectos de Madrid, provincias y Ultramar comprenderán bien nuestras aspiraciones, y cooperarán con sus datos y conocimientos al éxito de nuestra empresa; en la firme inteligencia de que, abandonados a nosotros mismos, nos será imposible poderla llevar a cabo.

Contando pues con el auxilio de todos, empezamos nuestra espinosa tarea con gran fe en el porvenir y anhelando días de gloria para la carrera a la que nos honramos pertenecer, siquiera sea en calidad de alumnos.

Pasemos ahora a las condiciones materiales de la publicación. Este periódico se publicará los días 10 y 23 de cada mes, del mismo tamaño y forma que el presente número, y en él se insertarán los artículos de defensa de la profesión, las cuestiones doctrinales y los decretos oficiales referentes a la misma profesión; una sección de subastas; otra bibliográfica de publicaciones que puedan ser útiles a nuestros lectores; y por último, una sección de noticias.

Esto es cuanto por ahora podemos ofrecer en obsequio de nuestros compañeros, sin perjuicio de aumentarlo según el apoyo que encontremos en los mismos.

A nuestros lectores

"Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos", n.º 1. Primer trimestre de 1874, pp. 1-2.

La SOCIEDAD CENTRAL DE ARQUITECTOS, genuina representación de los individuos de la profesión y como tal dispuesta siempre a velar por sus intereses, procurando el mayor bien a la colectividad, ha tratado este año algunos puntos cuya resolución ha de contribuir poderosa y eficazmente, a su juicio, al logro de las aspiraciones de la clase, a la vez que la misma Sociedad adquiere mayor desarrollo e importancia, extendiendo a más lato campo la esfera de su actividad y llenando al mismo tiempo algunos vacíos que indudablemente existen en su organización.

Ningun terreno más a propósito para dilucidar las cuestiones palpitantes y de interés general para una profesión que la prensa donde, a la par que se ventilan y aquilatan, por decirlo así, las razones que en pró o en contra, y sobre puntos concretos de la carrera, puedan aducirse, proporciona a la generalidad el fruto de los trabajos de cada uno, imprimiendo a la misma un carácter de vida práctica, de movimiento y actividad que de otra suerte no logra adquirir.

La "Sociedad de Arquitectos", comprendiendo lo útil y hasta necesario que es tener coleccionados ciertos datos y noticias que sobre los diversos y extensos ramos que la profesión abarca, existían dispersos en distintos periódicos y publicaciones, o sólo en poder de algunos individuos, ha coleccionado y dado a luz en distintas épocas anuarios que, si bien incompletos, eran una base sobre la que pueden fundarse ulteriores y más acabados trabajos.

Esta plausible costumbre es la que la Junta de Gobierno actual se propone restablecer, continuando sus anteriores publicaciones, pero dándolas una forma más propia de su organismo y más interesante para todos.

Por esta causa, ha acordado que vea la luz pública, trimestralmente por ahora, una REVISTA que, con el título de BOLETIN DE LA SOCIEDAD CENTRAL DE ARQUITECTOS, se reparta sin retribucion alguna a todos los socios de Madrid, y contenga las diversas materias, datos y noticias cuyo conocimiento convenga o sea de utilidad a todas aquellas personas que se dediquen al arte de la construcción.

Nadie dudará que la recopilacion de todas las "leyes", "decretos", "ordenes", "circulares" y "demás disposiciones" emanadas de los diferentes centros administrativos, y relacionadas, tanto con la práctica como con la enseñanza de la carrera, es de importancia suma para todos los Arquitectos, puesto que no sólo evita la pérdida de tiempo que es consiguiente en su busca, sino que con ello se consigue no pasen desapercibidas disposiciones que siempre conviene tener presentes por la responsabilidad que a cada cual pueda caberle; por cuyas razones, el BOLETIN abrirá una sección que las contenga, incluyendo además las "sentencias del Tribunal Supremo" sobre servidumbres, aguas, etc., y que como es sabido, establecen jurisprudencia en casos análogos.

Deseando, como arriba se ha indicado, que se ventilen por medio de la prensa las cuestiones que afecten, tanto a la profesion en sí misma como al arte y ciencias de que aquella depende, el BOLETIN contendrá una "Sección" en la que se admitirán todos aquellos trabajos de los Arquitectos que, versando sobre "crítica razonada de las construcciones, análisis de los

monumentos, historia, arqueología u otro cualquier asunto artístico o científico", deban ser conocidos, a juicio de la comisión redactora de la REVISTA.

Igualmente se publicarán todos cuantos datos y noticias necesiten los Arquitectos sobre "tasaciones, ventas, precios de materiales, jornales, memorias sobre los diversos sistemas de construcción da cada provincia" etc., consiguiéndose la mútua correspondencia de unos comprofesores con otros y formándose paulatinamente una enciclopedia profesional utilísima bajo todos conceptos.

En el BOLETIN tendrá cabida, con la correspondiente separación de las demás materias, un resumen general de los trabajos que el dignísimo cuerpo de "Arquitectos forenses" (cuya creación es debida a los trabajos de la Sociedad Central) ha prestado en los Juzgados de esta capital, pues digna es de ser conocida y apreciada la necesidad que han venido a satisfacer, para adquirir toda la importancia merecida y en virtud de ella conseguir en el porvenir la remuneración de que hoy, por causas lamentables, carecen.

Como la profesión de la Arquitectura está, como todos los ramos del saber humano, sujeta al progreso y marcha de las ideas, bien sea por el empleo y estudio de materiales poco conocidos o por las distintas condiciones que modifican a los ya empleados, es muy conveniente estar al corriente de lo que en este punto se publique, tanto en España como en el extranjero, y en tal concepto el BOLETIN dará cuenta en una "Seccion bibliográfica" de los libros referentes a la Arquitectura y ciencias auxiliares, exponiendo además de una manera concisa un juicio crítico sobre algunos.

Por último, publicándose este periódico por la "Sociedad

Central de Arquitectos", natural es que venga a ser su órgano oficial y uno de los medios de comunicación de la Junta de gobierno con todos los socios y corresponsales, por lo cual se insertarán los acuerdos de aquella que éstos deban conocer, las circulares que crea oportuno dirigirles y todos cuantos trabajos sean objeto preferente de sus tareas.

### Introducción

"Anales de la Construcción y de la Industria", nº 1, Madrid,  
10 de abril de 1876, p. 1.

Inútil nos parece encomiar el objeto de nuestro periódico, indicado en su título con claridad suficiente. Nadie duda hoy que la construcción y la industria sean uno de los medios más poderosos de adelanto en la humanidad; y lejos de ver en los maravillosos procedimientos del arte una causa de creciente miseria para el jornalero, o mirar en las vías de comunicación más apretados lazos de un poder central absorbente, la teoría y la experiencia han demostrado que, merced a los progresos de las ciencias y las artes, el hombre puede satisfacer con menores sacrificios sus necesidades materiales, quedándose mayor espacio libre para atender a su fin moral y ensanchar el horizonte de la inteligencia.

Aunque las graves cuestiones de la ciencia económica no son ajenas a la índole de este periódico, no es ocasión de explanarlas; y si las hemos apuntado, ha sido sólo con objeto de que se comprenda la importancia que tienen en la sociedad las tareas á que hemos de dedicarnos, y la alta misión que en ella desempeñan cuantos cultivan estas materias. Igual merecimiento alcanzan, y son dignos de estima en el mismo grado, los afanes y desvelos de quien con sutil ingenio dispone una habitación sencilla y cómoda, y de quien alza la sublime bóveda del templo con un rayo de inspiración que parece robado a la luz del cielo; igual saber y perseverancia son necesarios en quien baja a lo profundo de la tierra en busca de ricos veneros, y en quien abate montes y rellena barrancos para dar paso franco al transporte de los objetos, y con ellos a la propagación de las

ideas; lo mismo tiende a aliviar al hombre del pesado yugo de la naturaleza quien compone un nuevo barniz para las tejas del alto campanario, que quien recoge la fuerza de la vibración solar ó de la ola embravecida para poner en movimiento la pesada máquina que consumiera en tiempos antiguos la salud y la vida del mísero siervo.

Propagar los conocimientos relativos a tan variados asuntos, es el objeto que nos proponemos; lo que deseamos es coadyuvar al progreso de la construcción y de la industria en nuestro suelo; y para ello nos dirigimos a las numerosas clases de personas que profesan estos ramos del saber en todas las escalas, sin distinción de carreras, grados o profesiones. Sostengan en buen hora los periódicos de corporaciones determinadas la lucha de clases y de privilegios; nosotros no nos dirigimos sino a los que con nosotros quieran estudiar la ciencia y el arte, sin que por esto deje de honrarnos la hospitalidad que nos quiera pedir quien, bajo su firma, pretenda tratar en nuestras páginas cuestiones de administración y de derecho, quedando la Redacción siempre neutral en todas ellas.

Al dar comienzo a nuestra empresa, nos lisonjea la esperanza de cuantos practican el noble arte de construir han de favorecernos con su apoyo y con sus luces; y si consiguiéramos aclimatar en nuestro país una publicación que nos parece útil y necesaria, será nuestro afán constante mejorar sus condiciones y extender la esfera que dentro de su especialidad abraza su programa.

A nuestros lectores.

"Revista de la Arquitectura nacional y extranjera", n.º 1,  
31 de enero de 1878, pp. 1-2.

No podemos ocultar el júbilo que sentimos al publicar el primer número del año actual.

Ha tiempo que, al dirigir la vista sobre la prensa española, notábamos con dolor la carencia de publicaciones de Arquitectura que diesen a conocer lo bueno que se produce constantemente dentro y fuera de nuestra Nación, en el extenso campo del arte arquitectónico, y que encauzase la opinión pública respecto a tan importantísima rama de los conocimientos humanos.

Entonces abrigamos un propósito; corrimos en pos de una idea, muy repetidas veces acariciada por ilustres compañeros nuestros, y nos detuvimos ante la consideración del triste resultado obtenido en épocas anteriores.

Nuevo impulso, nuevo ardor, nuevo afán por el auge de nuestra querida patria y nuestra idolatrada profesión, contribuyeron a reanimar nuestro espíritu primero y a gozar hoy de la satisfacción inmensa y justa que experimentamos al ver que, como excepción de lo que en España constituye regla general, hemos avanzado constantemente por la senda del progreso y destruido con gloria los mil obstáculos que han tratado de interceptar nuestra marcha.

Tan alta honra, de los arquitectos españoles es, y a todos, sin excepción alguna, rendimos el tributo de reconocimiento por la valiosa cooperación que han dispensado a nuestros humildes esfuerzos, la misma que permite asegurar el éxito del plan trazado.

Muchos de aquéllos nos han ofrecido, y ya comienzan a re-

mitir, correspondencias mensuales de los puntos de su residencia en España y en el extranjero, las cuales han de ser de extraordinaria utilidad.

Hemos decidido duplicar el número de páginas de la REVISTA con el fin de extender ampliamente los estudios a que se dedica.

Siendo el dibujo de imprescindible necesidad a las manifestaciones del arte arquitectónico, la publicación contendrá grabados en tanto número cual sea preciso, que en breve plazo alcanzarán toda la perfección posible.

A fin de proporcionar la ventaja que tienen los periódicos diarios, conservando al mismo tiempo el carácter de las publicaciones mensuales, daremos tantos suplementos cual precisen, para que, sin pérdida de tiempo, y con la debida oportunidad, conozcan nuestros lectores las convocatorias a concursos, plazas vacantes y demás asuntos que requieren no se demore su conocimiento.

Qual muestra de gratitud a los que nos remitan artículos, observaciones, apuntes, datos, memorias, proyectos, etc., para su inserción, los indemnizaremos en términos tales, que la susceptibilidad más exquisita no podrá resentirse.

En una palabra, las modificaciones y adelantos que introducimos son de tal naturaleza, que esperamos han de merecer el asentimiento de todos nuestros lectores y la favorable acogida de nuestros compañeros, cuya cooperación no dudamos seguir obteniendo hoy más que nunca.

!Quiera el cielo que nuestros deseos se realicen!

Presentación.

"Gaceta de obras públicas", 1 de julio de 1888, pp. 1-2.

El desarrollo de las obras públicas en España es un hecho. Basta ojear la prensa, basta dirigir la vista por todos los ámbitos de la Península para observar el creciente movimiento que tiene lugar. Este movimiento de desarrollo demanda una atención especial, y nuestra GACETA se propone dedicársela en lo sucesivo de una manera sobresaliente.

El punto de vista en que nuestra GACETA se coloca desde hoy, no es el que hasta la fecha ha dominado en nuestro país, en donde se ha considerado como obras públicas una parte de ellas; por obras públicas entendemos, y la Administración pública y todo el mundo lo entenderá como nosotros dentro de muy poco tiempo, lo mismo un puente que un establecimiento de enseñanza; lo mismo la restauración de un monumento que una traída de aguas, y lo mismo el ensanche de una población, que un ferrocarril, un hospital, una escuela, una fábrica de moneda, o un depósito de aguas.

Fundándose en el espíritu restringido que queda expuesto al principio, siempre que se ha legislado para obras públicas, se ha hecho de un modo deficiente, y mientras una parte ofrece hasta un lujo de disposiciones oficiales y de reglamentación por la cual regirse, las demás ramas carecen de rumbo, de norma y de dirección, causa de la falta de una organización conveniente, y obstáculo para su ordenado y fácil desarrollo.

Este mal es preciso que acabe, y nuestra GACETA se propone desde hoy más que nunca, contribuir a que así sea, contando en primer lugar, con el auxilio de los lectores, cuyo número afortunadamente se aumenta de día en día, y en segundo término con

el claro criterio del actual Ministro de Fomento, cuyo punto de vista en esta clase de cuestiones, según hemos tenido el gusto de oír de sus mismos labios, es el que corresponde a un hombre de altas miras y de gran penetración.

Dedicar sus desvelos a las obras públicas bajo el aspecto indicado, y mirar por los intereses del personal ilustre que interviene en ellas, Arquitectos e Ingenieros, contratistas e industriales, es lo que se propone con todo el ahinco imaginable nuestro periódico.

Nuestro propósito

"Resumen de Arquitectura", n.º 1, 31 de enero, 1891, p. 2.

La Sociedad Central de Arquitectos, atenta siempre a facilitar a sus miembros todo cuanto pueda serles útil en la práctica de su carrera, a establecer y conservar entre los mismos relaciones profesionales y a contribuir en lo posible al esplendor de la Arquitectura en España, creyó hace tiempo que un periódico, por ella publicado, sería el medio más a propósito al objeto, sirviendo de lazo de unión entre todos los socios por nuestra nación dispersos.

El BOLETIN trimestral, fundado en 1874, REVISTA mensual desde 1876, cuyo primer número se encabeza con un notable preámbulo del entonces secretario de la Sociedad, prematuramente perdido para ella y para los que tanto le queríamos, D. Mamel Martínez y Gutiérrez, sufriendo después alguna otra reforma, y de nuevo refundido en 1882, en que empezó a publicarse tres veces al mes, con grabados unas y otras sin ellos, ha visto la luz durante diecisiete años con varia fortuna, debiendo confesar que en los últimos, ni respondía al objeto de su fundación ni contribuía siquiera a los fines de ella. Por esto, creyose conveniente hace dos años limitarle a una especie de colección oficial de las actas y trabajos de la Sociedad y de las disposiciones gubernativas relacionadas con la profesión, resultando unas páginas áridas, sin atractivo alguno, y condenadas, casi siempre, al abandono más absoluto.

En los dos años que la publicación ha visto la luz pública en la forma expresada, se han repetido las observaciones de algunos socios y los deseos de dar otra forma a nuestra REVISTA;

y, reforzada nuestra Sociedad con la entrada de muchos Arquitectos, jóvenes de talento y llenos de brío y de entusiasmo por la noble arte que profesan, los deseos fueron transformados en hechos al aprobarse en Junta general celebrada el día 16 del corriente una proposición para variar la forma de redacción de dicha REVISTA, introduciendo en ella artículos artísticos, científicos y relacionados con la práctica de la profesión, acompañados de grabados o fototipias que den completa idea del asunto en ellos tratado.

Por este medio daremos a conocer a nuestros consocios y al público que nos favorezca, los edificios recientemente construidos por los Arquitectos españoles, tan poco conocidos en el extranjero, sin dejar de recordar en ocasiones algo de lo mucho bueno -gloria y esplendor del arte y orgullo de la patria- hecho en anteriores tiempos, y algo también de lo que se hace en otros países, para lo cual contamos con las mejores Revistas de Arquitectura de Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y los Estados Unidos, Noticias interesantes al Arquitecto, crónicas científicas, casos de arquitectura legal, tendrán también cabida en estas páginas, cuyo valor depende de todos; que semejante obra, en que no existe lucro ni especulación, no ha de ser sólo trabajo de esta agrupación, voluntariamente encargada de llevarla a cabo, sino de todos los Arquitectos españoles, pues todos estamos interesados en ello por partes iguales, si individuales importantes, juntas fuerza poderosa.

Hora es ya de dar un poco de mano a esa modestia excesiva que nos tiene tan arrinconados moralmente en el concierto de la armonía intelectual del mundo, como geográficamente lo está la España respecto a Europa. Sea esta nueva fase de nuestra REVISTA la primera etapa de una publicación digna de la nación que

tantas bellezas ostenta, y reveladora para el extranjero de que no estamos tan dormidos como piensa.

Nuestro saludo

"Arquitectura y Construcción", nº 1, 8 de marzo de 1897 p. 7.

La complicada trama de la vida moderna exige hoy en el Arte, no sólo la satisfacción del placer moral, que gustan con íntima y suprema fruición los iniciados, sino la expresión y manifestación de cuantas pequeñeces constituyen la vida social; sí, en detalle y aisladas, ajenas a la gran labor artística; en conjunto, determinantes de ciertas tendencias o aspectos que contribuirán en su día a la identificación del carácter artístico de nuestra época.

Cuanto se modifica y cambia, lo hace influido por ideas de cierto orden que a todas partes llevan su energía generadora; a tal extremo, que hoy se hace imposible cualquier estudio, si a él no se enlaza y asocia el de casi todas las materias que constituyen el patrimonio de la actual cultura, lo mismo las que tienen su raíz en la percepción ideal de los grandes misterios de la vida, que las que hallan origen en el afán de lucro o en el mezquino cálculo del que todo lo reduce a un beneficio material.

Bien puede decirse, por lo tanto, que todo aquello a que la inteligencia se dedica es útil por igual a un estudio determinado; y cuando a nuestra consideración se ofrece, bajo el sistema racional de una ciencia, o bajo el informe, pero profundamente lógico encadenamiento de la vida social, lo es en mayor escala, y merece con sobrados títulos la atención que en esta REVISTA le dedicaremos.

Harto claro se ve, por más que parezca esta la exposición de un programa vago y viable en teoría únicamente, el concepto

de la Arquitectura en que se inspira nuestra publicación; y al abrir estas páginas, formadas en su fondo por la labor de muchos, no podemos menos de encabezarlas llevando nuestro saludo, y con el nuestro entusiasmo y nuestro afecto a todos los que a la ciencia o al arte, bajo cualquiera de sus manifestaciones consagraran sus esfuerzos; a todos los que los aplican a nuestra especialidad con tan brillante resultado como en más de una ocasión haremos ver; y, por último, a todos los que en las columnas de la prensa ilustrada o periódica vierten el caudal de sus conocimientos, para difundirlos, como savia regeneradora de las inteligencias, por todas partes, contribuyendo a la gigantesca tarea de la vulgarización científica, que constituye el especial carácter de nuestra época.

Nuestros ideales

"La Construcción Moderna", n.º 1, Madrid, 15 de enero de 1903,  
pp. 1-2

Es práctica corriente en la prensa española, tanto técnica como política, el exponer al público, al ver la luz, el objeto que persiguen sus fundadores y el plan que para realizarlo se proponen desarrollar.

Rindiendo culto nosotros a costumbre tan justificada, vamos a indicar en cuatro líneas el móvil que nos impulsa a fundar LA CONSTRUCCION MODERNA, la orientación que pretendemos dar a esta nueva Revista, las aspiraciones de la publicación; nuestros ideales, en una palabra.

A la mayoría de los lectores, y muy principalmente a los que de cerca conozcan la vida íntima de todas las Revistas profesionales españolas, no se les oculta las dificultades grandísimas que existen, no para lograr utilidades que serían fruto justo de trabajos, iniciativas y exposición no pequeña de capitales, sino hasta para llegar a alcanzar existencia desahogada y tranquila. En estas condiciones no es de extrañar que el número de publicaciones científicas que en España existen sea relativamente pequeño, y que estas, en su casi totalidad, necesiten ser órgano de cuerpo determinado para asegurar las más perentorias necesidades, cubriendo gastos, como ordinariamente se dice, o extiendan su esfera de acción, espigando en campos muy variados, con lo que, si bien resultan de indiscutible utilidad para una gran masa científico-industrial, no llegan, en realidad, a ser verdaderamente necesarias para los que desean seguir al día los constantes perfeccionamientos de las ciencias aplicadas a una rama determinada.

Al Ingeniero, al Arquitecto y al Constructor les es necesario el manejo constante de fórmulas prácticas que les permitan el cálculo rápido de la diversidad de elementos que en sus proyectos figuran; les es preciso el conocimiento exacto de las propiedades de cuantos materiales se emplean en la construcción, para saber dónde y cuándo deben preferir unos u otros, desterrando aquellos que, aunque de uso ventajoso hace años, deben hoy ser relegados al olvido; les es indispensable, so pena de quedar retrasados en su profesión, estudiar a fondo los nuevos procedimientos de construir y no dejar de utilizarlos tan sólo por evitarse las molestias y trabajos que origine la implantación de lo desconocido, y la enseñanza a obreros y maestros, y por rendir homenaje a la rutina, sacudiendo su pereza y apego a lo viejo; les es conveniente educar su gusto y dar alientos a sus iniciativas, conociendo obras, detalles atrevidos o elegantes, o disposiciones ventajosas por su rapidez o economía, factores esenciales hoy en las modernas construcciones.

Esta elevada e interesante misión educativa e informadora desempeñaba la prensa científica, y a ella es necesario acudir para seguir al día la incesante evolución que la ciencia y la industria, combinadas, originan en la construcción; mas para que dichas ventajas se patenticen, para que una publicación técnica cumpla perfectamente el difícil cometido bosquejado, es preciso señalar límites a su actividad, circunscribir el campo de sus aplicaciones, para que en vez de ideas generales y teorías retrasadas e incompletas, que sólo conducen a sostener ese baño de ilustración modernista, se encuentren en ella estudios completos y detallados, informaciones y datos oportunos; y más que útiles, necesarios, para el que cultiva o vive de esa profesión a que la Revista se refiere. Y esa es precisamente la

piedra de toque, en ella estriba el planteamiento del problema de la vida de las Revistas científicas en España, el cual, si no insoluble, es, por causas de los lectores conocidas, susceptible de corto número de soluciones, y estas, escasamente aceptables.

Conociendo a fondo todas estas dificultades, y aun sabiendo por experiencia que en el camino que emprendemos se encuentran pocas flores y muchas espinas, con ánimo decidido y firmeza de voluntad, comenzamos la publicación de LA CONSTRUCCION MODERNA, por si nuestros ideales encuentran eco entre los Arquitectos, Ingenieros y Constructores españoles, llamados por vocación y propia conveniencia a sostenerla y perfeccionarla; y temerosos de que nuestras ilusiones pudieran marchitarse en flor, no ignorando la indiferencia, apatía, y hasta desprecio con que son recibidas entre nosotros las Revistas técnicas, pondremos la nueva publicación, durante su menor edad, bajo la protección de "La Energía Eléctrica", asegurando su lectura y activando su propaganda.

Saludo

"Boletín-Revista del Colegio de Arquitectos de Valencia", nº 1, diciembre de 1908, pág. 1-2.

Es práctica constantemente seguida por los fundadores de toda publicación periodística, comenzar su labor exponiendo al público el objeto que persiguen al dar á luz su más o menos modesta producción, y ateniéndonos a esta costumbre, cumplimos gustosos dicho requisito, ofreciendo nuestra modesta cooperación para todo lo que signifique trabajo honrado, ya que es la palanca encargada de proporcionar con el bien particular, el de la región, y con la suma de las prosperidades regionales, el progreso de nuestra madre España.

No hemos de pretender negar que entre las manifestaciones del trabajo, una de las más nobles, es la reflejada por los productos de la Arquitectura, y al desarrollo especial de la ciencia y arte que se compendian con dicha denominación, es a lo que especialmente dirigiremos nuestros esfuerzos, para lo cual, serán acogidos con verdadero interés cuantos elementos de juicio se nos presten y cuantos trabajos se nos remitan con el fin de coadyuvar a este objetivo, para lo cual, esperamos que las asociaciones de Bellas Artes y las de Arquitectos, acojan con cariño nuestros buenos propósitos.

Además, la imperiosa necesidad sentida hoy en día en beneficio del interés común, de que sean firmes los vínculos de unión entre los individuos que constituyen o forman una clase o corporación, exige medios especiales para que de la efectiva cohesión de dichos individuos, surja la eficaz defensa de los intereses que los mismos representan.

A este efecto, se ha de procurar poner la mayor atención y escogitar la más conveniente actitud en todos los momentos de la vida social, por lo que no deben olvidarse, independientemente, del fácil y mundial consorcio de ideas y procedimientos, las relaciones que se han de mantener con los Poderes, fuerzas y organismos nacionales y regionales.

No desconociendo el poder que la prensa tiene para conseguir entre otros fines, inculcar entre los que en ella comulgan los levantados ideales de compañerismo y solidaridad, a ella recurrimos, para que ante la concurrencia de intereses que continuamente luchan por el triunfo sea el portavoz de las clases artísticas en general y de Arquitectos en particular.

Hora es ya de que se despierte del letargo en que por desgracia han sido sumidas por las faltas de los unos y las sobras de los otros, y pues vivir es luchar, a la lucha iremos, pues debemos y queremos vivir sin el vilipendio de una debilidad impropia de quienes han tenido que probar con su amor al estudio, una intelectualidad consagrada en las aras del trabajo más noble que cabe realizar, ya que junto a las elucubraciones de las ciencias, apareja los idealismos de las artes.

Conociendo las dificultades que han de presentarse en nuestro camino, más bien sembrado de espinas que cubierto de flores, con fuerza de voluntad comenzamos esta publicación, por si nuestro objetivo halla eco entre los compañeros, que sea en primer lugar los que han de juzgarnos, y si nos equivocamos, desapareceremos modestamente sin que nos duela confesarlo; pero si hallamos el auxilio que a toda buena acción no debe negarse, tal vez en plazo no lejano pueda convertirse esta modesta publicación, en verdadera revista profesional; alternando con sus hermanas de nuestra nación y del extranjero.

Palabras iniciales.

"Arquitectura", nº 1, 15 de mayo de 1918, pp. 1-2.

Modestamente, con un ropaje sobrio y austero, empieza hoy la Sociedad Central de Arquitectos a publicar una revista. Malogrados, hace tiempo, generosos intentos particulares, alguno de ellos, patrocinado por esta Sociedad, durante varios años no se ha publicado en España revista alguna dedicada exclusivamente a la Arquitectura. Trabaja cada Arquitecto aislado en su estudio, ignorado de los demás e ignorante de la labor de sus compañeros, y las visitas que recibe son de publicaciones extranjeras en las que se le muestra un arte formado en un ambiente social completamente distinto del en que vive. El público, que constituye después de todo el supremo tribunal de la obra de arte, carece en general de sentido crítico para juzgar una construcción y viene a aumentar, con su indiferencia, de la cual + l vez seamos culpables nosotros, que no hemos sabido educarlo, el aislamiento en que trabaja el Arquitecto español. Desconócese, igualmente, fuera de España, todo lo aquí hecho modernamente en Arquitectura, al no existir publicación alguna que difunda nuestras obras.

El momento actual parece propicio para sustituir la labor personal y aislada, por el esfuerzo colectivo y la solidaridad profesional; conocernos a nosotros mismos y procurar que no nos ignoren fuera, y tratar de formar una conciencia arquitectónica en nuestro público que colabore con nosotros, aplaudiéndonos o censurándonos, pero nunca ignorándonos.

Contribuir a ello con la ayuda de todos los Arquitectos españoles, propónese esta Sociedad Central al publicar ARQUITECTURA. Toda labor humana, por modesta que sea, exige en sus comienzos, para que pueda desarrollarse y fructificar, la asistencia de esa

simpatía cordial, sin la que cualquier empresa agotase, entre la indiferencia y la frialdad ambientes. Esperemos que estas páginas escritas por los Arquitectos, con el pensamiento lleno de amor a su Patria y a su Arte, encuentren una acogida alentadora, propia de todo espíritu amplio y comprensivo.

En los días trágicos en que vivimos y que parece han de ser etapa inicial de un nuevo periodo en la evolución humana, se están forjando silenciosamente las esencias que transformarán todas las actividades del espíritu. Tal vez haya sido preciso para el alumbramiento del nuevo espíritu, esta pugna terrible que presenciarnos. Por eso, el momento actual es de un interés extraordinario, y haciendo un alto en la diaria tarea, debemos contemplar con amor la obra realizada y la que comienza; el pasado, con todo su atractivo sentimental, y el porvenir, cuajado de esperanzas.

Quiérese en esta Revista resumir el actual movimiento arquitectónico de nuestro país; volver la vista atrás, en busca de un pasado, en el que se fué incubando la Arquitectura presente, y acoger con cariño las nuevas corrientes que en ella se producen. La obra de cada día, y más en un arte tan social como el nuestro, es hija de muchos siglos de evolución constante y renegar del patrimonio heredado, de nuestra estrechez y limitación de espíritu. Pero, no olvidemos tampoco, que todo movimiento nuevo, por revolucionario que parezca, lleva en sí una esperanza latente y puede llegar a ser solamente por la acción del tiempo, un pasado conservador y académico. No cerremos el espíritu a las manifestaciones de nuestro arte por exóticas que sean, y recordemos que en la Arquitectura española, las evoluciones que puedan parecer más "castizas", se han producido por influencias exte-

riores, a las que ha prestado nueva vida y carácter propio la fuerte personalidad de la raza.

Abiertas quedan estas páginas por la Sociedad Central de Arquitectos a todos los compañeros que en ellas tengan algo que decir; abiertas están también para los que se interesen por nuestro arte. Este es albergue libre siempre dispuesto a recibir a los hombres de buena voluntad que quieran colaborar en una labor de difusión y conocimiento de la vida arquitectónica española y de solidaridad profesional.

Determinar el modo como influyen la naturaleza y condiciones de los materiales en las construcciones arquitectónicas, bajo el triple concepto artístico, científico y económico.

II C.N.A. Barcelona, 1888. Conclusiones de la ponencia.

La naturaleza y condiciones de los materiales que integran las construcciones arquitectónicas, no son elementos bastantes a determinar en el terreno artístico el principio de la forma, pues este tiene un origen más elevado, que reside en el ideal que la obra debe realizar, quedando limitada la influencia que la naturaleza de los materiales ejerce sobre la forma, a resolver del modo más bello, estático y económico, el problema que impene la realización del ideal arquitectónico.

En la resolución del problema artístico entran dos factores esenciales a saber: la idea que la obra arquitectónica ha de expresar, y que constituye el alma de la misma, y las condiciones físicas de los materiales que deben integrarla; de su perfecta armonía nacen el estilo de la obra y el carácter del monumento, cuya expresión constituye la belleza en la Arquitectura. Pero además de estos dos elementos necesarios, la Historia nos revela, en casi todos los pueblos, la existencia de otro que ha influido poderosamente en las formas de su arquitectura, cual es el recuerdo de seculares tradiciones, imposibles al hombre de olvidar, y que derivan de una construcción primitiva realizada muchas veces con materiales de distinta naturaleza. Cuando, anteponiendo al influjo de estas tradiciones un criterio lógico y razonado, ha empleado el hombre los materiales según sus cualidades propias dentro del principio de forma, hijo del ideal, entonces ha alcanzado alguno de los más brillantes períodos de la historia de la Arquitectura; tal acontece con

el pueblo griego de la Antigüedad (siglo V antes de J.C.), y más principalmente en la arquitectura occidental de Europa durante los siglos XIII y XIV.

Por lo que respecta a la época actual, la carencia de ideales en la sociedad, y más que todo las corrientes que siguen los estudios filosóficos, son causa de la excesiva importancia que se concede hoy a las condiciones y naturaleza de los materiales, sosteniéndose por muchos el falso principio de que de su adecuada aplicación deben nacer las formas arquitectónicas peculiares del siglo XIX, siendo así que, como he dicho antes, la naturaleza física del material no puede engendrar por sí sola el principio de la forma, bajo el punto de vista artístico.

Concretándonos al hierro, puede afirmarse que en las construcciones arquitectónicas no disfrutará nunca del privilegio de un empleo único, pues se oponen a ello las pésimas condiciones que tiene como aislante, pero en cambio le declara irremplazable, hoy por hoy, como material resistente, su gran resistencia unida a un laboreo relativamente fácil, por lo cual ha venido a cumplir perfectamente su misión en aquellos programas de la arquitectura contemporánea, que exigen inmensos espacios cubiertos, desconocidos en las épocas anteriores. En estos casos, empleado como contrarresto de esfuerzos verticales y oblicuos, y combinado con los materiales pétreos que sirven de envolvente al edificio, puede dar lugar a construcciones verdaderamente arquitectónicas, que revelen claramente el carácter de nuestra época; pero cuyo principio originario de la forma debe fijar el ideal que el Arquitecto se propone realizar y el programa de las necesidades que el edificio ha de llenar. De este modo quedará justamente limitada la influencia del material por otro elemento de orden más elevado, dándole, empero, toda la

importancia que realmente tiene en el concepto científico y aun en el económico.

Finalmente, los inmensos adelantos industriales alcanzados por nuestra época, permiten la reproducción a bajo precio de procedimientos constructivos y de exornación que antes eran muy costosos, lo cual está dando por resultado una prodigalidad en la decoración de nuestra arquitectura, que si por una parte es hija de las condiciones económicas en que se ha colocado la industria moderna, por otra contribuye poderosamente a revestir las construcciones actuales de una aparente riqueza que caracteriza bien el modo de sentir de la sociedad actual.

Bases y medios prácticos para hacer el inventario de los monumentos arquitectónicos de España.

IV C.N.A. Bilbao, 1907.

1º. El inventario de los monumentos arquitectónicos de España, debe constar de dos partes: 1ª Una "lista" conteniendo todos los monumentos que existan, acompañada de pocos, pero precisos datos de clasificación, descripción, técnica, histórica y emplazamiento de cada monumento. 2ª. El estudio detallado con abundancia de datos gráficos de los mismos.

2º. Para obtener el inventario de un modo práctico y económico, sólo debe acometerse por lo pronto la ejecución de la "lista" mencionada.

3º. Las Agrupaciones regionales de Arquitectos, allí donde se hallen constituidas y las Asociaciones provinciales o municipales en su defecto, y a falta de todas ellas la Sociedad central, quedan encargadas de organizar estos trabajos, teniendo en cuenta que los Arquitectos provinciales y diocesanos, por sus relaciones con las Autoridades civiles y eclesiásticas y por sus continuos viajes regionales, son los que en general con más amplitud y facilidad pueden realizarlo.

4º. Para hacer esta "lista" se partirá de la base de las noticias previas que se obtengan de los alcaldes, sacerdotes, maestros, etc., etc., de cada pueblo. Después, los Arquitectos designados visitarán, en los viajes que por sus cargos tengan que hacer, los monumentos reseñados, e investigarán la existencia de los no conocidos, formando "papeletas" especiales para cada edificio que descubran o visiten, en las que constarán cuantos datos puedan adquirir de clasificación, descripción historia y emplazamiento, con sintética claridad.

5º. Sería conveniente que todos los Arquitectos contribuyesen al fin que se persigue, poniendo en conocimiento de la Asociación provincial, Agrupación regional o Sociedad central, la existencia de todo edificio artístico o parte de él que a su juicio sea digno de ser conservado.

6º. Al finalizar cada año se formará un "estado-resumen" de estas papeletas con arreglo a los modelos aprobados por el Congreso, con objeto de unificar trabajo.

Este "estado-resumen" deberá ser remitido a las Comisiones Provinciales de Monumentos, solicitando su informe y depositándolo a disposición del público en la Biblioteca o Archivo provincial. Sería muy conveniente que a dicho "estado-resumen" se acompañe el mayor número posible de fotografías de los monumentos en aquel incluidos.

7º. Cuando las entidades de Arquitectos ya mencionadas lo consideren conveniente, solicitarán de las Diputaciones y Prelados la publicación del inventario, ya simplemente por medio de los Boletines oficiales, o en forma más amplia e ilustrada si sus presupuestos se lo permiten.

8º. El Congreso verá con agrado que al celebrarse su quinta reunión se presenten todas las "listas" que hasta aquella fecha se hayan formado con arreglo a las "Conclusiones" que anteceden, y designará un Jurado que adjudique el premio de "mil pesetas" generosamente ofrecido por el señor Cabello y Lapidra al trabajo más completo que se presente por las Agrupaciones o Asociaciones de Arquitectos mencionadas.

9º. Todos estos inventarios parciales deberán remitirse a la Sección de Arquitectura de la Real Academia de San Fernando, para que, de acuerdo con la Comisión Central de Monumentos, gestione del Gobierno la formación de la segunda parte del trabajo,

o sea el estudio monográfico de los monumentos que lo merezcan por su importancia y valor histórico o artístico.

Necesidad de fomentar la cultura artística y medios prácticos para evitar que se produzcan obras antiestéticas.

V C.N.A. Valencia, 1909.

1º. Siendo necesario fomentar las manifestaciones artísticas en todos los órdenes de la vida, los arquitectos están moralmente obligados a procurar la cultura artística, divulgando sus conocimientos por medio de la propaganda activa en folletos, conferencias y revistas.

2º. Los arquitectos municipales velarán con especial solícitud por que se cumplan los artículos de las ordenanzas que tiendan a mejorar el ornato de la urbe, y propondrán a los Ayuntamientos la reforma de los que no estén inspirados en el más amplio criterio de libertad artística.

3º. Nuestras asociaciones profesionales, o, donde no las haya, los arquitectos que por razón de su cargo puedan hacerlo, excitarán el celo de las corporaciones oficiales y particulares para que, por medio de certámenes, concursos, exposiciones, etc., promuevan y estimulen con premios el desarrollo de toda clase de manifestaciones artísticas, con inclusión de las decoraciones con macetas de flores en los huecos de fachada de los escaparates y portadas de tiendas, etc.

4º. Se procurará obtener las oportunas disposiciones gubernativas para que el arquitecto intervenga en la parte artística de todo edificio, cualquiera que sea el ramo a que pertenezca, como colaborador de la obra.

5º. Los arquitectos y sociedades profesionales procurarán coadyuvar a la misión de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de San Carlos y demás provinciales de Bellas Artes y Comisiones de Monumentos artísticos e históricos

para que no desaparezcan las obras antiguas de arte o de interés arqueológico, y no cesarán en el empeño de lograr su conservación y restauración.

6º. Los pabellones, parques, jardines, kioscos, farolas y panteones se ejecutarán por arquitectos.

7º. Para el logro de estos fines, la acción de los arquitectos habrá de extenderse hasta los pueblos más pequeños.

La casa obrera

V C.N.A. Valencia, 1909.

1º. La casa en propiedad conviene a los obreros que residen habitualmente en una localidad, y por su arte u oficio disponen de trabajo permanente.

2º. Las viviendas de alquileres módicos interesan más a los obreros de trabajo eventual que viven con su familia.

3º. En los centros fabriles e industriales de las grandes urbes, lo mismo que en las explotaciones industriales en despoblado, reportan ventajas al trabajador sin familia los pensionados u hoteles para solteros.

4º. Para los misérrimos e inválidos para el trabajo se impone el hogar gratuito.

5º. Las agrupaciones de viviendas para obreros no deben acumularse formando extensos barrios, sino desparramarse por la población y su término.

6º. Para no excluir del concierto social a los obreros y proletarios debe pedirse a los Ayuntamientos de las grandes poblaciones que en sus ordenanzas den facilidades para que en todas las casas puedan disponerse habitaciones baratas.

7º. El hacinamiento urbano multiplica las causas de infección y hace insalubres las viviendas.

8º. El ideal de la casa salubre es la que está expuesta a la acción solar y se halla envuelta por una atmósfera de aire puro y oxigenado que se renueva constantemente.

9º. Las viviendas y casas emplazadas en las afueras de las grandes urbes tienden a este ideal.

10º. Los centros urbanos de las grandes poblaciones responden a necesidades de la industria y del comercio, nunca de la ha-

bitación.

11º. Las agrupaciones de viviendas dentro de los poblados no han de establecerse en manzanas cerradas, sino abiertas a la vía pública, dejando grandes espacios con arbolado para la renovación y purificación del aire.

12º. En el interior de las poblaciones la altura de las casas no debiera exceder del ancho de la vía a que dan frente para no privar de aire y sol a las habitaciones.

13º. Las casas y viviendas para obreros han de desarrollarse en sentido paralelo a las fachadas, pero de limitada profundidad.

14º. La distribución de la casa ha de estar en relación del arte u oficio a que se dedique el obrero, y el número de piezas de cada vivienda no ha de ser inferior a tres, si constituye familia.

15º. Todas las piezas de la habitación han de recibir luz directa de fachada o jardín.

16º. La ventilación de las viviendas para obreros en casas de reducida área edificada no debe obtenerse de patios interiores, por ser focos de infección.

...

23º. La baratura de las casas y viviendas de los obreros ha de buscarse suprimiendo lo inútil y superfluo, nunca a costa de la salud del individuo.

24º. La casa más barata es la que, en igualdad de coste, resulta más salubre.

25º. La casa de bajos y un piso reúne condiciones más económicas en igualdad de piezas habitables que la de bajos solamente.

26º. Si el mayor número de pisos en algunos casos represen-

ta una economía, razones de higiene, de moralidad, de orden y previsión contra incendios imponen una limitación.

27º. El ideal de casa y vivienda barata, por los ahorros que permite y la salud que proporciona, es la que junto o próximo a ella tenga su huerta para cultivo o cría de animales domésticos.

...

29º. La iniciativa privada, secundada por las Autoridades, es la fuente más pura y fecunda para la construcción de casas baratas.

30º. Los trabajos ejecutados por la acción libre son superiores a los que realiza la administración personificada en personalidades inestables.

31º. Las Autoridades, como empresa constructora, lejos de alentar las iniciativas individuales, las amortiguan, por la concurrencia desigual, dadas las facilidades insanas de los presupuestos públicos.

32º. La construcción corresponde a instituciones públicas distintas de la administración donde no pesan las oscilaciones de la política.

33º. Entre las instituciones públicas destinadas a la creación de casas y viviendas para obreros, han obtenido resultado más ventajoso y de mayor alcance social las mutualistas, formadas por los propios obreros, auxiliados de personas caritativas, ansiosas de procurar el bien a las clases desvalidas.

Modificaciones que deben introducirse en la legislación vigente para favorecer los modernos trazados de poblaciones y hacer estas más bellas y más higiénicas.

VI C.N.A. San Sebastián, 1915

1ª. Que sean unificadas y simplificadas en su tramitación las vigentes leyes para la mejora, ensanche y saneamiento de la población, ampliando sus disposiciones a las cuestiones relacionadas con las necesidades higiénicas, las estéticas y muy especialmente con la clasificación o división en zonas de los diferentes tipos de urbanización característicos de cada una de ellas en la vida moderna.

2ª. Que se reúnan en un solo centro administrativo todas las disposiciones relacionadas con la construcción cívica.

3ª. Que por el Estado y con carácter general, se haga obligatoria la formación de los planos de reforma y ensanche, a las poblaciones de más de 10.000 habitantes, fijando un plazo prudencial para su ejecución.

4ª. Que reconocidos los grandes beneficios que reporta a la salubridad e higiene, en los grandes centros de población, la construcción de las llamadas "Ciudades jardines" y de otros modernos sistemas de urbanización, se estimule por el Estado la reforma y ensanche de poblaciones cuando tengan por base proyectos de ese carácter, dispensando protección análoga, por lo menos, a la concedida para la construcción de casas baratas.

Orientaciones para el resurgimiento de una Arquitectura Nacional.

VI C.N.A. San Sebastián, 1915

1ª. El Congreso declara, conforme con lo acordado en el Internacional celebrado en Roma, la absoluta libertad con que el artista Arquitecto puede desarrollar sus concepciones.

2ª. Siendo la arquitectura un arte tradicionalista, puesto que tiende a perpetuar las formas pasadas, modificándolas constantemente según los gustos y las necesidades sociales de la época, es muy conveniente, para la buena orientación de la arquitectura nacional, el estudio de nuestros estilos históricos, por constituir la interpretación española, en cada época, del arte arquitectónico.

3ª. En las Escuelas de Arquitectura se dará importancia a la enseñanza de nuestros estilos históricos.

4ª. En estas enseñanzas y en las particulares de libros, conferencias, etc., etc., se procurará obtener un cuerpo de doctrina en el que se exprese netamente cuáles son las características de la arquitectura de cada región en cuanto a la disposición, la construcción y la decoración.

5ª. Las Asociaciones de Arquitectos, por sí, o cooperando a la labor de las Comisiones de Monumentos, fomentarán la formación de Museos regionales de Arqueología, procurando establecer intercambios para la difusión del perfecto conocimiento de las diferentes modalidades del arte nacional.

6ª. Con el fin de fomentar el desarrollo del arte nacional, el Congreso, directamente, o mediante las Asociaciones de Arquitectos, Ponencias que se designen o Comisiones al objeto, solicitará el apoyo de cuantas entidades y personalidades puedan prestar su concurso moral o material para la organización

de un solemne certamen anual de la Arquitectura española.

7a. El Congreso invitará a los Ayuntamientos de las capitales de provincia a imitar el ejemplo dado por el de Sevilla, que para fomentar la edificación de estilo regional, ha establecido un concurso con honrosos premios, para las edificaciones inspiradas en los estilos tradicionales de la región.

8a. Se procurará que los Ayuntamientos concedan exención de derechos de construcción y arbitrios municipales a las obras que hayan obtenido los premios a que se refiere la base anterior.

Criterio que debe seguir el arquitecto para la urbanización y ensanche de poblaciones históricas y modo de enlazar las partes antigua y moderna.

VII C.N.A. Sevilla, 1917.

1ª. Que por las Reales Academias de San Fernando y de la Historia se proceda a la formación de un índice de las poblaciones que merezcan el concepto de históricas o de carácter artístico en cuanto a su parte monumental o a su disposición urbana se refiera, en vista de los datos que para ello faciliten a dichas Corporaciones las Academias Provinciales de Bellas Artes y las Comisiones de monumentos.

2ª. Las Sociedades y Asociaciones de Arquitectos, y donde no las hubiera, los arquitectos titulares, amparados por ellas, gestionarán activamente de los Ayuntamientos que siempre que se pretenda llevar a cabo un proyecto de ensanche, de reforma interior o de cambio de alineaciones, se procure conservar, no sólo el carácter artístico de la población, sino los monumentos a que afecte la reforma.

3ª. Que para la aprobación de cualquier proyecto de los mencionados en la conclusión segunda, ha de ser condición necesaria e indispensable el informe de la sección de Arquitectura de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, previo el de la Academia Provincial de Bellas Artes correspondiente.

Legislación, inventario gráfico y organización de los mommen-  
tos históricos y artísticos de España.

VIII C.N.A. Zaragoza, 1919

PRIMERA. El Congreso afirma la necesidad y la urgencia de imprimir un avance en la legislación española, referente a la protección y conservación del Patrimonio Artístico Nacional, mermado considerablemente desde principios del siglo XIX hasta la fecha.

Al efecto procede imponer sobre la propiedad de todas aquellas obras que sean catalogadas como constitutivas de este Patrimonio, una limitación representativa de un derecho de propiedad nacional involucrado en su interés artístico.

SEGUNDA. De la Dirección general de Bellas Artes, que deberá estar investida de la autoridad e independencia necesarias para llenar debidamente tan importante misión, dependerá el organismo encargado de la protección y conservación del Patrimonio Artístico Nacional, que se denominará Comisaría general de Monumentos.

TERCERA. Este organismo, que tendrá carácter exclusivamente técnico, estará integrado:

a) De la actual Junta de excavaciones y antigüedades, que reformada y ampliada convenientemente, se denominará de Excavaciones y Monumentos.

b) Por una Inspección general, compuesta de un inspector general, que será precisamente arquitecto; de cuatro subinspectores encargados respectivamente de la catalogación, excavaciones, conservación y museos, y del personal técnico y administrativo auxiliar necesario para el servicio de cada una de estas secciones.

c) De ocho Inspecciones regionales, compuestas cada una de un inspector, de dos subinspectores, con el personal técnico y administrativo necesarios para todos los servicios de la Inspección.

d) De los arquitectos directores de obras de restauración y conservación de monumentos, que la Inspección general, de acuerdo con las Regionales, estime necesarios.

Estos arquitectos serán nombrados en todo caso por la Inspección general a propuesta de la Regional respectiva.

**CUARTA.** Las funciones de la Inspección general serán las siguientes:

1ª. Formar la catalogación general de datos y documentos que envíen las Inspecciones regionales.

2ª. Inspeccionar la conservación de todo cuanto quede catalogado.

3ª. Nombrar los arquitectos directores de Obras que les sean propuestos por las Inspecciones regionales.

4ª. Aprobar los proyectos de los arquitectos directores de obras de Monumentos nacionales.

5ª. Ejercer la alta inspección de todas las obras.

**QUINTA.** Las actuales Comisiones provinciales de Monumentos se considerarán de Patronato y protección de las Inspecciones regionales.

**SEXTA.** Las funciones de las Inspecciones regionales serán las siguientes:

1ª. Formar la catalogación de cuanto se considere digno de ser incluido en el Patrimonio Artístico Nacional.

2ª. Cuidar de su conservación a medida que la Dirección general de Bellas Artes vaya aprobando su inclusión en el Catálogo.

3ª. Proponer a la Inspección general los arquitectos direc-

tores de obras de conservación y restauración de los monumentos nacionales.

4a. Informar acerca de los proyectos realizados por estos arquitectos.

5a. Aprobear o desaprobear los proyectos que presenten los particulares, formulados por sus arquitectos, en edificios de propiedad particular.

SEPTIMA. El servicio de conservación y restauración de monumentos, queda segregado del servicio de construcciones civiles y dependerá de la Comisaría general de Monumentos.

OCTAVA. Podrán establecerse delegaciones de servicios de acuerdo con las Diputaciones generales de la región o mancomunidades establecidas o que se establezcan.

## INDICE DE SIGLAS EMPLEADAS

|                               |   |
|-------------------------------|---|
| A.                            | " Arquitectura."  |
| A.A.A.C.                      | " Anuario de la Asociación de Arquitectos de Cataluña "     |
| A.B.                          | " The Art Bulletin "  |
| A.C.                          | "Arquitectura y Construcción".                              |
| A.C.An.                       | " Arquitectura y Construcción Anuario."                     |
| A.C.I.                        | " Anales de la Construcción y de la Industria."             |
| A.E.                          | " La Arquitectura Española."                                |
| A. Q.                         | " Arquitectos. Q."  |
| A.S.C.A.                      | " Anuario de la Sociedad Central de Arquitectos "           |
| A.S.F.                        | Academia de San Fernando :                                  |
| (A.T.)                        | Antología de Textos.  |
| B.A.S.F.                      | " Boletín de la Academia de San Fernando "                  |
| B.E.A.                        | " Boletín Español de Arquitectura "                         |
| B.E.N.A.                      | " Boletín Enciclopédico de Nobles Artes "                   |
| B.I.L.E.                      | " Boletín de la Institución Libre de Enseñanza "            |
| B.R.C.A.V.                    | " Boletín -Revista del Colegio de Arquitectos de Valencia " |
| B.S.C.A.                      | " Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos "           |
| C. M.                         | " La Construcción Moderna "                                 |
| C. N. A.                      | " Congreso Nacional de Arquitectos "                        |
| C.O.A.M.                      | Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid .                  |
| Dis. recep. <sup>A.S.F.</sup> | Discurso de recepción de la Academia de San Fernando        |
| E.A.                          | " El Eco de los Arquitectos "                               |
| G.B.A.                        | " Gazette des Beaux Arts "                                  |
| G.C.                          | " Gaceta del Constructor "                                  |
| G.O.P.                        | " Gaceta de Obras Públicas "                                |
| J.S.A. H.                     | " Journal of the Society of Architectural Historians "      |
| R. A.                         | " Resumen de Arquitectura "                                 |
| R.A.A.C.                      | " Revista de la Asociación de Arquitectos de Cataluña "     |
| R.A.N.E.                      | " Revista de la Arquitectura Nacional y Extranjera "        |
| R.C. V.                       | " Revista de Caminos Vecinales "                            |
| R.I.E.                        | " Revista de Ideas Estéticas "                              |
| R.N.A.                        | " Revista Nacional de Arquitectura "                        |
| R.O.P.                        | " Revista de Obras Públicas "                               |
| R. S. C. A.                   | " Revista de la Sociedad Central de Arquitectos "           |
| S. C. A.                      | Sociedad Central de Arquitectos.                            |